v
o
v o c e s
e
17
s

estado
sats
LIBERTAD ¡YA!
PARA ANTONIO RODILES

1 N 7 E X :

a.- *Testamento* (Eloy Gutiérrez Menoyo)

1.- *Menoyo: la prevalencia de los valores* (Manuel Cuesta Morúa)

5.- *Teófilo, Tyson y Mahmoud* (César Reynel Aguilera)

8.- *Reconocernos para conquistar el futuro* (Roberto Veiga)

10.- *El ángel que se lo llevó una tormenta llamada Sandy* (Ana Luisa Rubio)

11.- Días de ciclones (Mirta Suquet)

14.- *Del ciclón y el otoño* (Tersites Domilo)

15.- *Mi personaje inolvidable* (Rafael Alcides)

19.- *Las caras de la luna* (Edmundo Desnoes)

22.- *Ay, esto está cada vez más malo* (Henry Constantín)

25.- *Evocación de Virgilio* (Regina Coyula)

26.- *Evocación de Piñera* (Miguel Iturria)

30.- *Linden Lane Magazine: un monumento a la cultura en el exilio* (Baltasar Santiago Martín)

33.- *Miami* (Jorge Enrique Lage)

35.- *Buscar destellos en la penumbra* (Yusimí Rodríguez)

38.- *Como si el corazón del capitalismo estuviese allí* (Francis Sánchez)

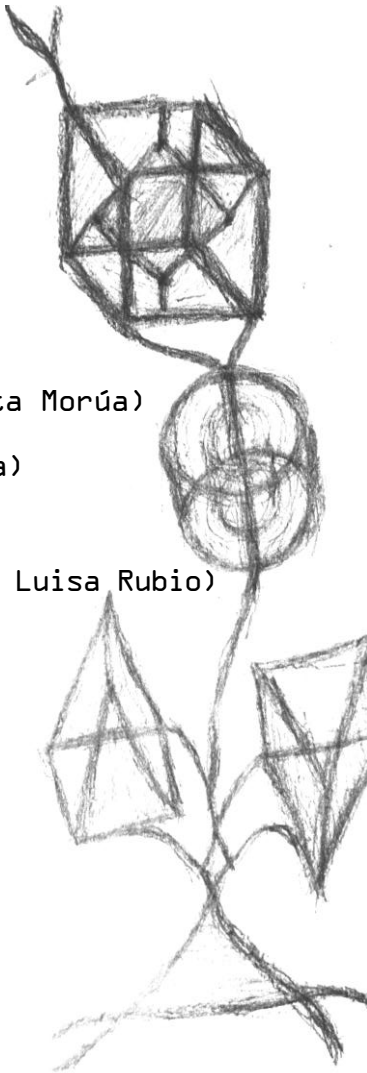
42.- *Memorias de 100 y Aldabó: capítulo 2* (Andy P. Villa)

46.- *La dictadura se acaba si tú quieres* (Camilo Ernesto Olivera)

49.- *2 crónicas pink* (Nonardo Perea)

51.- *La muerte de Marat es un hecho* (M. Larrabieta Menéndez)

54.- *¿Qué fue el fidelismo?* (Reinaldo Escobar)



la habana, noviembre 2012

número 17

vocesvocesvoces@gmail.com

ELOY GUTIÉRREZ MENOYO

TESTAMENTO

EL AÑO 1959 REGISTRÓ un acontecimiento que parecía marcado por la poesía: la Revolución Cubana. De aquella Revolución, esparcidos por la Isla y por el mundo, quedan hoy restos dolorosos de un naufragio. En el 2003 regresé a Cuba. Enemigo en un tiempo del Estado cubano y percibido así oficialmente, intentaba una actividad pacífica que fecundara a favor de un espacio político. Durante años, desde el exilio en visitas puntuales a Cuba, habíamos dialogado con este gobierno con vista a una apertura política. Con el país hecho añicos, sin el socorro de la desaparecida esfera comunista, no le quedaba a Cuba otra salida que no fuera el cambio.

Así se lo manifesté a Fidel Castro en nuestros encuentros que consideré breves pero sustantivos. Sin embargo, desde mi llegada sorpresiva, no se me ha extendido el carnet de identidad ni se me ha otorgado el espacio político que se discutió en un tiempo. Es cierto que se ha tolerado mi presencia, pero ello ha ocurrido bajo el ojo orwelliano del Estado que se ha preocupado por observar de cerca a nuestra militancia.

En el tiempo que he pasado aquí, he visto también la destitución de sus cargos de algunos de los funcionarios oficiales que compartieron conmigo, y otros activistas de Cambio Cubano, no sólo la preocupación por los problemas que asolan a nuestro pueblo, sino también la urgencia de producir la necesaria apertura política. Esa apertura política traería consigo grandes transformaciones que se hacen impostergables y para las cuales no faltó, en los momentos de nuestras conversaciones, cierto estímulo alentador por parte del más alto liderazgo de este país.

Hoy día, sin perder mi fe en el pueblo cubano, denuncio que aquella empresa, llena de generosidad y lirismo, que situaría de nuevo a Cuba a la vanguardia del pensamiento progresista, ha agotado su capacidad de concretarse en un proyecto viable.

Comparto esta realidad con los mejores factores del pueblo cubano, estén en el gobierno, en sus depauperadas casas, o en el exilio, y asumo la responsabilidad de este tropiezo a la vez que me reafirmo en las ideas que en su inicio suscitaron la admiración de amplios sectores cubanos e internacionales. Hago esta declaración en medio también de un diagnóstico médico en lo que va menguando mi salud personal. Asumo la responsabilidad de esta batalla y no me amedrenta el hecho de que algunos puedan calificarla de fracaso. La voluntad de perpetuarse en el poder de Fidel Castro ha podido en este caso más que la fe en la posible renovación de los mejores proyectos cubanos desde fecha inmemorial.

¿Cuál es la Cuba a la que me enfrento hoy en medio de mi enfermedad? Es una Cuba desolada en la que el carácter ético del proceso de 1959 se ha hecho inexistente. El ciudadano ha ido perdiendo conciencia de sí mismo: se resiste, aunque a veces no lo exprese, y la juventud se sustrae y convierte el deseo de escapar en una obsesión desmesurada. Grandes sectores de la gente de a pie ya sabe de memoria que

esta Revolución ya no tiene sentido moral. El cubano ha ido perdiendo su esencia. Sobrevive en la simulación y en ese extraño fenómeno del doble lenguaje. Las estructuras son irracionales. La extranjerización de la economía se monta precariamente sobre una fórmula absurda y desbalanceada que excluye el protagonismo y la iniciativa nacional.

El gobierno que pregonó ser del pueblo y para el pueblo no apuesta por la creatividad y la espontaneidad nacional, y el sindicalismo brilla por su ausencia.

Me ha tocado vivir de cerca la ardua faena de intentar hacer oposición en este país. He sido firme en mi posición independentista y en mi llamado a marcar distancia de cualquier proyecto vinculado a otros gobiernos. Pero el gobierno cubano ha sido tenaz en su minuciosa labor de hacer invisible a la oposición, a la que se coacciona y cohíbe de movilizarse, y no se le permite insertarse en las áreas importantes de las comunicaciones o la legislación.

¿Cómo indemnizar a un país por 50 años de disparates contra su ciudadanía? ¿Cómo se indemniza a un pueblo de tantos daños directos contra la colectividad y el ciudadano? ¿Cómo se le indemniza de los errores por consecuencia?

El gobierno cubano no deja duda de su incapacidad de crear progreso. Como resultado de esta realidad, el cubano deambula por sus calles como un ciudadano disminuido, inquieto, triste e insolvente. En la mentalidad de los que se aferran al poder a toda costa, ese ciudadano es el modelo y candidato perfecto a la esclavitud. La Constitución no funciona. El sistema jurídico es una broma. La división de poderes no es siquiera una quimera. La sociedad civil es, como el progreso, un sueño pospuesto por medio siglo.

¿Burla la justicia la madre desesperada que busca leche para su hijo en la bolsa negra? Hace unos 60 años, Fidel Castro se dirigió a un magistrado, en medio de una dictadura pero con prensa libre como testigo, y explicó que si se le acusaba por uso de fuerza militar revolucionaria, ese agravio, ese desacato a la ley, y aquella querella oficial contra él, debían ser desestimados ya que el gobierno existente era producto ilícito de un golpe de Estado. Aquella lógica, inexpugnable y cierta, podría aplicarse hoy día, en nombre de la oposición, para decir que el gobierno cubano hace un grosero uso del poder absoluto y que su consolidación a perpetuidad es una intolerable disposición testamentaria. Se usaría bien aquel planteamiento de Fidel ante un magistrado para decir que nadie puede hacerse custodio eterno de un país ni llevar adelante una meticulosa empresa de abolir la realidad y de paralizar el avance. También se me ocurriría preguntar dónde está la dirección originaria del proceso por el que murió mi hermano Carlos o cuándo terminará la desazón de sentir que el futuro está hipotecado.

Durante 50 años de destreza política y control policiaco, el cubano ha sido un verdadero héroe de la subsistencia dentro de un laberinto dialéctico. Ha manejado el desencanto y el extravío y el desdoblamiento

TESTAMENTO

y la fatiga. ¿Qué tiene de nuevo que decirle este gobierno a ese cubano acerca de su destino incierto? Según los médicos, mi diagnóstico es irreversible. Voy sintiendo que cada día será más opaco y a la vez más cierto en la brevedad de mi destino. No temo el diagnóstico que parece ser una ruta y la caminaré con calma y con esperanza en el futuro de Cuba, esta tierra de hombres y mujeres inigualables. Quisiera decir que me reitero en las ideas que alentaron en mí y en mis hermanos mis padres generosos; ni tamizo ni renuncio a mi vínculo con la socialdemocracia, una vinculación que es, cada vez más, a partir de la visión incluyente de la historia; las posibilidades de éxito de cualquier visión política se engrandecen o achican a partir de la generosidad y el sentido de compromiso colectivo, la capacidad de acuerdo de sus portadores.

Si ofendí a alguien, si los fantasmas de las diferentes contiendas me tentaron a faltarle a la generosidad, pido benevolencia, al igual que olvido a quienes pudieron haberme juzgado de manera apresurada hoy reflexiva. Creo haber servido a Cuba en diferentes etapas por encima de los errores de mi autenticidad, de cualquier falta de visión de mi parte o de cualquier terquedad en el camino. Durante la Revolución, creo haber sido una voz de humanismo que se manifestó quizá mejor en el sentido de oponerme a los fusilamientos. Haber vivido en mi infancia la guerra civil española me había preparado para intentar al menos el dominio de las pasiones. No creo haber sido de los que permitieron el reverso del sueño que acabó en convertirse en la peor pesadilla.

Alguien podría interpretar este documento como un lamento pesimista. Sin embargo, no es ese su propósito, como no va en él ninguna forma de cólera, aunque me haga eco de estos duros quebrantos de la familia cubana a la que me uní desde mi niñez, al llegar a Cuba como miembro de una familia de exilados españoles republicanos. Mi optimismo se basa en la fuerza telúrica de esta isla; en la ternura infinita de la mujer cubana; en el poder de innovación de su gente más sencilla. La herencia de perdurabilidad de la Nación cubana resistirá todos los ciclones de la Historia y a todos los dictadores. Varela es más que una seña. Maceo es más guía que guerrero admirable. Martí no es una metáfora. La suerte llegará. Cuando el último cubano errante regrese a su Isla. Cuando el último joven nacido en Madrid, en Miami o en Puerto Rico se reconozca en la Isla. Cuando sanen las heridas y desaparezca el dolor, habrá un pueblo que tendrá cautela de celebrar su nueva dicha y de cuidarse de magos iluminados y de proyectos mesiánicos. Porque, no importa cómo, la suerte llegará: delgada, silenciosa y frágil como una mariposa llena de júbilo, como una señal para este pobre pueblo que merece algo mejor.

Yo sé que habrá una mariposa que se posará en la sombra. Me habría gustado poderle decir que habría querido dar más; acaso ella habría entendido que sólo pude dar mi vida y que tuve el privilegio de ser parte de esta Isla y de este pueblo.

C

El éxito es un estado de ánimo temporal, cuando lo alcanzas, ese ya no es el éxito.
Alberto Guakil R.

MENOYO: LA PREVALENCIA DE LOS VALORES

MANUEL CUESTA MORÚA
MANUEL CUESTA MORÚA
MANUEL CUESTA MORÚA

¿POR QUÉ ELOY GUTIÉRREZ MENOYO prevalece? Empiezo con una referencia que considero importante en términos de vida política exitosa o vida política fracasada. Menoyo murió desolado, en el sentido primero de soledad, en ese último inventario de vida que es el velorio de una persona. Fue ese un momento de cierta tristeza en el que uno no debería leer nada acerca de los muertos, y sí mucho acerca de los vivos. ¿Su muerte dice algo sobre su existencia? Yo creo que nos dice más sobre nuestro presente y porvenir, por nuestra incapacidad para rendir tributo a nuestros muertos desde nuestros valores: respetar en la diferencia a quienes se sacrificaron hasta el final.

La muerte es, clínicamente, el resultado que sobreviene por la incapacidad orgánica de sostener la homeostasis. Dada la degradación del ADN contenido en los núcleos celulares, la réplica de las células se hace cada vez más costosa hasta que llega el fin. Así todos moriremos ese mal día que puede ser festivo para otra persona cualquiera. Pero aterra saber que en los momentos cruciales no hemos sabido expresar la grandeza humana asociada siempre a la buena calidad y las buenas cualidades de la vida pública. En ese descenso del espíritu frente al dolor cierto de amigos y familiares, parecemos cobrar después de la muerte las controversias que sostuvimos mientras estábamos vivos. Eso degrada los valores necesarios de la política y desluce el homenaje que hacemos a los restantes muertos ilustres. Simplemente no es un gesto en las alturas.

Esto es índice, por otro lado, de que ignoramos el auténtico contraste entre éxito y fracaso en la vida política. De Banao, en las Villas, donde se estableció el Frente Nacional del Escambray que fundó Menoyo, a La Habana del 2003, este guerrero que olvidamos describe el trayecto de una evolución, símbolo de la mutación necesaria en los fundamentos del quehacer político de la tradición cubana. En la historia política de Cuba solo dos hombres han marcado este proceso: Cosme de la Torriente, el mambí de varias guerras, y Gutiérrez Menoyo, el

Comandante de una sedicente revolución que perdió su rumbo en cualquier recodo de la historia. La fecha de esta pérdida puede ser elegida a la carta.

Y el contraste esencial de esta evolución resalta más cuando nuestra vida política ha incorporado con evidente fruición una figura poco apreciable: la del poeta que mata en nombre de los ideales, o que poetiza la muerte de propios y ajenos para satisfacer un paradigma escasamente poético.

Menoyo, el guerrero, no funda la tradición pacífica, pero hace algo igual de importante: deslegitima la guerra para alcanzar fines políticos, que son siempre fines civiles. Él prevalece aquí en ese punto crucial que indicará la entrada posible de Cuba en una era de civilidad política. Entiéndase bien: no es que en el mundo no se practique la guerra como continuación de la política por otros medios —el único aforismo cínico que conozco de tradición alemana—, sino que Cuba es de los pocos lugares en el mundo donde se considera a la guerra como la fórmula por excelencia de hacer política. La conversión de Menoyo resalta contra ese fondo casi primario.

Cuando Fidel Castro le dice en 1984 a Felipe González que no lo soltaba de la prisión porque no podía liberarle para que a las dos semanas apareciera en Miami otra vez dirigiendo a *Alpha 66*, revelaba dos cosas: su incapacidad congénita para ver la política como controversia cívica entre modos diferentes de entender y gestionar la convivencia, y su falta de imaginación para percibir que desde la guerra se puede evolucionar hacia la paz: paz, leída correctamente como desautorización moral de la muerte, no como ausencia de confrontación.

Quizá el hecho de escribir en prisión *El radarista*, un libro hecho para su hija Patricia Menoyo, esté en el origen de este cambio de armas —recordemos que en el acto de escribir radica el momento de serenidad que caracteriza, aunque no es suficiente, la mentalidad pacífica, incluso cuando se escriba desde la rabia. Cierto o no, sin embargo, nada es más importante para fundamentar una posición, que la legitimidad que le otorgan los que hasta ayer la negaban con sus actos.

La prevalencia de Menoyo yace en este recambio fundamental. Importante fenómeno para calibrar la relación éxito-fracaso en la política cubana, y para sopesar dicha relación en términos de valores. Lo que lleva a un análisis en una perspectiva política de fondo.

Se entiende que Fidel Castro tuvo éxito donde Gutiérrez Menoyo fracasó. A mí me interesa invertir el lugar de cada quien en este proceso político casi infantilmente malogrado. Pero antes una consideración general.

Fidel Castro y Gutiérrez Menoyo comparten de alguna manera el fracaso de los guerrilleros. Estos parecen excelentes en la táctica de la guerra física contra sus enemigos, sobre todo si se trata de la guerra irregular, no en las consideraciones de política estratégica. Dos guerrilleros famosos, Ernesto Guevara y Fidel Castro, y uno que no lo fue tanto, Gutiérrez Menoyo, no demostraron su capacidad para lo que se llama construcción de Estados

y previsión estratégica de los cambios estructurales en la política. El último no estuvo en ninguna posición de poder como para mostrar el Síndrome de la Guerrilla, pero algunas de sus tomas de posición política eran cuando menos pésimas en el orden estratégico: destruir la interlocución con sus iguales en propósitos, desde una posición altamente simbólica como la que ostentaba Menoyo a partir de su condición de Comandante original y originario de la misma estela del poder que combate, no creo sea una recomendación de algún manual para políticos. Los dos primeros mostraron ese síndrome hasta la saciedad; no por casualidad uno de los dos pudo convertirse en mito.

El punto esencial es, sin embargo, que la mentalidad guerrillera casi nunca puede impedir la transferencia de procedimiento irregular, propia del teatro guerrillero, a la escena política, llena de irregularidades consustanciales al juego plural con la diferencia y sobre la que es improbable el control en aquellas dimensiones básicas para la política: la sociológica, la económica y la cultural. Todas pertenecen a un teatro esencialmente civil. El fracaso de Fidel Castro no es por tanto de orden estrictamente político, en el sentido de cómo se organiza la cuestión pública, sino de comprensión política de cómo está estructurada la escena pública. Pero a favor de él, habría que decir que ningún guerrillero se ha destacado en estos campos. Ni siquiera el muy ponderado Mariscal Tito en la antigua Yugoslavia, que por algo se dice antigua.

Hasta aquí lo que comparten en este sentido. Todo lo demás requiere una inversión del lugar en la cadena de lo que comúnmente se entiende como éxito o fracaso en política.

Para infortunio de las bases morales y éticas de la política, se asume el éxito como la toma y sostenimiento a largo plazo del poder. Porqué esto fue así es un tratado muy largo de explicar y bastante difícil de entender, cuando se sabe que esta percepción tiene su base en la combinación entre cultura popular, desarrollo de los medios de comunicación y capilarización del control represivo de la sociedad. Hasta esta combinación, propia de la baja Edad Moderna, la noción del poder por el poder se había desprestigiado en el desván del maquiavelismo.

A partir de aquel momento la política comienza a divorciar poder y resultados extrapolíticos, que son todos aquellos que sin ser políticos en sí mismos, dependen de ella para ser alcanzados como fenómenos públicos de alcance social. Divorciar poder y resultados para expresar el éxito político trae algo más grave: desentender el poder, y por lo tanto el éxito político, de las intenciones, de los valores, éticos en primer lugar, que fundamentan los propósitos de cualquier proceso político, y de las consecuencias a largo plazo de todo este desentendimiento.

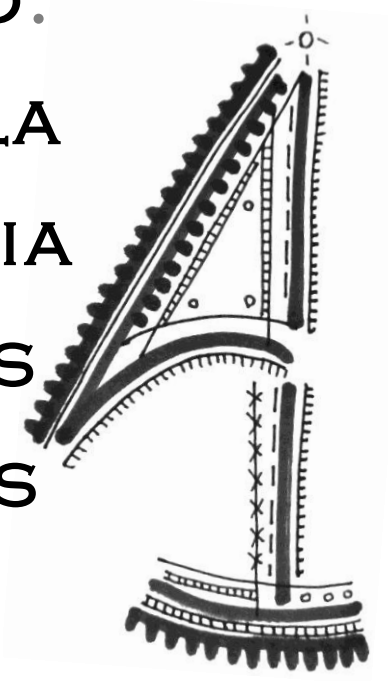
Fidel Castro sostuvo el poder exactamente porque logró un cambio de percepción total en la medida de lo que es el éxito político asociado a propósitos, valores y resultados. Solo por las consecuencias visibles de lo que constituye la destrucción múltiple y masiva de todo un proyecto de nación —no solo está destruido el post-1959, también lo está su antes—, se empieza recién a ponderar qué cosa es en verdad el castrismo como fenómeno histórico y, a lo que siempre agregaría, ponderar como fenómeno cultural.

El análisis del castrismo por sus consecuencias debería llevarnos a una revalorización más fundamental sobre poder, éxito, fracaso y política. La muerte de Menoyo permite retomar esta senda para el caso cubano. Él triunfa justamente en el espacio clave: en el de poner en tensión al castrismo con los propósitos primeros de la Revolución desde orígenes compartidos — probablemente la poca distinción práctica y teórica entre ambos fenómenos, castrismo y Revolución cubana, no ha ayudado a muchos revolucionarios auténticos—; en el de desmoralizar la guerra —desde su conversión al diálogo— como instrumento para construir futuros; en el de perdonar a sus verdugos después de perder la vista de un ojo, y en el de alumbrar dos valores de obligado acatamiento para hombres y mujeres pretendidamente públicos: el de la decencia y el del respeto humano a la diferencia.

Estos son los éxitos mayores de Menoyo, que deberían apreciarse en política porque construyen o se colocan en el terreno más preciado para cualquier visionario: el de los legados. Es precisamente lo que el castrismo no logrará desde su pírrico triunfo histórico en términos de ese poder absoluto al que se aspira y sobre el que se montó para construir la nada.

Frente a estos éxitos, languidece el que fue quizá su mayor defecto público: el de Comandante en acto hasta después de la muerte.

MENOYO: LA PREVALENCIA DE LOS VALORES



EL FUNDAMENTALISMO ISLÁMICO, como todas las doctrinas de ataque por la espalda, es pobre en conocimientos de boxeo. Si algo puede hacer el castrismo en su asesoría de las hordas fundamentalistas es explicarles, al menos en teoría, las nociones elementales de la pelea de frente. Decirles, por ejemplo, que la defensa, la velocidad de riposta, la pegada, el sentido de la distancia y la disposición para el combate, son habilidades esenciales a la hora de ganar una pelea real. Hacerles saber que cuando un contendiente aventaja a otro en alguna de esas habilidades, el equilibrio de la pelea puede desplazarse a su favor; pero sin que eso signifique, para nada, que el desenlace esté determinado de antemano.

Eso sí, deben insistir hasta el rezo para hacerle entender a esos iraníes que cuando se da el caso raro de que un contrincante supera a otro en todas y cada una de esas habilidades, la pelea, por desgracia, pierde todo su equilibrio y pasa a ser eso que en Cuba describimos con la imagen del león contra el mono… y el simio amarrado.

Les harían un gran favor, porque tal parece que el fundamentalismo iraní se apresta a ir a una guerra en defensa de su agresivo programa nuclear; y lo hace sin tomar en consideración, o sin que nadie le explique o recuerde, que esta vez su enemigo lo supera en todas y cada una de las habilidades descritas. Veamos.

Defensa

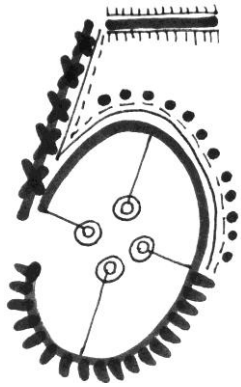
Mahmoud y sus Ayatolás confían en el alcance y poder destructivo de sus misiles convencionales. "Que ya pueden llegar a Europa", dicen los que saben, sin recordar que aquellos cohetes interceptores Patriots —que le quitaron el sueño a Saddam— ya van por una generación de desarrollo (Pac-3) que es mucho más efectiva que las anteriores. A eso habría que sumar otros sistemas de defensa antimisiles que hacen lucir a los Patriots como cosas del pasado. En febrero del año 2010 el Pentágono anunció la destrucción de un misil balístico con un laser de alta energía generado a partir de un avión en vuelo. Corre el riesgo Mahmoud que sus cohetes terminen convertidos en simples supositorios.

Velocidad de riposta

En un mundo de misiles subsónicos, portaviones y bases de despliegue cercano, las aguerridas milicias de Mahmoud podrían llegar a creerse, Dios mediante, que están participando en uno de esos toma y daca que caracterizan a las peleas tradicionales. La cosa, sin embargo, cambia completamente si empezamos a hablar de un mundo con misiles capaces de viajar a cinco veces la velocidad del sonido, y con una autonomía de vuelo que les permite alcanzar cualquier punto del planeta en menos 30 minutos. Corren el riesgo los iraníes de ser golpeados sin ver venir el golpe y —lo que es peor— sin saber de dónde salió ni cómo hizo para llegar.

César Reynel Aguilera
César Reynel Aguilera
César Reynel Aguilera

Teófilo, Tyson y Mahmoud



Teófilo, Tyson y Mahmoud

Pegada

Mahmoud quiere tener una pegada unclear; y para lograrlo decidió enterrar sus centrífugas enriquecedoras de uranio —y otras parafernalias— a una profundidad que los ingenieros iraníes calculan inalcanzables para las bombas de sus enemigos. Eso podría cambiar si tomamos en consideración que en julio de este año el Pentágono anunció la puesta a punto de una "superbomba" capaz de penetrar hasta 60 metros de concreto. Cuánto daño podría causar esa bomba —llamada MOP (trapear) por las siglas en inglés de Artillería de Penetración Masiva— a las instalaciones nucleares iraníes es algo que todavía está en discusión. Lo que sí es cierto es que su creación significa un incremento de —al mínimo— seis veces en el poder de fuego convencional del ejército estadounidense. Los cautelosos topos iraníes, y sus homólogos habaneros, deben estar cavando más muchos de sus túneles y búnkeres.

Sentido de la distancia

Este es, quizás, el peor de los errores de cálculo del fundamentalismo iraní. Un error tan craso que podría dar lugar a algo que cualquier antisemita medianamente inteligente —si es que eso es posible— intentaría evitar a toda costa. Un error que parte de la creencia de que los Estados Unidos, al estar tan lejos de Irán y haber salido recientemente de las campañas en Iraq y Afganistán, dejarían por inevitable el programa nuclear iraní.

Sólo la miopía de los fanáticos le impide ver a Mahmoud y compañía el hecho evidente de que los Estados Unidos, además de tener a su disposición la posibilidad del golpe rápido, certero, desde lejos y con pegada, ha decidido —por primera vez en sesenta años— crear una verdadera coalición militar con Israel.

En mayo de este año el congreso estadounidense aprobó por abrumadora mayoría el "Acta de cooperación incrementada en materia de seguridad entre los Estados Unidos e Israel". Esa legislación, además de incrementar hasta niveles nunca antes vistos la ayuda militar, económica y de inteligencia al Estado judío, la hace obligatoria para la administración que sea elegida en los próximos comicios, y la supedita a la verificación por parte del Congreso cada seis meses.

Ya por el momento, y en lo que es sólo un inicio, esa legislación le ha dado acceso a los israelíes a más de tres millardos de dólares americanos en financiación militar; una cifra (la más alta en una larga historia de cooperación) que le permite al Estado judío comprar los aviones KC-135 —capaces de dar reabastecimiento en vuelo a su flota aérea y absolutamente imprescindibles a la hora de una campaña en territorio iraní—,tener acceso irrestricto a los satélites espaciales norteamericanos y a tecnologías desarrolladas por el Pentágono que servirían, entre otras cosas, para poner a punto el sistema de defensa israelí (Domo de hierro) contra los misiles iraníes y los coheticos de Hamas.

Ese podría ser el gran logro de los fundamentalistas iraníes: la creación de un ejército conjunto, que combina el de un país —Israel— que lleva más de sesen-

ta años peleando sin parar, junto al de la potencia tecnológica y militar más importante en la historia de la humanidad. Nadie puede saber de antemano cuál será el resultado exacto de esa combinación; pero lo que sí es posible predecir es que nada bueno augura para esos que sueñan con "borrar a Israel de la faz de la tierra".

Disposición a pelear

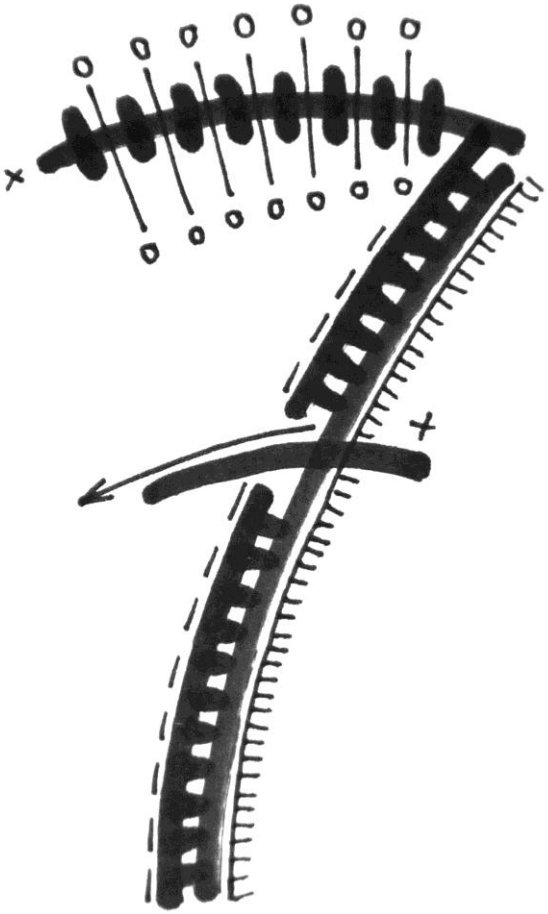
Israel sabe que cada día de su existencia es un día conquistado a sangre y fuego. Los israelíes pueden estar agotados de tener que salir a pelear fuera de sus fronteras; pero si se trata de garantizar esa existencia —por la que llevan más de sesenta años peleando sin parar— a nadie le cabe la menor duda que van a hacer lo que sea necesario para seguir ahí, en el mismo sitio donde están sus muertos.

Con los Estados Unidos la cosa cambia; su ejército, después de dos largas campañas cazando psicópatas por el mundo, da signos de estar agotado y de no querer implicarse en nada que obligue a movilizar un gran número de tropas a través de los mares. Eso no significa, sin embargo, que los estadounidenses no estén dispuestos a aceptar las consecuencias de su ayuda irrestricta a Israel, quiero decir, las bombas en las espaldas, los civiles masacrados y las banderas quemadas con gasolina de la Exxon.

Una de las consecuencias más esperadas del conflicto con Irán es, claro está, el aumento exagerado de los precios del petróleo; algo que parece inevitable; pero que podrá ser contrarrestado, en cierta medida, gracias al hecho de que hace unos días los iraquíes ya lograron, por primera vez en muchos años, sobrepasar la producción petrolera de Irán (alguien en Texas debe estar sonriendo).

El castrismo debe saber, entonces, que una guerra contra Irán es casi inevitable; que basta con mirar al calendario de las festividades judaicas en Israel para ponerse a conjeturar sobre el día de su inicio. ¿Antes, durante o después de Janucá? La "fiesta de las luces", la celebración del aceite milagrosamente aparecido, la conmemoración de las nueve velas encendidas para celebrar la victoria de unos Macabeos que deben su nombre, dicen algunos, a la palabra martillo.

El castrismo sabe que antes o después de Janucá, y en junio con en enero, a los iraníes los van a trapear a martillazos. Si La Habana tuviera un ápice de solidaridad sincera con el fundamentalismo iraní, estaría enviando ahora mismo una delegación de alto nivel a Teherán con dos mensajes muy claros. Uno, con las famosas palabras de Teófilo Stevenson: "la técnica es la técnica y sin técnica no hay técnica". Y el otro con la lapidaria frase de Mike Tyson: "todo el mundo tiene un plan de pelea hasta que lo suenan".

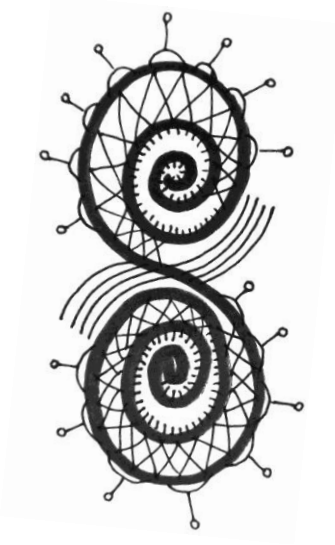


CÉSAR REYNEL AGUILERA

ROBERTO VEIGA

RECONOCERNOS PARA CONQUISTAR EL FUTURO

EN CUBA EXISTE un consenso general acerca de la necesidad de renovar el modelo socio-económico-político-jurídico que constituye el marco regulador de la vida nacional. Quizá sólo unos pocos no sean capaces de aceptar este desafío. Esto demanda reconstruir la cultura debida y las garantías necesarias para promover el desempeño de la ciudadanía, así como la reinvención de los mecanismos estatales y de gobierno para que respondan cada vez más a la realización de la soberanía popular. Ello es importante, porque la reforma del modelo debe emanar de la voluntad general; no deberá ser el resultado de diseños efectuados únicamente por sectores, grupos u oligarquías particulares. Todo esto exige, a su vez, una gran apertura para que cada cubano, cada grupo, cada sector y cada propuesta, cada agenda, cada proyecto, puedan expresarse e interactuar con la sociedad, así como influir sobre las decisiones del poder. Pero no sólo exige esto, sino también una enorme disposición para interactuar entre todos, dialogar, llegar a consensos, definir objetivos comunes e institucionalizar las posibilidades para concretarlos. Sin embargo, será difícil recorrer este camino si cada uno, cada parte, no es capaz de reconocer la legitimidad del otro, de las otras partes. Sólo reconociéndonos mutuamente dicha legitimidad, podremos comenzar a transitar la senda —difícil sin duda— para cimentar la Cuba que nos propuso José Martí y que muchos cubanos soñamos, la cual tiene como síntesis una frase: *con todos y para el bien de todos*.



La legitimidad de cada cubano —de cada parte social, política e ideológica—, debe sostenerse sobre tres pilares fundamentales. Primero: el derecho de cada persona a pensar, a opinar, a proponer y a gestionar la cosa pública. Segundo: la responsabilidad de que dichos criterios, proyectos y quehaceres estén —de manera suficiente— encaminados hacia el bienestar general. Tercero: todo esto debe ser del conocimiento de la sociedad y tiene que ser aceptado al menos por un número representativo de ciudadanos.

Si tenemos en cuenta el argumento anterior, podemos llegar a la conclusión de que ha de ser muy débil la capacidad que tenemos los cubanos para desarrollar nuestra legitimidad. No disfrutamos de las garantías necesarias para gestionar el bien común y, en amplios segmentos de la sociedad, carecemos de la cultura cívica imprescindible para hacerlo. En el transcurso de nuestra historia —sin que sea una excepción este último periodo, sino todo lo contrario—, todas las partes políticas e ideológicas han cometido —y aún comenten— errores (u horrores) que afectan a la sociedad toda o a una buena parte de ella. Se hace imposible que las opiniones y propuestas que no emanen de la dirección del PCC puedan interactuar con el pueblo y ser, de alguna manera, consideradas por este. En tal sentido, pienso que en nuestro caso lo más importante ahora, además de estar dispuestos a reconocer la legitimidad de los otros, es que cada cubano, cada parte, trabaje para desarrollar su

legitimidad y para garantizar que los demás puedan hacer lo mismo. En ese desempeño la ciudadanía debe desarrollar la cultura cívica, ejercer los derechos —porque son inalienables por naturaleza-, desempeñarlos con suma responsabilidad y en beneficio del bien de todos (de toda la nación, de cada parte política e ideológica, viva en la Isla o en la diáspora), así como solicitar intensamente la posibilidad de interactuar con la sociedad y someterse al escrutinio de la misma.

Por su parte, el Estado, como institución pública que debe proteger el desempeño político de todo el universo nacional —no como el PCC, que resulta sólo una fuerza ideológica particular—, posee una responsabilidad muy grande. Tiene el deber de asegurar de manera creciente el disfrute de los llamados derechos civiles y políticos, permitir a la ciudadanía participar de la gestión de la cosa pública y del control de las instituciones del sistema, así como garantizar que todos los criterios y proyectos puedan interactuar con el pueblo y ser estimados por este.

Si el Estado cubano, que se ha quedado muy atrás en cuanto a su capacidad para percibir los múltiples imaginarios que en las últimas décadas vienen emanando de la sociedad, no asume el reto de darles el espacio requerido, encausar la armonía entre todos ellos, e institucionalizar las posibilidades de materializar sus anhelos, será muy difícil modernizar el modelo sociopolítico. Y, por otro lado, se acelerará el proceso de deslegitimación y descomposición del sistema actual. Ambas calamidades colocarán al país ante una situación caótica muy peligrosa, que puede comprometer el destino de nuestras vidas y la de nuestros hijos.

RECONOCERNOS PARA CONQUISTAR EL FUTURO

Para evitar un gran desastre, mayor a las penas que hoy nos agobian, hemos de emprender un camino similar al aquí esbozado. Para lograrlo, podemos comenzar por aportar todos (cada ciudadano cubano de la Isla y de la diáspora, cada militante y dirigente del PCC, así como cada activista socio-político que critica el proyecto oficial y/o hace propuestas diferentes) un desempeño político responsable, incluso refinado, que procure el bienestar de todos: criticados o adversarios. Sólo así podríamos comenzar a consolidar un escenario de confianza política, deshacer ese binomio maldito de “patriotas y traidores” que atraviesa nuestra historia, y reconocernos mutuamente la legitimidad necesaria, para juntos sacar al país de la crisis en que se encuentra y del riesgo que lo amenaza.

¿Seremos los ciudadanos cubanos capaces de transitar por esta senda? ¿Estará el PCC en capacidad de asumir este reto y facilitar su consecución? De no realizarse las dos anteriores variables, ¿habrá en el seno de nuestra nación, o surgirá, alguna otra fuerza capaz de desterrar el conflicto y prefigurar el futuro para ayudar al país, y colocarlo en condiciones de normalidad? Todo esto está por ver. Y para lograrlo, intento encontrar entre todos el mejor camino y procuro hermanar a los cubanos piensen como piensen, vivan donde vivan.

EL ÁNGEL QUE SE LO LLEVÓ UNA TORMENTA LLAMADA SANDY

ANA LUISA RUBIO

Para un niño de 4 meses que se ha ido:
para Roldán Barrio Colomé.

Un ángel, sólo un ángel, eso era.

Toda su felicidad estaba en ese abrazo con aroma simple que emana del pecho espumoso y limpio de mujer que recién amamanta.

En ese abrazo tibio, mezcla de la rudeza de los siempre pobres con la ternura de los sanos de espíritu, bastaba su universo.

Ahí encontraba su risa completa que todavía amagaba en gorgoreos improvisados.

En esa voz que lo arrullaba cantando todos los sonidos del agua, se mecían en un compás el almizcle y la canela de sus sueños ni siquiera definidos.

Era un ángel, eso era, sólo un ángel.

No sabía de tormentas, no entendía del peligro. Sólo de colores del arco iris de lluvia y vientos de cigüeñas le habían dicho.

Todavía los centímetros de su vida no habían crecido sin gotearse.

Cómo podía saber de diferencias de cunas olvidadas, cómo explicarle de un poder podrido y harapiento de alma, si no conocía más letra que la que susurraba en aquella tonada dulce que apenas le brotaba: ma-má...

Era muy temprano para enseñarle de llantos y de lobos; su nana le escondía la tristeza y el odio debajo de un pañal usado.

Todo lo que sabía le cabía en dos puñitos.

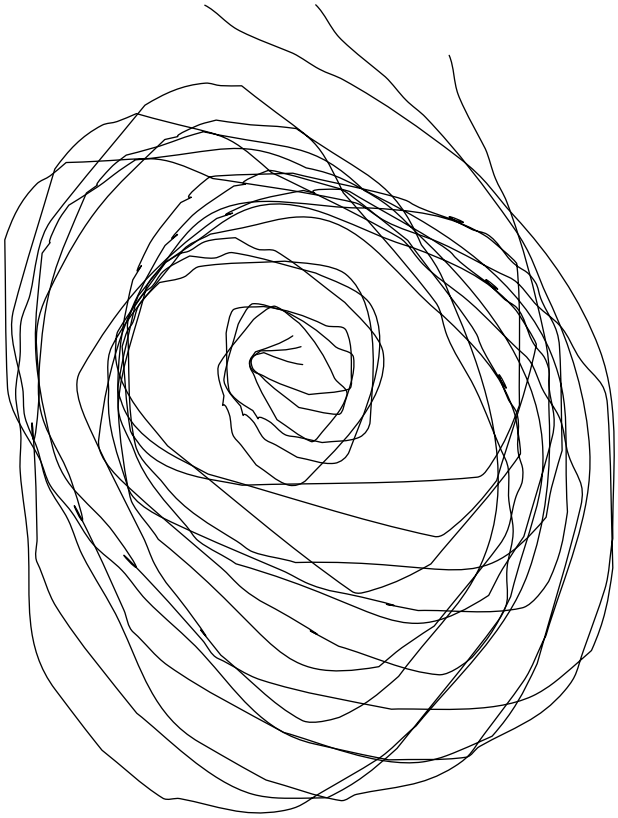
Su nana sólo le contaba de baños templados de colonias, de salpullidos sin talco y, si el cuento era muy largo, él lo terminaba con la expresión soez de un eructo cantarino de barriga llena y satisfecha de tantos besos de amor.

Era un ángel, sólo eso, ángel era.

No le alcanzaron los días para recorrer la tierra descalzo y pararse sobre ella y descubrir su calor mojado, ni para sentirse importante con aquellos zapaticos de estreno que brillaron en esa vidriera de pueblo y que no pudo alcanzar a ver bien, porque andaba metido y enredado en aquel aparato que iba colgando de la espalda de su nana.

Había que haberle dicho, había que haberlo asustado grande con pitos y matracas agoreras, para que esa noche sedienta, no extendiera sus pequeños brazos hacia esa sombra mala que como él no sabía, como era aún muy temprano, al ver sus ojitos alumbrando la noche en un relámpago, se enamoró de su inocencia y lo cargó en un ala y se lo llevó bien lejos, para jugar con él a las escondidas, allá, donde viven los ángeles.

MIRTA SUQUET



DÍAS DE CICLONES

Cada vez que me acuerdo del ciclón
se me enferma el corazón.
Trío Matamoros.

Era un murmullo coral lejano, lleno de estridencias apagadas y de clamores mudos, como si desde la grisácea bóveda celeste cayeran, con desgarrados alaridos, los ángeles condenados. O aún más cerca: como si mataran niños debajo de una ceiba.
Cocuyo,
Severo Sarduy.

Pero lo que más me interesa es el parte meteorológico. Oh, sí. No me pierdo ni uno. Como Penélope a su Odiseo, yo espero un huracán.
Huracán,
Ena Lucía Portela.

I

EN UNO DE LOS CAPÍTULOS memorables de *Cocuyo*, de Severo Sarduy, el niño se queda petrificado ante la imagen de una plancha de zinc cercenándole el cuello a un transeúnte (un negro que corría con un baúl en la mano), mientras las ráfagas de viento anunciaban el paso de un huracán y obligaban a refugiarse en las casas y a rezar para que regresara la calma con un saldo de ventanas rotas y nervios desquiciados. Tras la desmesura de la imagen, el niño reparte tazas de tilo con matarratas a la familia, para que nadie sepa que tiene miedo.

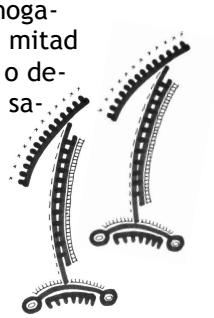
Durante los ciclones yo tenía miedo. Un miedo a que se abriera una ventana y se colara el torbellino dentro de la casa. Un miedo literario, cinematográfico, quizás. Cuando ya habíamos cumplido todas las previsiones, nos sentábamos en los sillones de madera de la sala con las velas encendidas, a desear que la ciudad permaneciera en su sitio al otro día.

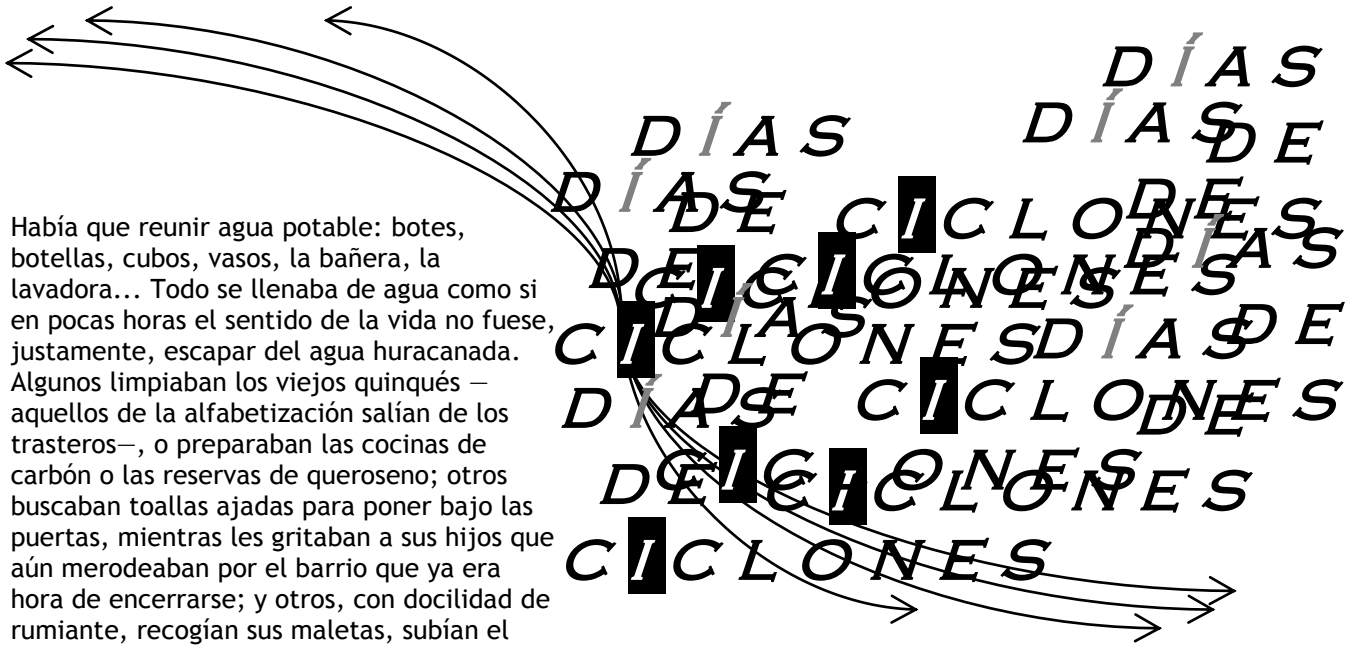
Con la adolescencia descubrí otras formas de desafiar los ciclones. Nada más aterrador y a la vez más seductor que caminar contra el viento, que sospechar que las alambradas se vendrían abajo, los gajos, los frutos de los árboles, el tendido eléctrico. Nada más perverso, desde luego, que saberse con vida entre tanta amenaza. En una esquina, varios hombres jugaban dominó y bebían cerveza, mientras escuchaban a cada hora el parte de la radio. Las horas previas a un ciclón eran las últimas horas de confianza. Después, todo podía suceder a pesar de precauciones y predicciones.

II

El ritmo de los movimientos cambiaba a medida que el viento se hacía más fuerte. Había que correr a la tienda más cercana en busca de pan y velas; había que sellar las ventanas con tablones o precintas de papel colocadas en forma de cruz, y que nadie se molestaría después en quitar; apuntalar los techos, asegurar las tapas de los tanques que volarían como hojas secas y degollarían como afilados cuchillos; las tejas sueltas, las sillas del patio...

Había que tapar con bolsas plásticas todo lo que se atesoraba: el ventilador del 50, la lavadora rusa, el televisor recién ganado en el trabajo. Había que, incluso, construir muros improvisados en las entradas de las casas —el vecino robaba ladrillos y argamasa de una obra cercana— para detener el torrente de agua que las alcantarillas, ahogadas y obsoletas, no podían asimilar. En mitad del diluvio, los muros se venían abajo, o debían romperse desesperadamente para sacar el agua que había entrado por cuanta rendija hallaba a su paso y que ahora no tenía por donde salir.

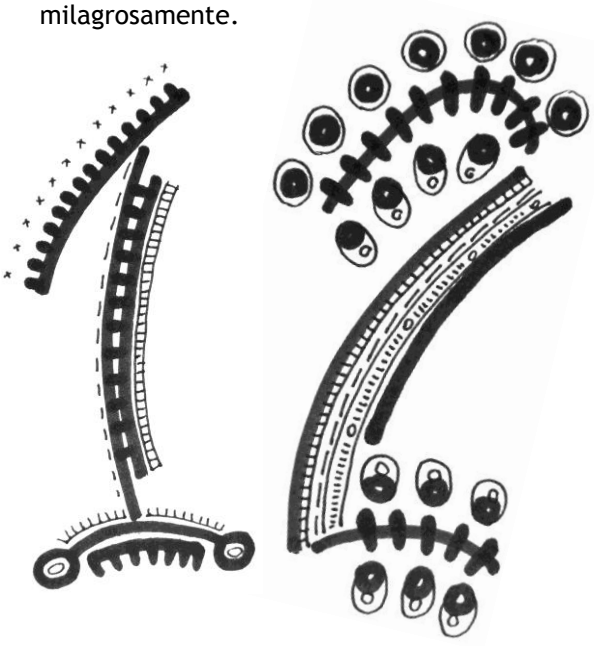




Había que reunir agua potable: botes, botellas, cubos, vasos, la bañera, la lavadora... Todo se llenaba de agua como si en pocas horas el sentido de la vida no fuese, justamente, escapar del agua huracanada. Algunos limpiaban los viejos quinqués —aquellos de la alfabetización salían de los trasteros—, o preparaban las cocinas de carbón o las reservas de queroseno; otros buscaban toallas ajadas para poner bajo las puertas, mientras les gritaban a sus hijos que aún merodeaban por el barrio que ya era hora de encerrarse; y otros, con docilidad de rumiante, recogían sus maletas, subían el colchón y el refrigerador a la barbacoa, y se iban a tocar a la puerta del familiar más cercano o del vecino, dejando la casa bien cerrada.

Los que se negaban a abandonar sus ruinas serían más tarde obligados, a punto de empezar el diluvio, a trasladarse a los refugios estatales, salvo que simularan haberse marchado antes: se enterraban en el fondo de sus casas y allí esperaban lo que Dios les tenía reservado. (A media noche podías presentir los gritos de la vecina, como un aullido más del viento...)

Las enemistades de barrio pactaban treguas pasajeras para evitar el infierno de una convivencia obligatoria: la familia del Encargado de Vigilancia, que desde la acera de enfrente nos miraba con ojeriza durante todo el año y apenas nos insinuaba un saludo de ronda, pasaba los ciclones en mi casa a instancias de mi padre. Su casa de madera llevaba amenazando caerse en cada temporada ciclónica, pero seguía en pie milagrosamente.



Para mí, eran días de jugar sin horarios con la hija del Vigilante; para mis padres, de esconder cuanto objeto podría llamar la atención de los invitados, previendo que tras el período de agradecimiento, nos pusieran una denuncia. En uno de los últimos ciclones que arrasó la Isla, y tras haberse declarado el país Zona de Desastre por la ONU, la casa fue finalmente derrumbada por sus propios dueños a golpes de mandarria: solo sería reconstruida por el Estado si se contabilizaba como daños de la tormenta. En aquel ciclón muchas puertas se dejaron entreabiertas... Había que cocinar toda la comida de la nevera —los tres trozos de pollo, el filete que quedó solitario, el picadillo del mes—, porque una vez que entrara el ciclón cortarían la electricidad y el gas de la calle y quién sabe cuánto tardarían en reponer los servicios, sobre todo si los estragos al tendido eléctrico, ya de por sí una madeja desgreñada colgando de antiguos postes de madera, fueran considerables.

Después de una semana de no poder encender el fogón, surgían hermandades circunstanciales: algunos vecinos organizaban hogueras para cocinar las últimas provisiones a punto de descomponerse y repartirlas por el barrio. En el 2004 celebré mi cumpleaños en medio de este aquelarre comunitario, con el huracán Iván de categoría 5 como banda sonora. Varias tormentas, ciclones, huracanes o simples aguaceros torrenciales me sorprendieron en vísperas de mis cumpleaños, con apagones y toques de queda. Nacer en temporada ciclónica te predestinaba una fuerza cíclica y devastadora: eso quería pensar para no leerlo por el lado del infortunio.

Había que encender la televisión del salón y las radios de las habitaciones para no perderse ni un segundo del trayecto (y comprar pilas en el mercado negro a precio de órganos vitales). Y había que rezar para que el ciclón acelerara el paso (con la lentitud, los estragos se hacían mayores), no aumentara en la categoría Saffir-Simpson tantas veces oída en los partes, no hiciera lazos o cadenetas peligrosas que lo llevaran a beber el agua caliente del Caribe, para convertirse luego en un monstruo huracanado con voluntad de aparecer por el rincón menos previsto de la Isla.

En esos días José Rubiera, Director del Instituto de Meteorología, se convertía en el actor secundario más seguido (se le tejían historias truculentas, se le veían empeorar las ojeras). El actor principal seguía siendo Fidel Castro, nunca desplazado por los hombres del parte del tiempo ni por tormentas con nombres extranjeros, que irrumpía sin previo aviso ante las cámaras —eso nos hacían creer— o hacía recorridos temerarios por las provincias o los albergues de los evacuados. Su llegada convertía el grito pelado en euforia: la mujer que lo había perdido todo decía sollozante que había merecido la pena con tal de estar cerca de Fidel, de besar su mano... Después ya tendría tiempo, muchos años, para maldecirlo por seguir viviendo en un albergue.
un albergue.
un albergue.
un albergue.
un albergue.
un albergue.

Desde el ciclón Flora, en el 63, los reportajes nacionales se centraban en su figura de superman anticiclónico, capaz de desviar el meteoro, de amainar la furia del viento (desde esa época mi abuela solía decir que Fidel era "más malo que el Flora"). Se le achacaban pactos maléficos que torcían el rumbo de las tormentas hacia la Florida o, en el peor de los casos, hacia los extremos de la Isla, acostumbrados a soportar los peores desastres sin revueltas ni quejas (o al menos se quedaban en blasfemias regionales). Todos los rezos se centraban en implorar que el ciclón no atravesara La Habana.

Si La Habana, con su indignidad de ruina moderna, era surcada por unos vientos superiores a 250 km/h, quedaría borrada de la Isla. Y una Isla sin capital sería como el cuerpo degollado del negro que había visto Cocuyo, el personaje de Severo Sarduy, cuando en pleno ciclón se asomó a la ventana.

Después de desaparecer La Habana, sólo quedaría tilo con matarratas para el resto de las familias.

DEL CICLÓN Y EL OTOÑO

TERSITES DOMILO

HABIENDO ESPANTADO la mula, habiendo renunciado al verde eterno y las demás bendiciones del Caribe, asumen los cubiches de New York y de New Jersey que se han puesto a salvo del huracán y los demás achaques de la zona tórrida. En esa huida de los trópicos hay un pacto tácito, una aceptación de la nieve y las hojas amarillas que cubren de otoño los patios y el alma. El pacto supone también que uno no tendrá que ciclonear ni comprar carne de res de contrabando. Y Sandy ha venido a anular esas certezas.

Por estos lares uno se va acostumbrando a la elegante, precisa y lenta devastación del otoño. Sales con los niños el Día de las Brujas y comentas: "El año pasado quedaban más hojas en los robles". Tomas fotos del árbol de frente de la casa y compras vino de Borgoña. Te preguntas cuándo será la primera nevada de este año. Porque a estas alturas, a estas latitudes, lo primordial es la certeza y la rutina. O así solía ser hasta hace una semana.

El ciclón fue primero una noticia terrible y cercana por los once muertos y las miles de casas destruidas en el Oriente de Cuba. Ahora es una noticia temible y cercana que podría tumbarte el roble del patio y acabar con tu vida o con tu casa. Un ciclón extraño este Sandy, que perdona a La Habana y a Miami, pero va en busca de "cubanos de provincia" sin importar si es en Union City o en Guantánamo. Que lo mismo arranca las cubanas cupulinas de la Catedral de Santiago que echa a volar las antenas altaneras del Empire State. Este ciclón viene a recordarnos —como si hiciera falta— cuán lejos puede perseguir a cualquiera su destino cubano.

Si tocan esta noche a la puerta, no me asombraría que fuera alguien que viene a venderme un boliche en bolsa negra.

RAFAEL ALCIDES

MI PERSONAJE INOLVIDABLE

AUNQUE SU CARNET de identidad la acredita como Natalia Revuelta Clews, para ella dicho nombre no pasa de ser un artificio, un modo de disimular su leyenda, de pasar de incógnito por los aeropuertos las pocas veces en su vida que ha viajado y por los registros de la libreta de racionamiento establecida en Cuba hace ya casi medio siglo, a poco de bajar Fidel Castro de la Sierra Maestra y empezar a repartirle a los campesinos las tierras de los latifundistas y a hacer otras cosas que a los americanos de Washington no le gustaron y lo llevaron a él a buscar la protección de los rusos, cincuenta años atrás.

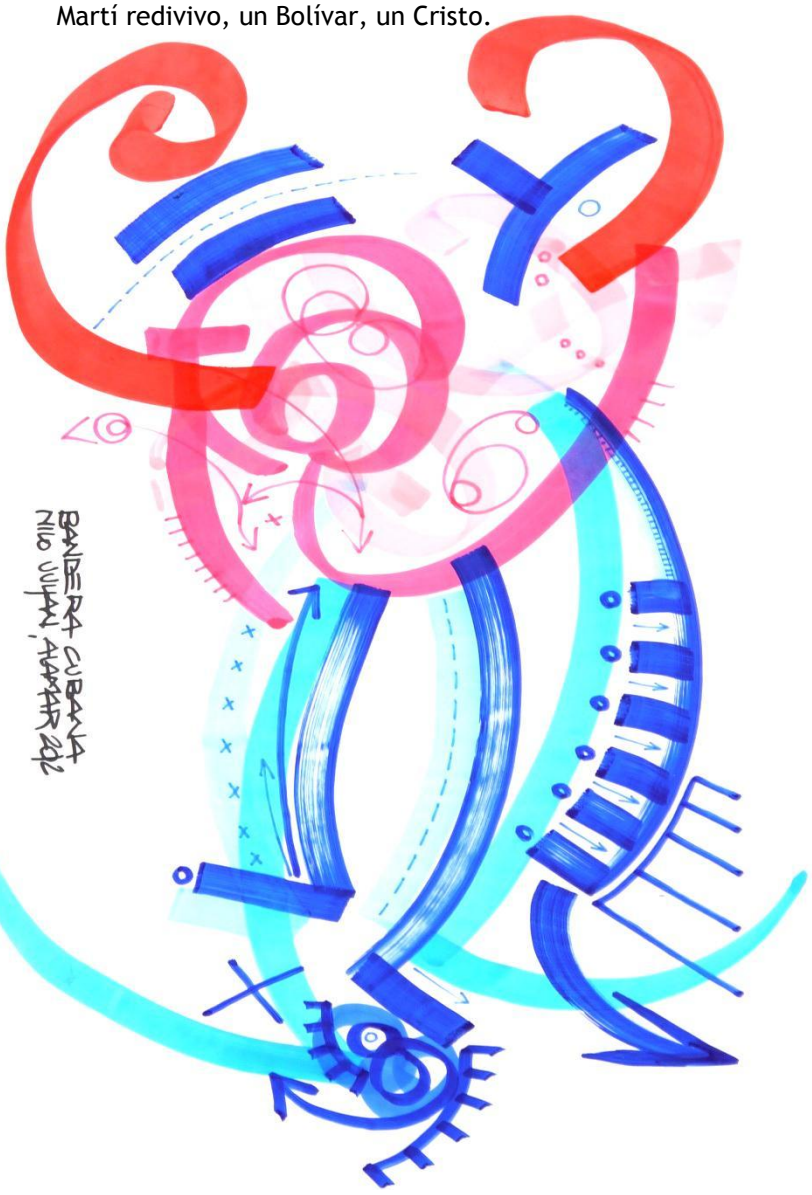
Su nombre real, el que desde la escuela primaria le dieran sus amistades y certificaría después la prensa, es Naty Revuelta. Sus amigos, y la prensa, sin decirlo expresamente, la han dado como la novia eterna de Fidel Castro, a pesar de que el Comandante lleva cuarenta años o más de casado con su actual esposa y de que lo de él y Naty fue un fuego encendido en un día de juventud ya remoto, el encuentro entre dos luchadores revolucionarios que se cruzan. Pero la prensa es así: es de Naty de quien escribe, no de la esposa, Y se entiende.

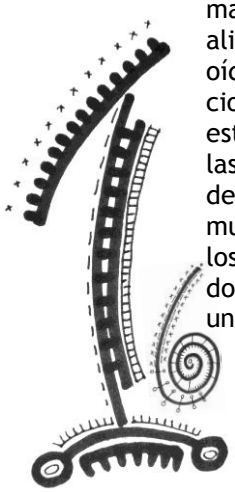
Cuando conoce al hombre por el cual entraría en el reino de la leyenda, vivía en un paraíso. Era tal vez la mujer más bella de La Habana, lo cual la hacía única, como está en el deber de ser la mujer del Paraíso. Además, era muy joven. Ni siquiera tenía Naty 26 años. No eran sus únicos tesoros.

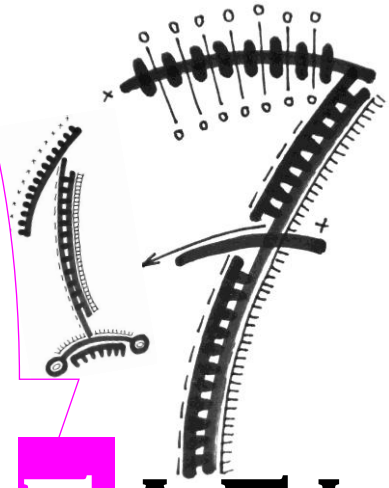
Tenía, en ese ayer en que el peso cubano andaba a la par con el dólar y el empleo promedio era de sesenta pesos al mes, un sueldo mensual de varios cientos de pesos en la filial de la ESSO de La Habana, donde era segunda jefa de relaciones públicas; vivía en una opulenta residencia del Vedado con más personal de servidumbre que miembros de familia a los cuales servir, pues en aquella casa del recuerdo vivían sólo tres personas: ella, su esposo —reputado cardiólogo copropietario de una de las clínicas preferidas por la gran burguesía habanera— y la pequeña hija de ambos, Natalie, entonces de cuatro años; frecuentaba los clubes y salones de la aristocracia habanera, ya que por pertenecer por parte de madre a una importante familia del Olimpo fraguado en la guerra de independencia, podía considerarse de un linaje entonces más apetecido que el de los marqueses y condes del patriciado criollo y, no hacía tanto, Félix F. de Cossío, quien entonces era el retratista de moda de la gran burguesía habanera y pintaría años más tarde el retrato del presidente Kennedy, la había hecho posar para él.

En medio de tanto glamour, un día de marzo de 1952 un hombre nocturno, el general Fulgencio Batista, se desmanda con un golpe de Estado, a ochenta días de las elecciones generales que sin lugar a dudas le habrían dado el triunfo a los herederos de Eduardo Chibás en el Partido Ortodoxo, y con tan repentino cambio de trenes en la historia cubana, también cambia la vida de Naty Revuelta. La exquisita y exitosa dama educada en colegios norteamericanos, que no obstante su acomodada posición social aspiraba con su esposo y su madre Natica a la renovación nacional que prometía el Partido Ortodoxo (con algunos de cuyos máximos dirigentes tenían relaciones amistosas), conoce al joven abogado y luchador social Fidel Castro, que acababa ver despedazarse su candidatura para Representante a la Cámara por los ortodoxos, y de inmediato, en ese propio año 1952, comienza a colaborar con él en los preparativos para el asalto al Moncada. Su casa, de la cual le ha dado una llave para un momento de emergencia, es lugar de encuentro de los principales de la gesta en camino, da dineros (algunos dicen que hasta vendió sus joyas, como la reina Isabel para el viaje de Colón), guardó armas en su casa y en casa de su madre Natica, y cuando por fin los revolucionarios parten para el cuartel aquel día de julio de 1953, es ella quien queda a cargo del manifiesto que daba a conocer los objetivos políticos del asalto al Moncada y que puntual hubo de entregarle en persona a los directores de los principales medios de prensa y a otras personalidades de la escena pública, también de su amistad, al amanecer del domingo 26, coincidiendo con el comienzo, allá en Santiago de Cuba, de los tiros del nuevo destino cubano, el flamante destino que, sin saberlo, había inaugurado Batista con su sorpresivo golpe de Estado el año anterior.

Será después Naty Revuelta, en materia de eventos culturales y demás alimentos para el espíritu, los ojos y los oídos fuera de la prisión del jefe revolucionario. Asiste a los conciertos que a él le están vedados, y se los refiere por carta, ve las exposiciones de pinturas que él no puede ver, y se las comenta. Y le envía libros, muchos libros, los seleccionados por ella, y los que él le pide. De ahí surgirá un abultado epistolario de ida y vuelta, alto como una caja de zapatos según Natica, que lo vio un atardecer encima de la mesa del comedor mientras Naty lo ordenaba, y del que sólo se conocen tres o cuatro cartas que sin autorización de Naty publicó en España a fines del 2000 Alina, su otra hija (la concebida de Fidel al salir éste de prisión en 1955), más algunos fragmentos que gentil o por instrucciones le dio ella a copiar a biógrafos y periodistas interesados en el periodo fideliano de tregua que va del Moncada al exilio en México, período en el que, a juicio de Naty, dicho epistolario tendría un papel de llavecita inestimable para entrar a conocer en ropas de andar por casa las ideas del entonces futuro presidente cubano. Es una colección que Naty parece conservar escondida en quién sabe cuál sepulcro de la pared, y de la que no habla. Sólo dice que es un tesoro histórico, que si se perdiera se perdería la otra mitad de Fidel Castro, la mitad del Fidel desconocido, la del joven soñador de verbo azul y pluma florida, en quien ella vio un Martí redivivo, un Bolívar, un Cristo.







RAFAEL ALCIDES

Por fin un día de los primeros tiempos de la revolución, como en las mejores telenovelas cuando van llegando al final, llegó el momento de decirle a la pequeña Alina quién era su padre, el que la engendró. También para Naty iba a ser el peor momento de su vida. Como notarios embargando bienes, fue el momento de hipotecar o ceder o prestar por un rato a su primera hija, Natalie, de doce años por entonces, que partiría con su padre hacia Estados Unidos, por unos meses, para no dejarlo solo ahora que el infeliz médico que brilló en La Habana con luz de astro se iba con una mano atrás y la otra delante a empezar de nuevo, pero de la cual sólo tendrá después noticias por las aves migratorias que la vieron a veces deshojando margaritas en el jardín o con la vista fija en el cielo leyendo muy atenta en el libro de las nubes, y así hasta fechas muy recientes en que la humildad que conceden los años y las magias del e-mail lograron al fin activar lo que todavía pudiera ser, sospecho yo, un tímido y muy ocasional intercambio de pequeñas noticias domésticas que acaso incluyan recetas de cocina y de tejidos para el invierno, en fin, comentarios corteses y gentilezas que no dejen eco en el pasado de las dos abuelas: la abuela Natalie, aún bisoña, muy reciente (a pesar de andar ya cerca de los sesenta), y la experimentada y muy solitaria abuela Naty, tal vez la abuela más solitaria del mundo.

¿Solitaria, dije? Me excuso. Solitaria tal vez cuando se acuesta en su ostentosa pero inhóspita casa, hoy habitada casi exclusivamente por los numerosos cuadros y objetos de arte que compró cuando era ejecutiva en la ESSO de La Habana sin sospechar que gracias a esas compras sobreviviría en estos años de ahora vendiendo de tiempo en tiempo algunas de aquellas piezas; casa de silencios donde en Cuba, de toda la gente de su familia por parte de madre o de padre, hoy queda ella, solamente ella, que el año pasado arribó a su ochenta y seis aniversario y tal vez por orgullo, para que no la crean una solitaria, alguien que necesita del cigarro para olvidar o para no pensar, valientemente dejó de fumar. Solitaria tal vez cuando recuerda que de esos ochenta y seis años no ha vivido ella ni la mitad.

Ya cuando en el 61 nos presentó un gran amigo común, el fotógrafo Alberto Korda, siendo ella todavía una mujer de un fulgor pocas veces visto, era considerada una res sagrada, marcada con hierro y todo, en la cual poner los ojos con fines impíos habría sido profanación. Trabajábamos en el mismo edificio, pero en diferentes pisos, ella en Radio Habana Cuba como locutora y redactora en lengua inglesa, y yo como escritor y locutor en Radio Progreso, y recuerdo el miedo, pero también la cara golosa, con que los galanes del lugar la miraban pasar de largo, sin que faltara entre ellos el adorador que ni pellizcándose podía creer haber visto en persona a lo que manos divinas tocaron un día o a lo mejor tocaban todavía.

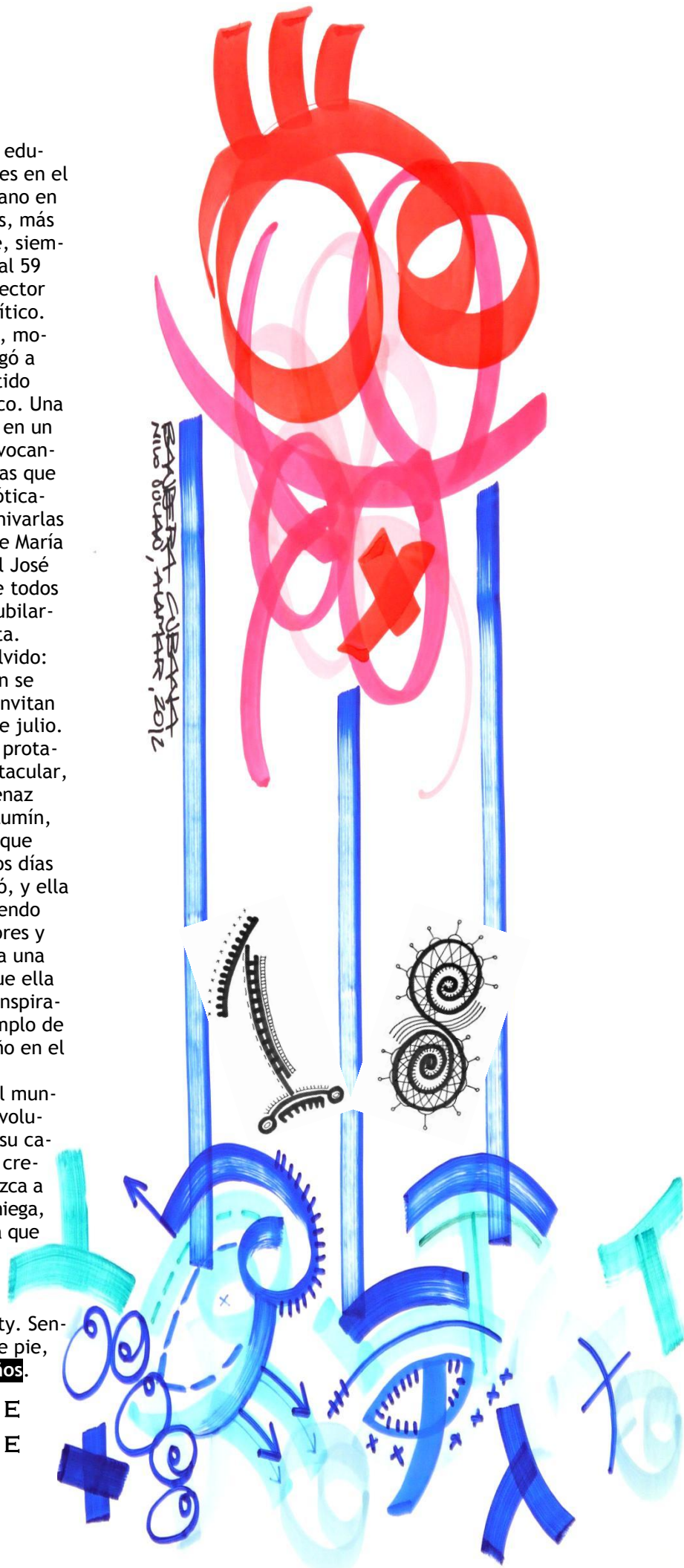
Excepto una vez, y esto por unos breves meses, en que apareció un hereje que no creía en las llamas del infierno, pareció haberse retirado aquel insólito estigma, maldición, fatum, supuesta sombra de una mano invisible detrás de ella en posición de ¡Stop! Pero el hechizo estaba ahí. Seguía. No levantó su veda en París, donde durante un año ocupó Naty un modesto puesto en la Embajada cubana, ni la suspendería después en el CNIC, ni más tarde en Comercio Exterior donde, también con minuciosa modestia, trabajó hasta jubilarse.

Pues no obstante su esmerada educación, currículum en la ESSO, y antes en el Servicio de Inmigración norteamericano en La Habana, donde trabajó cinco años, más su hoja revolucionaria de gran linaje, siempre Naty en su día laboral posterior al 59 fue un trabajador más, nunca un director de peso, mucho menos dirigente político. Tal vez (ella no habla de esas cosas), modesta por naturaleza como es, se negó a salir del anonimato, o tal vez el Partido juzgó inoportuno mostrarla en público. Una mujer así, con su pasado, aparecida en un noticiero de la TV informando o convocando a algo, podría hacer recordar cosas que tal vez fuera mejor, pensando patrióticamente, darlas por no sucedidas, archivarlas junto con la paternidad verdadera de María Mantilla (al parecer, hija del Apóstol José Martí con la esposa de un amigo). De todos modos, al llegar Naty a la edad de jubilarse, lo hizo con pensión de moncadista.

Oficialmente, hoy vive en el olvido: parecida a esas tumbas donde por fin se borraron las inscripciones. Ya no la invitan a los actos conmemorativos del 26 de julio. Su hija Alina, que, sorprendiéndola, protagonizó a fines del 93 una fuga espectacular, permanece en Miami librando una tenaz guerra por el cambio en su patria. Mumín, la hija de Alina, su única nieta, a la que crió, también vive en Miami desde los días de la fuga de su madre; Natica murió, y ella ha dejado de fumar; pero sigue teniendo decenas de amigos, casi todo escritores y artistas que la aman, que ven en ella una musa, o mejor, que ven en ella lo que ella es y ha sido siempre: un soplo, una inspiración. Pero, también, un curioso ejemplo de paciencia, o de un deber muy extraño en el que pareciera irle la vida.

Cuando millones de seres en el mundo estamos hoy seguros de que la revolución que en sus inicios la tuviera en su cabecera es un tren que ya pasó, ella, creyéndolo o porque en el fondo pertenezca a la raza de los músicos del Titanic, lo niega, replica, alega, declara de lo más seria que es ahora cuando empieza a llegar y hasta jura oír los pitazos del tren en la curva anunciando su entrada.

Equivocada o no, es así. Es Naty. Sencillamente Naty Revuelta: todavía de pie, esperando, en el andén de sus sueños.



MI PERSONAJE INOLVIDABLE

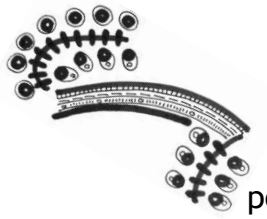
LAS CARAS DE LA LUNA

EDMUNDO DESNOES

LOS HECHOS HABLAN PERO HABLAN en diferentes lenguas. Yolanda los vivió y ahora Farr los manosea y da colores y las formas del recuerdo. Acerca la brasa a sus sardinas, como todos inexorablemente, si tenemos emociones e ideas, trabajamos la realidad.

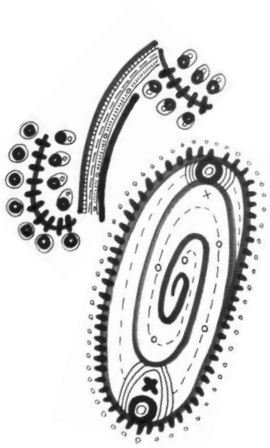
Yolanda Farr, para empezar, es parte y juez de la vida estética, cultural y política de *Memorias del subdesarrollo*. Su actuación es inseparable de la versión cinematográfica de mi novela. La considero imborrable y expresiva. Así imaginé a la esposa de Sergio cuando trabajé el guión con Titón, mi amigo muerto que ya no puede responder, más de cuarenta años más tarde, a su versión del proceso de filmación y edición. Yo también soy parte y juez y quiero decir algunas cosas que me asaltaron después de la lectura del fragmento de las memorias de ella. No son necesariamente la última palabra o la verdad absoluta. Son mis aproximaciones.

Lo repito, Yolanda Farr es y será para siempre una interpretación auténtica de mi personaje, inclusive de la escena central con la grabadora subrepticia que escribí especialmente para revelar sus gestos superficiales y sus profundos sentimientos. Algunos piensan que su interpretación es melodramática y sobreactuada, pero como esposa burguesa de Sergio la admiro y encuentro estrellada, genuina. Especialmente para destacar la crueldad del narrador de la novela, que utiliza a su mujer como conejillo de Indias.

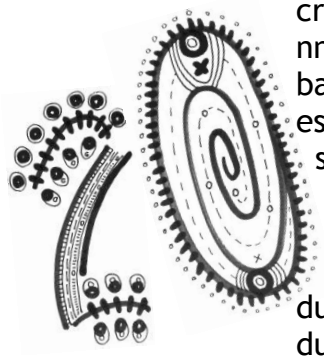


Es triste ver que *Memorias del subdesarrollo* es acusada por ella de censura política en sus imágenes, cuando es tal vez la película más libre de cortes para complacer a los líderes de la Revolución y su debilidad por las mentiras del realismo socialista. La edición final es obra de la visión insobornable de Gutiérrez Alea a partir de mi novela. Que se vio obligado a suprimir el nombre de Yolanda Farr cuando ella abandonó la Isla, es cierto y lamentable, pero hoy aparece, cada vez que se proyecta, con su nombre en la pantalla. Eric Von Stroheim y Orson Welles sí fueron mutilados por razones de pedestre comercialismo.

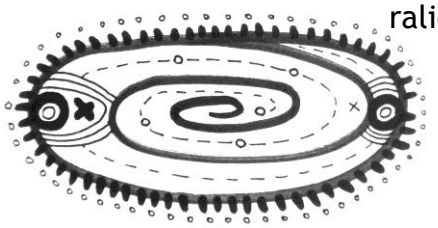
En cuanto al intento erótico y expresivo de filmar a Yolanda desnuda, a punto de entrar en la ducha, he contemplado respuestas que Titón pudo haber ofrecido. No participé del encuentro entre la actriz y el director y la petición de filmar el cuerpo de Farr para incluirla como el primer desnudo del nuevo cine cubano. Mucho antes asomaron en la pantalla senos y traseros en el cine de la "república mediatizada", como los ideólogos marxistas bautizaron esos años existenciales e imprescindibles anteriores al Líder Máximo, al caudillo que intentó dar carne social a un sueño y terminó obligándonos a vivir una pesadilla. Pero ese es otro cuento.



Lo cierto es que Daisy Granados, la protagonista, se negó a aparecer desnuda por pudores ridículos, pero su actuación, sin embargo, también la admiro, aunque como criatura social la considero una actriz oportunista (ver la narración de Manuel Ballagas sobre el grotesco e indecente tratamiento que le da Daisy en la bodega del barrio a su esposa antes de abandonar la Isla). Debemos también recordar que Eslinda Núñez, una belleza fatal pero una actriz mediocre, aparece desnuda en la película, así como Hanna. (Hanna está actuada por una deportista checa que vivía en Cuba, porque la actriz cubana que Titón había originalmente escogido se negó, ya que Juan Blanco, su esposo, el compositor, lo prohibió. Una auténtica censura machista. Hanna, por cierto, aparece desnuda, visibles sus senos puntiagudos, en los inciertos brazos de Sergio.)



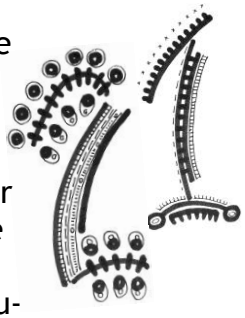
En cuanto a posar desnuda ante la cámara camino de la ducha, si es cierto que Titón se lo pidió a Yolanda, y no lo dudo, puede haber sido el intento de una ironía cinematográfica. Ya existe esa escena en la película, es uno de los cortes censurados durante los años anteriores a la Revolución, donde aparece Brigitte Bardot camino de la ducha desnuda una y otra vez para deleite y crítica de la falsa moralidad durante los años de la república mediatizada.(En



ese y otros cortes aparecen desnudos.) No sé, pero me parece que incluir una escena con la Farr, idéntica a la de la Bardot, hubiera sido algo gratuito y estéticamente pobre. Por eso sospecho que la eliminó, como eliminó varias escenas con Sergio y Eslinda para no dar excesiva importancia a las aventuras eróticas de Sergio. También eliminó escenas de Hanna con sus padres porque simplemente no funcionaba dentro de la estructura narrativa. Desde luego, ni Eslinda Núñez ni la deportista checa acusaron a Titón de censurar sus brillantes actuaciones bajo presión política.

En última instancia, después de haber ofrecido mis ideas y creencias sobre los hechos, estoy seguro de haberlas procesado para insistir en la necesaria ambigüedad que suele dominar mi punto de vista.

Ahora debo borrar diferencias: en líneas generales estoy con Yolanda Farr cuando expone los errores de la Revolución (ya he hablado de algunos imperdonables). Lo más triste no es el caso de su evocación sobre su papel en *Memorias…*, que tendrá validez mientras exista interés por la cultura iberoamericana, pero que ha despertado tantos comentarios por su filo anticastrista. Lo más triste es la experiencia de Yolanda con los desmanes culturales de la Revolución, que, si bien es cierto que creó una industria de cine, y que publicó mi novela a regañadientes, así como *Paradiso*, la suculenta novela de Lezama, y *Fuera del juego*, que hizo sudar sangre a Heberto Padilla y posiblemente lo llevó al suicidio, a su muerte en la habitación de un hotel en el sur profundo de los Estados Unidos. Lo más lamentable es que con Yolanda Farr abandonaron el país numerosas estrellas de la farándula, poniendo fin a la rica vida de los espectáculos nocturnos en La Habana. Es posible que tanto Yolanda Farr como yo y tantos otros todavía estaríamos en La Habana si la dirección militarista de la Isla no hubiera fracasado en lo económico y reprimido las libertades individuales.



Más que el cine y la literatura, la música cubana sufrió enormes pérdidas —digamos Celia Cruz, digamos Cachao— que no se han llorado lo suficiente. La música afro-española es el corazón existencial de nuestra identidad. Ni Fidel ni el Che, aunque abrazaron ideas reaccionarias sobre arte y literatura, sabían cantar o intentaron bailar. Ahora, para consuelo de los desgarramientos sobre *Memorias…* que acabamos de navegar, voy a oír en un presente eterno la poderosa música del enorme Cachao.

Ay, esto está cada vez más malo

Henry Constantín

¿Usted aceptaría interpretar de manera positiva un personaje inspirado en el otro Oswaldo célebre de este año, diferencias físicas aparte?, ¿usted aceptaría interpretar sin criticar a Oswaldo Payá?

Sí —me respondió— lo aceptaría sin problemas, como un trabajo más.

Doimeadiós se comporta como un hombre libre. Debe disculparme por escribir "Oswaldo", pero es que la manera extraña en que murió el verdadero Oswaldo me ronda el subconsciente. Para colmo, mi primera vez dentro de un calabozo tiene relación con la atmósfera de intriga en que las autoridades han envuelto su fallecimiento.

Casual y trágica fue la vida del escritor Virgilio Piñera, sembrado en un medio opuesto a su personalidad, el de Cuba antes de los noventa: un medio empeñado en obligar a las personas a esgrimir una misma idea política, religiosa, artística, sexual y humana. En el 2012, centenario de Piñera, Camagüey se esforzó en convertir este Festival en un homenaje al hombre que vivió un tiempo de su adolescencia en las adoquinadas calles principeñas. En nombre de la cultura que atacan o ignoran hoy en Cuba —Porno para Ricardo, Rafael Alcides, Omni Zona Franca, Rafael Almanza, Convivencia, Generación Y, Orlando Luis Pardo Lazo, Los Aldeanos, Ángel Santiesteban—, pregunto: *¿homenajes ahora, para qué?* (Un poco así también me pasa con algunos de los homenajes póstumos hechos a Oswaldo Payá, por personas que en vida hicieron el esfuerzo de apartarlo y aislarlo.)

CUANDO OSWALDO DOIMEADIÓS me respondió, en medio del 14 Festival Nacional de Teatro de Camagüey, que sería muy bueno que ocurriera, pero no esperaba ver propiedad privada sobre programas de televisión, salas de teatro y cines en Cuba, sentí una tristeza apabullante por dentro. Esa misma falta de fe en que haya cambios verdaderamente positivos yace en tanta gente, que termino preguntándome cómo se sostiene alguien cuándo ya casi nadie le tiene fe. Es como si ese Alguien se hubiera subido encima de una mesa, se la hubieran quitado, y aún levitara: todo el mundo sabe que en cualquier momento va a caerse.

Oswaldo Doimeadiós me habló apaciblemente durante cuarenta minutos, en un sofá del lobby del camagüeyano y regular hotel Puerto Príncipe. Lo hizo sin preguntarme quién era y dónde iba a publicar las respuestas a las preguntas, inocentes unas, capciosas otras, que le hice. Y habló sin aparentar miedo, lo cual es un signo de la libertad que cada vez se nota más. Habló mucho, y casi todo lo que dijo aparecerá en el próximo número de la revista *La Rosa Blanca*. Incluso su falta de prejuicios y miedos políticos:

Y como un eco repite desde *La boca* lo de *Homenajes ahora, ¿para qué?*, Yunier López, actor transfigurado en Piñera, en este monólogo amargo obra del difunto Tomás González. *La boca* fue un contraste muy fuerte con el otro unipersonal inspirado en Virgilio, *Un jesuita de la literatura*, por la evidente amargura que el actor dejaba fluir, siempre a tono con las realidades del Virgilio Piñera de Tomás González, y de estos momentos de ahora —realidades muy similares, lamentablemente.

La boca *es un mesiánico que al comienzo es la expresión de lo que la mayoría siente*, aclara su actor. *¿Cuántos fusilamientos harán falta para que un país pueda progresar?*, se pregunta luego. El público se remueve en los asientos.

No conocí a Piñera, y mis ideas sobre su personalidad son ecos culturales de lo que he leído o escuchado sobre él. Por eso no me atrevo a escoger, entre *La boca* y *Un jesuita de la literatura*, los dos grandes monólogos sobre Virgilio, cuál de las dos lo representó mejor. Aunque lo serio y amargo del primero se acerca más a las circunstancias en que vivió Piñera, hay que admitir que en el segundo Oswaldo Doimeadiós encanta más, por su intensa personalidad histriónica, y la cierta vis cómica que ni lo más agrio alcanza a impedir en él. Un observador puntilloso hubiera sugerido reducir el tiempo de alguno de esos instantes de desdoblamiento. Y en el texto, adaptado por Carlos Díaz —también el director— y Norge Espinosa, había señales para todos, incluso *para esos falsos artistas que están con Dios y con el Diablo hoy, dicen "sí" y mañana "no"* (palabras de Doimeadiós en la obra).

HEN RY

HEN RY

CONS CONS TAN TAN TÍN TÍN

La puesta que cerró el Festival fue *Aire frío*, por Carlos Celdrán y su Argos Teatro. Más bien debió llamarse *Aire asfixiante*: es lo que exhala ese texto escrito por Piñera —que no es culpa de él, sino de la Cuba en que le tocó vivir, e incluso, de la que está celebrando el centenario—, en el que una familia cubana se retuerce en vidas conflictivas, grises, y frustradas por diversas miserias. Yuliet Cruz, rostro joven y famoso, atrajo con su desenvoltura y sus tristezas, que la mayoría del público compartía y disfrutaba masoquistamente. La gente salió de allí bastante contenta y relajada, a pesar de que vio desfilar el trauma de unas personas en derrumbe y desesperanza, y un coprotagonista avejentándose en eterna infidelidad, mintiendo y amenazando —¿suena familiar?—, interpretado muy bien por Pancho García. *¡Cincuenta años, para qué?*, clamó Yuliet en uno de esos instantes atrevidísimos de *Aire frío*. Silencio general.

¡CON MORINGA O SIN MORINGA, EL PAÍS ESTÁ DE… FESTIVAL! (verso que debía ser rimado y repetía cada noche Renecito de la Cruz durante las fiestas nocturnas del evento). Los teatros camagüeyanos se llenaron esos días; incluso la ruina infinita que es el Avellaneda —incapacidad estatal para devolverle el rostro que la capacidad privada le hizo un día, ese es el resumen de los males de un teatro antiguo y majestuoso. Este teatro se colmó —de personas, porque polvo siempre tiene— para dos obras de corte experimental y actuadas por jóvenes : *La mujer de cuerpo y leche* —pésima, a pesar de la valentía escénica de una actriz muy joven, y del contenido que parecía enfocarse contra la violencia de género— y *Antigonón: un contingente épico*.

AY, ESTO ESTÁ CADA VEZ MÁS MALO

Antigonón… fue distinta. En tres momentos sin conexión evidente, dos muchachas recién graduadas del Instituto Superior de Arte (ISA, la universidad cuyas actuales autoridades me expulsaron en 2011) hicieron un dificilísimo experimento, bajo el manto de Carlos Díaz. Delgadas, con vestuario común, cero despliegue escenográfico y mucho juego de voces y cuerpos, asombraron casi todo el tiempo por sus múltiples destrezas. La obra, que fragmentada funcionaba mejor que como un todo —hubo más de un lapsus aburrido— brilló en el último tramo a merced de un original diálogo de preguntas y respuestas —que no eran tales— a modo de examen escolar, diálogo cargado de sentidos diversos y peliagudos sobre nuestra historia y nuestro presente. Rogelio Orizondo, otro joven egresado del ISA, era el autor.

En la lista de piezas regulares incluyo las dos obras de Teatro D´Dos que pude ver, ambas escritas por Abelardo Estorino: *El baile* y *Morir del cuento*. Lo único bueno que puedo decir de ellas es que estaban muy bien diseñadas las luces y la utilería, y que los actores se notaban profesionales.

Hojas de papel volando, de Estudio Teatral de Santa Clara y premiada en no sé cuál evento, me pareció un monólogo largo e incoherente de un personaje que lo era aún mucho más al usar frases finas y profundas, pero incoherentes.

El dragón de oro, de Teatro de La Luna, también con original vestuario, musicalización, correctos actores jóvenes y curioso asunto, resultó sin embargo fría. Hubo quienes le echaron la culpa al tema europeo, alejado de nuestros contextos, pero quien haya visto en el último Festival Internacional de La Habana la noruega *The Society*, con su nada cubano asunto y su total éxito de público, tendrá que cambiar de argumento. En *El dragón de oro* trabaja Manuel Reyes, uno de los muchachos camagüeyanos brevemente célebres durante aquella huelga del ISA en 2009.

Alexis Díaz de Villegas, también dirigido por Carlos Díaz, actuó él solo *El trac*, otra obra de texto extravagante y mucho ejercicio físico y vocal: ríos de sudor salpicaba Alexis sobre el escenario, sin que eso pudiera impedir que en el público hubiera algo de aburrimiento por no saberse a dónde iba aquella puesta.

Algo pudo observarse durante el evento, precisamente por su ausencia o regular presencia: la hondonada creativa en que se encuentra el teatro camagüeyano, carente de ideas, de recursos humanos y materiales, de gancho con el público, de ambiciones y de valor.

Hasta aquí. Fue otro festival más del que escribo atisbando todos los deslices sociopolíticos que cometen las obras. Otro festival en el que se respira ese ambiente de silencio contenido en la gente, y que el teatro logra romper admirablemente, mientras el cine cubano se aleja cada vez más del país, en apacibles refugios intimistas, y la plástica no genera otra cosa que meros adornos, y la música es para la noche y la fiesta, y la literatura se masturba hasta lo infinito sobre sí misma.

Algo del teatro se toma la molestia de gritar lo que el resto de Cuba, a duras penas, calla.

evocación de virgilio

regina coyula

UNA ESCENOGRAFÍA SEPIA, una máquina de coser y una mujer agitando frenéticamente una penca es lo más cerca que estuve de la carne de Virgilio. Un escritor amigo de ambos me confirma que fue en el estreno de *Aire Frío*, en la desaparecida sala Las Máscaras. No puedo presumir de nada, pero acompañé a mi madre a ver el mejor teatro que se ha puesto en este país; me portaba notablemente bien en mi butaca para haber sido una niña tan mataperra. Luego llegó el pistoletazo al teatro y no sé si por coincidencia, ya no volví al teatro hasta ser adulta.

Con los años, el flaco y el gordo, un compromiso imposible en la vida se ha dado en el canon, que los ha convertido en pareja, siendo casi obligado hablar de uno si se menciona al otro. Sin parecerse, se diferencian tanto del resto que constituyen singularidades, son nuestros raros. Lezama sonreiría filosófico al ver su boom; Virgilio lo consideraría una broma colosal del peor gusto, pues aunque creyera en la posteridad, le interesaban más las urgencias del ahora.

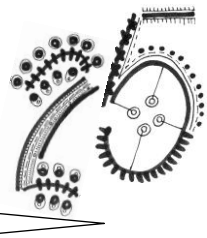
Desasido, corto en halagos, cortante en la invectiva, adoraba el chismorreo ríspido, por lo que no pocos enemigos cultivó, y no le importaba. Tramitaba el sexo con albañiles y estibadores, que ni le mirarían arrobados ni le dirían Maestro. No se tomó en serio ni a sí ni a nada más allá del arte, de la literatura como forma dúctil de expresión. Es por ello que con altura dispar pero siempre espléndido, escribió poesía, crítica, ensayo, cuento, novela y teatro.

Luego de tanto realismo parametralista, salí tan desconcertada del solar griego de *Electra Garrigó*, que decidí como una tarea obligatoria leerme el teatro de Virgilio. Fue una lectura un tanto fatigosa —detesto leer teatro—. Me sentí satisfecha de aprehender algo de la sustancia esperpéntica de aquellos personajes, me creí más culta, que es conclusión de tontos. Y me fui de Virgilio por un largo tiempo.

Luego tuve a mi alcance a Virgilio por Virgilio, y algún Virgilio diferido también. Lo leí casi todo y valió la pena. Pero de lo que leí, más allá de las virtudes literarias, más allá de sus *Cuentos Fríos* con los que establecí una relación adúltera, me impresionaron dos piezas por lo que tienen de anticipación y de testimonio. No olvidar que leía bajo el conocimiento de que a esta "loca" le cupo el honor en 1961 de proclamar: Tengo miedo ante el Poder en persona. No, no se trata de *Los siervos*; se trata de *Pequeñas maniobras* y *El no*. La primera, un críptico manual de la simulación y el ocultamiento. La segunda, la negación como camino de la reafirmación. Muchos ahora pueden decir que Virgilio lo vio todo.

En su sillón, allá en algún infierno, Virgilio balancea impaciente la pierna cruzada mientras aspira el cigarro Populares (¿o será Marlboro?) hasta los dedos; indistintamente lanza invectivas en francés contra Manolito Ballagas, Jorge Ángel Pérez o José Milián, todo para no confesar que está *enchanteé* de ser él mismo materia literaria; lanza también invectivas menos extranjerizantes contra los perpetradores de su asesinato civil que pretenden lavar su culpa con un batir de palmas hoy, ante las 100 velitas de Piñera.

Entretanto, me he hecho íntima de Virgilio, a pesar de que él hubiera sido desdeñoso con la niña que fui, y hubiera tratado por obligación y con miedo a la oficial de la policía política que después yo sería, pero que entonces estuvo probablemente muy cerca de él en aquella noche de estreno.



Evocación de Piñera

Miguel Iturria
Miguel Iturria
Miguel Iturria

CUANDO UN ESCRITOR se convierte en mito generalmente es más comentado que leído. En el caso de Virgilio Piñera Llera (Cárdenas, 4.8.1912-La Habana, 18.10.1979), quien arriba a su primer cumplesiglos y es reincorporado al panteón literario cubano tras dos décadas de paulatino desagravio postmorten, la mayoría de las personas que evocan su nombre apenas han leído sus cuentos, novelas, poemas, ensayos, dramas y tragedias. En vez de buscar sus libros, repiten las campanadas en torno a su marginación, su condición homosexual, su excentricismo, las "rivalidades" sostenidas con Lezama Lima, sus respuestas sarcásticas y nimiedades acerca del miedo que sentía, el traje que usaba, el paraguas y, en el mejor de los casos, su honestidad intelectual frente a los comisarios de la cultura en aquellas décadas de aplausos, silencios y exclusión.

Salvo para actores, dramaturgos, narradores y especialistas de nuestra literatura, Piñera es un eco de ecos, un mito literario más que un creador proteico, experimental y vanguardista, que merece el reencuentro de los lectores con su escritura y la escenificación de sus dramas, tragedias y comedias. El 2012 puede ser ese punto de inversión pues existe un programa de homenajes, ediciones y reposición de sus piezas teatrales; lo cual resulta justo pues desde 1961 a 1968 Virgilio escribió bajo sospecha de "infidencia política", y de 1969 hasta su muerte pasó al ostracismo total. Sobrevivió como traductor de francés, pero su nombre desapareció de las revistas y periódicos, sus dramas dejaron de ser representados y sus cuentos, poemarios y ensayos fueron engavetados.

Al igual que su antípoda José Lezama Lima, otro famoso excluido de las librerías por razones extraliterarias, Virgilio Piñera fue percibido como un peligro por los censores; tal vez por su desdén ante la mítica de la violencia y el denominado realismo socialista. Paradójicamente, ambos serían reincorporados tras la muerte. Lezama como símbolo del "escritor-escritor", "no comprometido" o solo comprometido con la creación artística. Virgilio, menos barroco y más coloquial, como paradigma del teatro contemporáneo cubano.

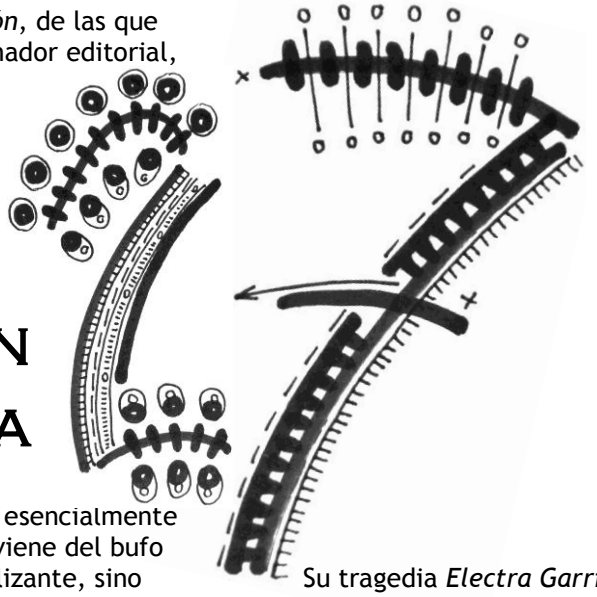
Como todo creador célebre, Virgilio tuvo su leyenda negra: fama de conflictivo y majadero, intolerante e hipercrítico con la tradición, no con sus discípulos —Antón Arrufat, José Triana, Abilio Estévez, Reinaldo Arenas—, quienes ofrecieron su perfil humano y las claves para adentrarnos en su legado poético, narrativo y teatral. Los dramaturgos que percibieron su maestría y significación se sintieron atraídos por los ecos de "su desdén al mundo oficial, su humor corrosivo, su posición de francotirador, su iconoclasta rebeldía y hasta su oscura leyenda de incontables duelos literarios".

Nadie más ajeno a santificaciones que este escritor desafiante en lo estético y lo estilístico, capaz de detectar los modelos e influencias y dominar todos los géneros literarios, aunque fue esencialmente teatral y usó la escena como ejercicio mental, válido para descargar la pobreza que marcó a su familia y el entorno provinciano insular, sobre el cual se elevó a golpe de talento y a contracorriente, a pesar de adoptar el socorrido papel de víctima propiciatoria y dividir el género humano en elegidos y postergados, instalándose entre los últimos. "Soy ese que hace más seria la seriedad a través del humor, del absurdo y de lo grotesco".

Vivió doce años en Buenos Aires, donde publicó su primera novela —*La carne de René*—, su primer cuaderno de relatos —*Cuentos fríos*— y memorables ensayos, además probarse como traductor y relacionarse con Borges, Sábato, Obieta, Barbieri y Gombrowicz, quienes a instancia suya colaboraron con *Orígenes* y luego con *Ciclón*, de las que fuera "corresponsal" y coordinador editorial, respectivamente.

Piñera, calificado por sus contemporáneos como intelectual beligerante, conversador agudo y creador del Teatro del Absurdo; aún resulta agradable y agudo en sus dramas, tragedias y comedias, en los que palpitan incesantes búsquedas y experimentación expresiva, de aparente sencillez, lograda a base de diálogos cubanísimos y salpicada de situaciones tragicómicas y absurdas, a veces de realismo descarnado, como *Aire frío*, inspirada en su propia familia.

No en vano Rine Leal consideró a Piñera como un dramaturgo de transición que influyó en los teatristas posteriores y elevó la escena insular al nivel alcanzado antes en la música, la poesía, la narrativa y las artes plásticas. El crítico sitúa al gran dramaturgo en la estética de la negación y valora cómo se adentra en las paradojas absurdas, el juego de los espejos y el ritual de las máscaras, en tanto acudió a la evasión como medio de resistencia ante las tensiones de su época.



MIGUEL ITURRIA

EVOCACIÓN DE PIÑERA

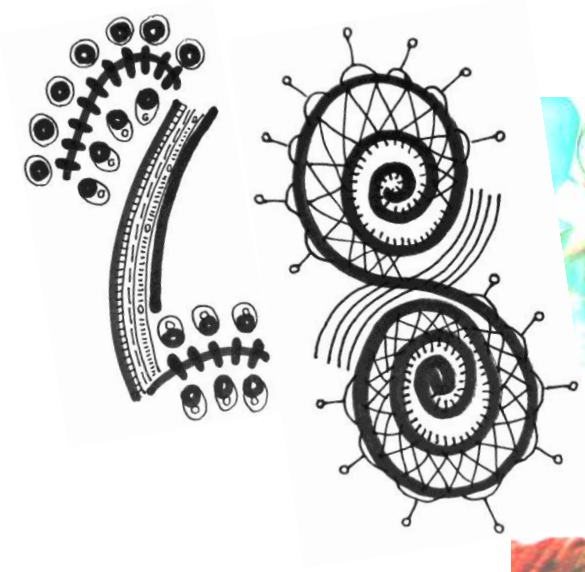
Los dramas de Piñera son esencialmente cubanos, una cubanía que no viene del bufo ni del teatro didáctico y moralizante, sino del manejo de temas y circunstancias criollas y de diálogos y frases acuñadas por el populacho. Antes de 1959 publicó tres piezas y estrenó cuatro: *Electra Garrigó* (1948), *Jesús* (1950), *Falsa alarma* (1957) y *La boda* (1958). En sus restantes veinte años de vida representó cinco títulos, editó nueve en libros y dos en publicaciones periódicas. En 1960 vio la luz su *Teatro completo*, ampliado y reeditado por Rine Leal en el 2002 y 2006. Fuera de la Isla se llevaron a escena *Electra Garrigó*, *Dos viejos pánicos*, premiada en 1968 por la Casa de las Américas; *Aire frío* y *Una caja de zapatos vacía*.

Su tragedia *Electra Garrigó* fue valorada por María Zambrano en 1948 como "la obra más hermosa, valiente y capaz de autor cubano estrenada en La Habana… realizada con coherencia y justicia, y con esa terrible honestidad suicida". Si en *Electra* Virgilio trasmuta el antiguo mundo helénico a la Cuba republicana, en *Jesús* hilvana una parodia conmovedora de valor alegórico, cuyo personaje principal —el barbero de 33 años Jesús García, vecino de la calle Aguacate en La Habana— se niega a hacer milagros a pesar de los rumores de vecinos y autoridades que pregonan sus poderes, lo cual representa un desafío ante expectativas absurdas.

Pudiéramos seguir con anotaciones acerca de piezas memorables como *El filántropo*, *Falsa alarma*, *Dos viejos pánicos* o *Los siervos* —publicada en *Ciclón* en noviembre de 1955 y excluida de su *Teatro completo*—, pero preferimos que lo intente el lector tras leer o asistir a las reposiciones teatrales en ocasión del centenario de su natalicio.

No solo en el teatro Virgilio actúa como un renovador despiadado contra la tradición. Sus novelas y cuentos, personalísimos y a veces proféticos, corroboran el uso de otras claves en la recreación de la realidad, claves que parten de su peculiar estilo y estética, y del hecho de "intentar siempre lo más difícil", como aconsejara Rialta a su hijo José Cemí en *Paradiso*. La crítica ha anotado que en la copiosa obra piñeriana no aparecen complacencias, gratuidades ni embelesos narcisistas para llegar a lo bello o atrapar al lector. En su caso, la hiperbolización está en función de la alerta, la lucidez crítica, y descansa en la imaginación y en el uso del "humor distanciado", la ironía y la mordacidad.

Se ha dicho también que fue un deconstructivista que navegó a contracorriente, seducido por lo diferente y lo grotesco; casi siempre mordaz y extraño a pesar de su lenguaje sencillo de hondura reflexiva y giros inesperados, tan divergente a la grandilocuencia verbal de Lezama Lima, cuya trascendencia reconoció en 1970 en un artículo sobre *Paradiso*. Virgilio, lector de Kierkergard, el autor de *Diario de un seductor* y *El concepto de la angustia*, se anticipó en sus piezas al Teatro del Absurdo liderado por Ionesco, sobre todo en *Electra Garrigó* (escrita en 1943 y estrenada en 1948) y *Falsa alarma* (1957).



En las novelas y cuentos de Piñera, como en Kafka, hay seres fantasmales y en acecho, pero no enfrentados a los alienantes mecanismos burocráticos, sino a su propia realidad personal o colectiva, en la que predominan mutilaciones, dobles y antropof agias. Su obra, ajena a religiones e ideologías, invierte los cánones y presenta al cuerpo por encima del alma, un alma hipotética en la que Dios está ausente, y el hombre se halla frente a la realidad como un hereje que desdeña las supervivencias teológicas y obvia lo divino.

Esa mirada herética es apreciable en las novelas *La carne de René* y *Pequeñas maniobras* y en cuentos inauditos como *El viaje*, un viaje paródico al vacío por toda la Isla; disparatado y sarcástico. Temas alegóricos al absurdo existencial (*La condecoración*, *Tadeo* o *El balcón*); el cuerpo (*La carne*, *Las partes* y *La caída*); la muerte (*El enemigo*, *El que vino a salvarme* y *El crecimiento del señor Madrigal*); el ambiente homofóbico (*La rebelión de los enfermos*) y, en menor medida, el sexo (*El cambio*), figuran en estas obras redivivas de Virgilio Piñera, quien al fin pasa del trote al galope en la literatura cubana.

Pero no solo en sus piezas teatrales y narrativas es palpable la movilidad temática, su constancia escritural y la poética del absurdo. Piñera fue un poeta de estilo coloquial de gran aliento personal y obsesionado con su entorno, evidente en su extraordinario *La isla en peso*, un grito contra los límites de la insularidad, es decir, la Isla como angustia destinada al saqueo y a la indiferencia de sus habitantes. Cuestión recurrente en el breve y alegórico *Isla*. En otros versos canta al sufrimiento femenino (*Solicitud de canonización de Rosa Cagí*, *María Viván*), al paisaje como recurso de la memoria (*Palma negra*, *El jardín*) o deviene creacionista en *Solo de piano*.

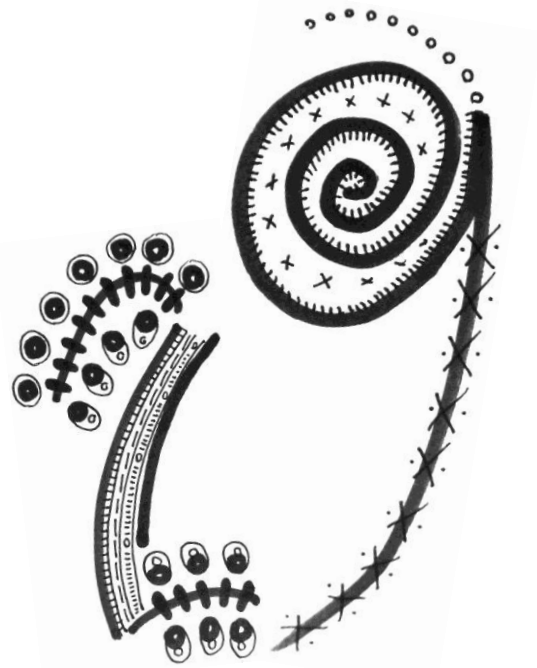
De especial interés y notable olvido son sus artículos, conferencias y ensayos sobre arte y literatura, entre estos las *Notas sobre la literatura argentina de hoy* (Buenos Aires, 1947), donde analiza el tantalismo de Borges y otros autores que se regodean en su propia creación a pesar de su enorme talento literario. Piñera ilumina sin deleites a figuras cubanas del siglo XIX (Martí, Casal, Plácido, etc.) y a poetas y escritores del XX. *Opciones de Lezama* es una de las mejores exploraciones acerca del autor de *Paradiso*; mientras que *Una lección de amor*, dedicada a la poética de Pablo Neruda, deviene texto imprescindible sobre el bardo chileno.

Apenas se habla de otra arista profesional de Piñera, su labor de casi cuatro décadas como traductor de francés; quizás la mayor expresión de su enorme cultura y sentido humanístico. Recordemos que encabezó en Buenos Aires el comité de traducción de *Ferdydurke*, el monumento literario del polaco W. Gombrowicz, y continuó con *Flores del mal* de Charles Baudelaire, y obras de Jean Paul Sartre, Imre Madách, Paul Valery, Edmond Jaloux, Henri Lefebvre, René Depestre, Aimé Cesaire, Arthur Rimbaud y encargos oficiales en torno a los poemas del camarada Ho Chi Minh y los relatos bélicos de Nguyen Cong Hoan, entre otros cantores de la gesta de Viet Nam.

Ante el renacer libresco y teatral de Virgilio Piñera Llera, más evocado como dramaturgo y narrador que como poeta y ensayista, vale un replanteo de las apreciaciones sobre su vida y su obra, venida a menos en época de instrumentación de una política homofóbica estatal, cuando lo "correcto" era la narrativa de la violencia, la estatalización de la literatura, y la gritería estática y estética del Hombre Nuevo; mientras en el plano internacional se asistía al boom de la literatura latinoamericana, que propagó en Europa y Norteamérica las obras de autores cubanos como Lezama Lima, Carpentier, Cabrera Infante, Reinaldo Arenas y el propio Virgilio, quien trotaba afuera mientras era ignorado por nuestras editoriales.

Ahora que Piñera galopa por las praderas de la literatura cubana, tras bracear con la pobreza, la incomprensión y las trampas de los censores, vale la pena adentrarnos en las librerías y comprar sus novelas, poemarios y las compilaciones *Cuentos completos*, con prólogo de Antón Arrufat, amigo y albacea espiritual de Virgilio; *Teatro completo*, ordenada y prologada por Rine Leal, y la excelente *Órbita de Virgilio Piñera*, de David Leyva, quien ofrece hasta una muestra de la correspondencia del autor de *Electra Garrigó* con José Lezama Lima y José Rodríguez Feo, así como algunos "textos desorbitados" del homenajeado —*Clamor en el penal*, *La gran puta* y fragmentos de su autobiografía—.

Virgilio, el más kafkiano de nuestros escritores, considerado "el último jesuita de la literatura cubana", ya saldó su deuda con su época y sus contemporáneos. Ahora nos espera, sonriente y satírico, en algún lugar de la inmortalidad, entre los libros y personajes que poblaron su fantasía, tan intemporal como real y sorpresiva. Al fin el "guardián de nuestras letras" cabalga sin bridas.



Linden Lane Magazine

BALTASAR SANTIAGO MARTÍN

UN MONUMENTO A LA CULTURA CUBANA EN EL EXILIO

Como he dicho en varias ocasiones, Linden Lane Magazine *es una misión que Dios me ha encomendado. De no ser así no se hubiese podido publicar ni un solo número, pues, ¿de dónde iba a sacar yo los $2,000 que costaba cada número, entre gastos de imprenta, de envío por correo y de* type-setting*? Incluso llegué a publicar un número estando en España en 1983. Y sin que yo moviese un dedo, las universidades de este país, las más importantes, comenzaron a suscribirse a* Linden Lane Magazine*, una revista diseñada, producida y dirigida por una mujer desde la mesa de su cocina.*
Belkis Cuza Malé

CON ESTAS PALABRAS DE la mujer tras *Linden Lane Magazine* —donde se puede parafrasear perfectamente la frase de Luis XIV y la de Gustave Flaubert, el autor de *Madame Bovary*— comenzó mi conversación-entrevista con Belkis Cuza Malé sobre la revista que fundó en marzo de 1982, hace ya más de 30 años, junto a su esposo en ese entonces, el también escritor y poeta Heberto Padilla —"a regañadientes" él, según la propia Belkis—, y mi mejor regalo para esta valerosa y talentosa mujer, además de mi amistad y mi admiración, es comentar la edición extraordinaria por los 30 años de la revista, correspondiente a la primavera del 2012, que es ya el volumen número 31.

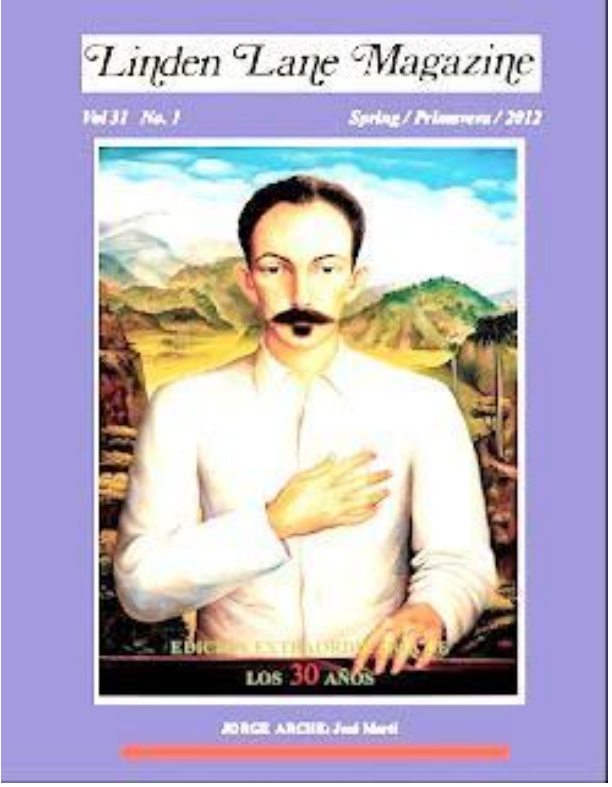
Antes de pasar a reseñar dicho número conmemorativo, quiero puntualizar algunos aspectos que considero cruciales para resaltar la hazaña lograda por Belkis, al editar sin interrupción durante tres décadas este monumento a la cultura cubana en el exilio —porque también los pintores, los músicos y los bailarines han encontrado cobijo entre sus páginas, no solo los escritores y poetas—, y así poder valorar en su justa medida el significado de *Linden Lane Magazine* por sí misma, para Cuba, para los cubanos, y para la cultura latina en general.

Belkis y Heberto fueron los primeros "cimarrones" de la literatura cubana que "huyeron" del control absolutista del Estado, previsto ya por el dramaturgo Virgilio Piñera en la reunión de Fidel Castro con los intelectuales en 1961, en la Biblioteca Nacional, cuando el autor de *Electra Garrigó* declaró ante nuestro Saturno tropical: "yo tengo mucho miedo".

Los esposos estuvieron presos en las mazmorras de Villa Marista; Heberto durante más de un mes, a partir del asalto a su apartamento el 20 de marzo de 1971, por haber escrito su premiado libro *Fuera del juego,* mientras que Belkis vería su poemario *Juego de damas* —escrito entre 1964 y 1968— reducido a pulpa tras su publicación en 1971.

Es completamente irónico que ambos poetas usaran en sus dos libros la palabra "juego", cuando debían haber sabido muy bien que si con algo estaban jugando era con fuego, y no precisamente con el fuego fatuo de las antiguas tumbas de los esclavos cimarrones con los que los comparo.

El caso Belkis / Padilla —porque aquí me permito editar la historia, que casi siempre ha dejado a Belkis a un lado— fue un verdadero aldabonazo para la izquierda fascinada con el castrismo, y en 1980 el matrimonio pudo por fin abandonar el barracón.



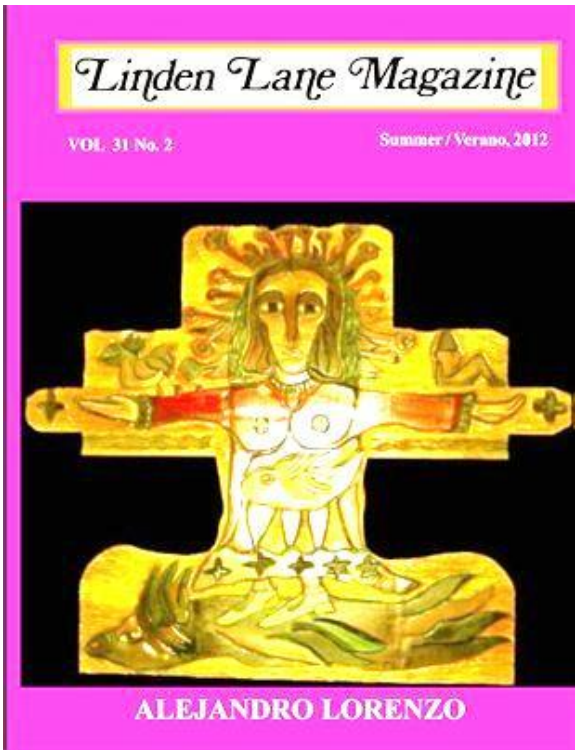
Salvada la parte histórica, la obra poética y en prosa de Belkis Cuza Malé brilla con luz propia; no es ella una especie de luna que refleja los rayos del rey-sol Padilla, porque si deslumbrante es *Fuera del juego,* no menos fascinante y tremendo es *Juego de damas,* además de su vigencia como editora de *Linden Lane Magazine*, y articulista de varios periódicos y revistas, así como su novela biográfica *El clavel y la rosa,* sobre la malograda poeta y pintora cubana Juana Borrero, y sus acuciosos libros sobre el enigma de Elvis Presley y sobre la cantante Selena, sin mencionar sus varias novelas aún inéditas.

Citando a la propia Belkis —con la que concuerdo absolutamente—,"el exilio cubano no ha aprendido de los ricos de este país (Estados Unidos), tan generosos para apoyar la literatura y las artes en general, ni ha considerado necesario —a pesar de todo su patriotismo— proteger la cultura, ni promoverla. La mayoría de las actividades que se realizan fuera de Cuba son por iniciativas personales, con un gran sacrificio por parte de todos".

Durante los últimos cuatro años, he visto a Belkis preparar cada cuidada nueva edición del *magazine* desde la mesa de su cocina, día tras día, sin el amparo de una remuneración equitativa, y sin ni siquiera la seguridad de que los propios escritores publicados compren un ejemplar, a tal punto llega la desidia —por llamarle de algún modo— de muchos de ellos que debían ser los primeros en comprar la revista, pero ni así Belkis claudica ni se desanima.

Por ejemplo, este número por los 30 años de la publicación tiene 154 páginas, y un total de 186 colaboradores (poetas y escritores cubanos del exilio) y 67 pintores y artistas, también del exilio, salvo el autor del José Martí que aparece en la portada, el pintor cubano Jorge Arche, fallecido en España hace medio siglo. Cuatro escritores se autoexcluyeron, "a pesar de que a todos ellos se les envió un email invitándolos a colaborar, y no una, sino dos o tres veces, y ni se tomaron el trabajo de contestar", según nota de la propia Belkis en la presentación del número, "y por razones extrañas y ya casi imposibles de solucionar, dos escritores quedaron fuera: Juana Rosa Pita y Jorge Oliva. No sé realmente qué pasó, ni cómo desapareció la página en que estaba el poema de Juana Rosa. Y con Jorge Oliva la cosa fue distinta, pues no encontré por ninguna parte sus textos, lo que lamento".

A su vez, "el escritor chileno Roberto Ampuero, que vivió largos años en Cuba, y es el famoso autor de *Nuestros años verde olivo* —entre muchos otros títulos que han alcanzado gran popularidad— ha tenido la gentileza de escribir un texto especial sobre su amigo Heberto: *Heberto Padilla en Valparaíso*. Tengo que agradecérselo doblemente pues lo hizo mientras se encontraba en Chile, asistiendo a los funerales de su querido padre. En la actualidad, Roberto Ampuero ocupa el cargo de Embajador de Chile en México", nos explica la tenaz editora, que también ha incluido un texto del mexicano Octavio Paz, premio Nobel de Literatura: nada menos que su *Carta a Heberto Padilla*.



Me constan la pluralidad y la imparcialidad con que Belkis publica, y admiro cómo no discrimina ni a quienes la han atacado o herido alguna vez, cosa que no abunda en el mundillo intelectual, plagado de celos, rencillas y agendas ocultas, pero la agenda de Belkis es clara y diáfana, como ella misma expone en dicha presentación:

"La razón de este número extraordinario va más allá de la literatura. Con él deseamos demostrarle a todos los que quieran leernos que los escritores y artistas cubanos, viviendo en el exilio en una situación de desventaja— y muchas veces de impotencia—, hemos seguido creando, sin olvidar a nuestra sufrida Isla. Al menos, me da satisfacción decir que somos libres y que durante estos 30 años no hemos censurado a nadieeeeeeeeee, como se hace en Cuba, ni nadie nos ha dicho lo que tenemos que escribir o decir".

No es nada gratuito que el retrato de José Martí pintado por Jorge Arche sea el que aparezca en la portada del número, pues Martí, que vivió la mayor parte de su vida en el exilio, es el mejor símbolo de que aun viviendo fuera de Cuba podemos serle útiles, máxime cuando el exilio cubano sigue sin quitar el dedo del renglón después de 53 largos años, cuando a esas alturas ya en la Unión Soviética y en los demás países socialistas de Europa se habían resignado a soportar el totalitarismo, y tuvo que llegar un Gorbachov para desmontarlo desde el poder.

Abre *LLM* con un texto de Belkis titulado "Treinta años es nada", donde hace un ameno recuento de la historia del *magazine,* seguido por "María Zambrano: de Madrid a la eternidad", "quien merece una tumba junto a los más grandes", según su autor, el infaltable Heberto Padilla; y luego un desfile de 186 interesantes textos donde sobresalen los de Reinaldo Arenas —quien fuera colaborador de la revista hasta que Belkis tuvo que "sacarlo a patadas", según su propia confesión—, Gastón Baquero, Levi Marrero, Guillermo Cabrera Infante, Eugenio Florit, Severo Sarduy, Lydia Cabrera —"Los huesos de los Santos"—, Nivaria Tejera, Eduardo Manet —"Cuento de amor entre pintores"—, José Lorenzo Fuentes, Antonio Benítez Rojo, Carlos Alberto Montaner, Matías Montes Huidobro, René Ariza, Lorenzo García Vega, Carlos Victoria, Raúl Rivero, Daína Chaviano, Orlando Fondevila, Daniel Fernández, Pío E. Serrano, Juan Abreu, Félix Luis Viera, Ángel Cuadra, Luis de la Paz, Jacobo Machover, Eliseo Alberto, Antonio José Ponte, Luis Agüero, Néstor Díaz de Villegas, Elena Tamargo y Felipe Lázaro, entre tantos que mencionarlos a todos haría muy larga y tediosa la lista, y con hermosas ilustraciones intercaladas entre los textos —pinturas y fotos— de 67 artistas plásticos exiliados, entre los que se destacan Jesús Selgas, Ena Columbié, Ramón Alejandro, Guido Llinás, Baruj Salinas, Delio Regueral, Clara Morera, Arístide, Humberto Calzada, Arturo Cuenca, Hugo Consuegra, Gina Pellón, Chago, Miguel Ordoqui, Alejandro Lorenzo, Carmen Herrera, José Mijares, Rafael Soriano y Eduardo Michaelsen, lo que denota la sensibilidad y el buen gusto de Belkis también para el diseño, así como su declarada vocación "multimedia".

Como acostumbraba a decir mi madre, Elsa Garrote, ya fallecida, cuando algo le parecía muy bueno, este volumen 31 de *LLM* "es un verdadero dulce", tanto por su forma como por su contenido, por lo que invitamos a los lectores de esta reseña a que lo adquieran, que es la mejor manera de apoyar a Belkis y a la cultura cubana en general, porque *Linden Lane Magazine* es su monumento en el exilio.

BALTASAR SANTIAGO MARTÍN

Linden Lane Magazine

miami 2012

JORGE ENRIQUE LAGE

miami

HACE UNAS SEMANAS ESTABA MIRANDO las desoladoras imágenes que ponía la televisión cubana tras el paso del huracán Sandy por el oriente de la Isla. La llamada ciudad héroe estaba por los suelos. Pura devastación, la devastación que se repite. Sin pensarlo mucho me puse a hojear el último número de *La noria*, que en su portada dice: *NO. 4 SANTIAGO DE CUBA 2012*.

Contando el número cero, apenas cinco ediciones en tres años: ya con eso *La noria* es quizás la mejor revista literaria de Cuba. Si todavía queda algo heroico en Santiago, me dije, es este lacónico cuaderno, ideado y editado por los poetas Oscar Cruz y José Ramón Sánchez. "Muchachos de perversa capacidad fundacional", como dice el agente Buenaventura, personaje de una novela inédita de Rolando Sánchez Mejías, de la que este número 4 adelanta un par de fragmentos.

Páginas más adelante, *La noria* incluye un par de poemas de Katerina Seligmann. ¿Quién es, por cierto, Katerina Seligmann (Miami, 1983)? ¿Qué quiere? En uno de los poemas dice: "Quisiera ocasionarte París / pero lo mío es Miami" […] "Quisiera ocasionarte París / pero me sale Miami".

No he dejado de darle vueltas a estos versos. Miami como algo que *sale*. Una onda quiero escribir pero me sale Miami. Lo mío no es la literatura, lo mío es Miami. Miami como sustancia excremental, como una irresistible pulsión *trash*. ¿Hay algún sitio más *trash* que Miami en la imaginería insular?

Este año, allí precisamente, murió el escritor cubano que más sabía de esto. Aunque tal vez él hubiera preferido que lo llamáramos no-escritor cubano. Aunque, para ser exactos, no murió en Miami sino en Playa Albina, un sitio que está en Miami y que sin duda alguna *es* Miami, pero que también es la utopía más radical de la literatura cubana de las últimas décadas.

Cuando pienso en Playa Albina, esa invención de Lorenzo García Vega (Jagüey Grande, 1926 - Miami, 2012), el hábitat definitivo y último de su escritura, pienso en un suburbio estadounidense que esconde en su interior un suburbio fantasmal. Y pienso en el propio García Vega hurgando en un solar yermo, como un mutante, como un buzo mutante, respirando restos, despojos, desperdicios.

A tono con el paisaje, la práctica literaria consiste en disponer fragmentos, figuritas, iconos, objetos perdidos, pequeñas piezas inservibles, formas plásticas, formas abstractas y coloreadas como astillas de anuncios lumínicos: las luces espectrales de un motel, una gasolinera, un centro comercial, un Publix, un Winn-Dixie —todos vacíos, o mejor, pensados *al vacío*.

La palabra clave aquí, palabra recurrente en García Vega, es *destartalo*. Pero ojo: si en esta Habana arrasada por un huracán interminable, si en La Habana ruinosa y sucia todavía es posible ensayar sobre las ruinas o escribir una Trilogía, en Playa Albina el destartalo carece de aura literatosa (el destartalo es, de hecho, aquello que vuelve pertinente el término "literatoso"). Ninguna consagración es viable allí: sólo quedan fórmulas de proyectos que no se escriben nunca, apuntes autistas, collages, *readymades* textuales, textos como cajitas conceptuales a la manera de Joseph Cornell.

Es decir, mierditas. Chucherías. De pronto estamos hablando otra lengua, ya estamos en otra parte. No hay nada que esperar en el horizonte de una página. Esto es lo que hay, nos decimos. Esto es Miami, y Miami y mierda es lo mismo.

Playa Albina, la playa del naufragio de la escritura, como un módulo extremado pero funcional de Miami. ¿Es posible fundar algo desde ahí, a partir de ahí? Habrá que ver. El crítico Gerardo Muñoz apuntó que ningún escritor cubano de la actualidad estaría dispuesto a cambiar Anagrama por Lorenzo García Vega. Todos quieren ir al supermercado, diría yo, pero nadie quiere ser el *bag boy*.

Tengo la impresión de que en algún momento del futuro cercano puede resultar mucho más productivo leer, antes que *Los años de Orígenes*, los años que García Vega trabajó como *bag boy* en Miami. No sé si se ha insistido lo suficiente sobre esto. Creo que para los escritores, a la hora de sacarle filo a los alrededores vallados de ese espacio mítico y posnacional que es La Yuma, hay una parada, una Playa obligatoria ahí.

La lengua del *bag boy*, lenguaje que involucra estanterías, latas de conserva, cajas, envoltorios, fechas de caducidad, los carritos de la compra abandonados en un parqueo. Lo que queda: el destartalo.

Lorenzo hoy en día, en un supermercado de la (otra) capital de todos los cubanos, la ciudad del *Cuban American dream*, si es que eso existe, solitario, aislado, anónimo, observándolo todo, intentando penetrar o alumbrar un poco las sombras cruzadas, enormes, que proyectan la basura y el consumo sobre su (otro) oficio, el de perder, sobre los reversos posibles de la escritura, sobre la memoria y la deriva intelectual.

Y a lo mejor por ahí, en minúsculas y en plan rizoma, como a él le gustaba, podemos empezar a hablar de un factor yuma.

BUSCAR DESTELLOS EN LA PENUMBRA

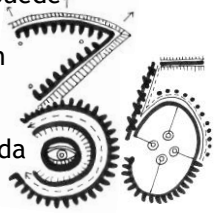
YUSIMÍ RODRÍGUEZ

COMO EL DUELO ANUNCIADO entre Dayron Robles y Liu Xiang en Beijing 2008. Como la cáscara de una papaya madura en el mercado. Como el triunfo de una Revolución. Como las leyes nuevas que anuncia el periódico. Así de prometedoras resultaban las imágenes en blanco y negro de personajes corroídos en una Habana gris, no apta para turistas. Hablo de los avances de *Penumbras*, último estreno de la cinematografía nacional, dirigida por Charlie Medina, basada en la pieza teatral *Penumbras en el noveno cuarto*, de Amado del Pino.

Lástima que tengamos que abrir la papaya en algún momento, y muchas veces haya sido madurada a la cañona. Lástima que aquel duelo entre Liu Xiang y Dayron Robles no se llevó a cabo por la lesión del chino. Que las revoluciones tiendan a desembocar en dictaduras, y que el que hizo la ley hizo la trampa. Como no puedes juzgar una película solo por los avances, acudí a verla en el cine Yara.

La sinopsis anunciaba la historia de un pitcher exitoso en los 90´s, en caída libre una década después, que tiene a las posadas (tristes moteles) como única opción para llevar a su amante, justo cuando las posadas están a punto de desaparecer; los posaderos —un ex convicto (Omar Franco) y un guajiro (Omar Alí)— viven de *sacarles el jugo* a los clientes, desde el cuarto alquilado a sobreprecio y la venta de ron "sin bautizar", hasta el placer que les exprimen a través del hueco en la pared. Gente jodida y esquinada. Justo la historia que quiero ver.

La película comienza con imágenes de una Habana desesperanzadora. El rostro de Omar Franco (Pepe) aparece en primer plano con todos sus granos, el sudor, la desdicha. En otras palabras: la promesa comienza a cumplirse. Y antes de los diez minutos se desmorona. Empiezo a tener la impresión de estar viendo una obra de teatro. Nada puede ser peor. Entras al cine a ver cine. Pero enseguida recuerdo *Dogville* de Lars von Trier, filmada como si los personajes se desenvolvieran en un escenario teatral, donde ni el perro es de verdad. Pero cada personaje resulta tan convincente que terminas por olvidarlo.



No compararé *Penumbras* con *Dogville*, ni con la obra de Amado del Pino que vi en el 2006 o 2007 y apenas recuerdo. La película está estructurada en nueve fragmentos, nueve innings, como un juego de pelota. Un buen juego de pelota es un juego cerrado, tenso, sin errores a la defensa, un duelo de pitchers. Cuando usted es un amante de este deporte se planta frente a la pantalla con paciencia, sin molestarse por la demora de los pitchers entre lanzamiento y lanzamiento, cuando hay corredores en primera y tercera sin outs, porque en situaciones como esa hay que hilar fino. Como cuando usted tiene cuatro actores y un guión basado en un texto teatral. Como en un juego de pelota, la tensión está presente de principio a fin, pero el clímax puede llegar en cualquier momento: a la altura del quinto inning, o del séptimo, llamado el de la suerte. O incluso en el noveno, con dos outs, el último hombre

del *line-up* al bate y conteo de dos strikes. Por eso deposité en *Penumbras* la misma confianza que en el equipo Industriales, cuando los Azules enfrentaban a Villa Clara en el 2010 y tuvieron que sacar el play off del congelador; la misma esperanza (inútil) con que miré el juego final de Beijing 2008 entre Cuba y Corea del Sur. Porque un buen juego de pelota lo es, aunque lo pierda tu equipo, como perdió Cuba ante Japón en el Torneo Clásico del 2006. Pero en *Penumbras* no hubo tensión ni verdadero clímax. La película llegó al final sin pasar por las vísceras, sin rozar la llaga con una pluma.

Ya yo empezaba a sentir la punzada que provoca en el estómago el anuncio de que las cosas van a salir mal, cuando Ysmercy Salomón (Tati) aparece en la casa de Pepe, después de haberlo visto una sola vez. Casi salté de la luneta. ¿De dónde salió eso? El diálogo es indigesto, pero lo más difícil de tragar es la súbita amistad entre los dos. En algún momento (Tati ya está en la casa de Pepe por segunda vez), el director o el guionista se percata de que debe justificar esa ansiedad de ella por buscarlo, y aparecen las dotes de él como espiritista o brujero, que lo hacen, al parecer, altamente recomendable. Dotes que solo se muestran en una escena en la que Pepe está solo, con unos caracoles, entonando un canto que identificamos con la santería o religión yoruba.

No pude encabronarme con el destino del pitcher que dio los mejores años de su brazo a su país. Sobre todo porque él mismo declara no estar arrepentido, y de pronto no sé si creerle al personaje, o si es un parlamento puesto en su boca por el director, para ser políticamente correcto. Tampoco logré conmoverme con la lucha de Pepe contra las drogas. Y lo intenté. Quería que me doliera esta película, al menos la mitad de lo que me duele este país, que me propinara una patada en el estómago. Al final, abandoné el cine con el único dolor de no creerme una historia verosímil, totalmente posible en esta ciudad.

Conozco, incluso de primera mano, historias de deportistas otrora gloriosos que ahora viven confinados en cuartuchos de mala muerte, o en el mejor de los casos sobreviven boteando el carrito que una vez les dieron; en el peor, esperan que se cumpla la sentencia de una ceguera progresiva e irreversible a causa de los golpes recibidos en el cuadrilátero. Sé de gente que hizo colas para matar su jugada en una posada. Hace meses una señora me contó que llevaba una bola de estambre para tejer mientras esperaba su turno. Pero en esta película parece que las únicas personas que no cuentan con un sitio donde hacer el amor son Tati y Lázaro el pitcher.

Si de veras es un drama para una mujer en este país llegar a los treinta años sin un hijo, esta película no me convenció de ello. Perder uno sí es terrible. Tuve una vecina a la que le sucedió; treinta años después no lo ha superado. Conozco mujeres que enfrentan el declive de sus cuerpos, que se descubrieron un día sin asideros, que piden a gritos una relación estable. ¿Por qué no logré creerme el drama de Tati? ¿Estoy diciendo que el elenco es flojo?

Una de las cosas que más esperaba disfrutar de la película eran las actuaciones. He visto antes desempeños de los cuatro actores y me parecía que podían resultar convincentes. Solo por mencionar alguna, y por hacerle justicia, recuerdo a Ysmercy Salomón en la adaptación del cuento *Los heraldos negros,* de Alberto Guerra. Su escena de sexo con el personaje interpretado por Yarlo, es de las mejores en aquella película. La actuación de Omar Franco es lo más nítido que tengo en la mente de *Penumbras en el noveno cuarto*. Pero ahora los cuatro parecen aferrarse con las uñas a los parlamentos, parlamentos que resultan teatrales, agarrarse tanto como puede uno aferrarse con las uñas a una superficie lisa. Resultado: resbalan y caen. El dolor no logra atravesar la andanada o incontenible fluir de las palabras. El problema es que no basta tener un elenco decoroso, incluso espectacular; hay que exprimirlos para extraer lo mejor de ellos.

Y como si no hubiese suficientes elementos forzados, aparece la preocupación del pitcher (Tomás Cao) porque lo estén vigilando (supongo que la Seguridad del Estado), lo que es altamente posible, pero en la película se siente como un parche: un parche flojo, que no contiene los salideros del filme.

Conversé con un amigo que no ha visto la cinta y, por los avances televisivos, tiene tantas expectativas como yo. Qué le voy a decir. La fotografía es hermosa. Pocas veces he lamentado tanto que no baste una buena fotografía para hacer un gran filme.

Mientras conversamos, trato de explicarme el vacío que me produjo el filme. “Es que el teatro es diálogo y el cine requiere más silencio”, me dice mi amigo. Pero enseguida nos miramos y sé que pensamos en lo mismo: *The sunset limited*, exhibida por la Televisión Cubana bajo el título *Al borde del suicidio*, protagonizada por Samuel Lee Jackson y Tommy Lee Jones (además el director). *The sunset limited* es una película que solo cuenta con dos personajes (no cuatro), que permanecen en una misma locación; *The sunset limited* solo puede ser diálogo, diálogos que revelan poco a poco la historia de los personajes, pero deja zonas ocultas, misterios; un diálogo lleno de tensión, una lucha de caracteres y personalidades bien definidas, podría decir que es un duelo de pitchers. Y tal vez esa sea la diferencia. En *The sunset limited* hay diálogo; en *Penumbra*, texto disparado a pulso, verborrea, juegos de palabras ingeniosos que llegan a aburrir por ser repetitivos y folclóricos. El témpano de hielo está invertido: todo en la superficie y la puntita en el fondo.

En *Penumbra*, el director se ve obligado a recurrir a los flashbacks de los que Tommy Lee Jones prescinde magistralmente. ¿Para qué poner a Samuel Lee Jackson en la cárcel, cuando hablamos de un actor capaz de narrarnos un episodio terrible de su vida como recluso con su voz, su cuerpo, su rostro, y regalarnos una de las mejores escenas de la película? Tan buena que mi amigo, meses después de haberla visto, estaba seguro de que había una escena de Samuel Lee Jackson en la cárcel. Es este el *home run* del noveno bate en dos strikes, con dos outs, en el último inning. Lo peor de los flashbacks de *Penumbras* no es que no aportan a las historias de los personajes, sino que sacan a flote la puntita del témpano que había logrado quedar sumergida.

Siento que *Penumbras* pudo haber sido una buena película. Siento que el cine cubano atraviesa un momento similar al de nuestro béisbol, que lucha por regresar a los planos estelares de décadas atrás, cuando nuestros peloteros “amateurs” se enfrentaban a peloteros amateurs, y no tenían rival. Algunos espectadores la disfrutarán tal como hemos seguido disfrutando las series nacionales de béisbol, aunque sintiéramos, hacía tiempo, que se requerían cambios en la estructura del campeonato. Como seguimos apoyando a nuestro equipo nacional, aunque sintamos que la confiabilidad política no puede seguir primando en la selección de los jugadores. Pienso incluso que la disfrutarán un poco más que algunos de los últimos filmes de nuestra cinematografía, al menos en estas *Penumbras* hubo destellos de una Habana real, ajena a las imágenes que desde revistas y postales venden un paraíso terrenal a los turistas: son personajes que sufren en la periferia del triunfalismo oficial. Solo falta que las películas cubanas nos traigan más que promesas.

YUSIMÍ RODRÍGUEZ

COMO SI EL CORAZÓN DEL CAPITALISMO ESTUVIESE ALLÍ

FRANCIS SÁNCHEZ

NUNCA CONOCÍ lo que se dice un colchón de rosas. Es cierto que ahora mismo me comparo con mucha otra gente, y sí, noto una estabilidad y una seguridad en nuestra familia, que dista de la realidad de la mayoría. La seguridad a que me refiero quiere decir una casa de mampostería que no se cuartea cuando llueve, empleo más o menos estable, computadora con correo electrónico[1], dos hijos sanos y —hablando lechuzamente— hermosos... Pero el Período Especial también ha pasado y pasa sobre nuestros cuerpecitos.

Cuando conocí a Ileana yo vendía tapas de litro de leche de casa en casa para sobrevivir. Lo hacía escondido, era algo ilegal, estábamos en los primeros años de la década de los 90 y todavía mucha gente mostraba una actitud hostil hacia toda forma de ganarse la vida que se apartase del control del Estado y de las leyes, por lo que, en más de una ocasión, tuve que salir corriendo de alguna casa después de ofrecer una tapita; llamaban a la policía o me gritaban para desmoralizarme ante el resto de los vecinos y dejar claro que allí no se les compraba nada a particulares: "merolicos", decía la gente con desprecio.

Yo vivía en Ceballos —un pueblo pequeño a unos quince kilómetros de la ciudad de Ciego de Ávila—, o más exactamente en el barrio de La Cooperativa, en el límite entre Ceballos y los naranjales, con mi mamá, que estaba casada con un guajiro cooperativista. Siempre evitaba hacer mi venta ambulante dentro del mismo pueblo; me iba a otros municipios de la provincia, sobre todo a la ciudad cabecera. El provecho de la cooperativa nunca pasaba de algunas viandas a la semana y un litro de leche diario, por lo que el plato de cada día era un fufú que cambiaba de color según predominase la papa, el plátano, la malanga o la yuca. Estaba cansado de sudar la gota gorda, de pasar sustos y también de que me explotaran aquellos a los que les compraba la mercancía al por mayor.

Había gente que se dedicaba a traer mercancías, en grandes cantidades, desde otras provincias, y nos las pasaban a nosotros, los vendedores. Debo consolarme con la idea de que yo era un poeta, para no decir que fui un inútil que siempre se dejó engañar y siempre salió trasquilado. No sabía en lo absoluto regatear, pujar, esas virtudes del negociante por cuenta propia. Siempre algún tipo me convencía de que era mi amigo, de que me estaba ayudando, etc., y me hacía la conciencia de que podía ganarme apenas unos quilos, con lo que al final siempre acababa debiéndoles dinero a mis contratistas ocasionales.

Hasta que convencí a mi hermano Félix, también escritor, para construir una "máquina de plástico" —como le decíamos a los aparatos artesanales con que se fabricaban cientos de objetos plásticos que se vendían por la calle— y montar un negocito familiar; convertirnos en productores. Nuestro padre era mecánico y, con nuestro estímulo y la sabiduría del viejo, lo logramos. Fue una odisea tremenda.

[1] Este testimonio en realidad fue escrito en el 2003. El correo electrónico a que hago referencia, no lo tengo —decisión de "Seguridad Informática"— desde el 2 de abril de 2011, como represalia por la creación de mi blog "Hombre en las nubes", donde precisamente había publicado dos días antes un último post para denunciar las hostilidades y, por tal motivo, la imposibilidad de seguir actualizándolo (NOTA DEL AUTOR).

FRANCISSÁNCHEZ

No obstante, seguí vendiendo de puerta en puerta, eso daba más. Por ejemplo, yo iba al municipio de Pina cada sábado a cursar la Facultad Obrero Campesina, y junto con las libretas llevaba una mochila de mercancías. Así que por el mediodía, al terminar las clases, salía a caminar de casa en casa hasta que me cogiera la noche, vendiendo hebillitas de pelo para las niñas, paquetes de rolos, tapas de pomos...

Pusimos la flamante máquina en casa del viejo, y nos turnábamos para trabajar. Félix venía desde la ciudad todas las mañanas en el tren, temprano se ponía a halar la palanca y meter y sacar los moldes. Recuerdo que él vivía aterrorizado por la idea de que lo descubrieran en aquel complot. La maquinita tenía que mantenerse oculta de los ojos de curiosos; a nadie conocido podíamos comentar nuestro invento, era como usar una bomba casera. Vivíamos como si el corazón del capitalismo estuviese allí, a nuestro cuidado, en el cuarto de atrás.

Las discusiones fraternales con mis "socios" versaban sobre si sería ético trabajar para hacer mucho dinero, "acumular riquezas", o debíamos concentrarnos solo en sacar el sustento diario. Aunque ese tema me parecía neurálgico solo en la medida en que dejaba ver hasta qué punto unas personas con hambre podían carecer de libertad interior y estar condicionadas para no rebasar su misma hambre, de tanto discutir terminaba siempre sintiéndome sucio por el simple deseo de ganar dinero para algo más que gastarlo en comida. Y a nuestro padre no había forma de hacerle entender que un revolvito plástico —salían cuatro de una sola inyección, en un segundo— debía venderse en cinco pesos, él no se había dado cuenta de la llegada del Período Especial, o no quería darse cuenta.

Pude dedicar parte de los fondos para algunos lujos, como comprarle una bata de casa con vuelos a mi mamá, quien desde hacía tiempo vivía avergonzada porque no tenía con qué sentarse en el sillón del portal, o comprarle un par de botas enormes a un liniero de la planta eléctrica, montañesas, que ya no se romperían tan fácilmente como los tenis de las *shopping*. Mis grandes botas, por aquel entonces me ganaron el epíteto de El Leñador entre los amigos.

Cuando nos hicimos novios, Ileana dibujaba maracas para el esposo de su hermana, quien tenía una contrata como artesano con el Fondo de Bienes Culturales, y vendía en los recién abiertos hoteles de Cayo Coco. Su negocio era mejor, daba más dinero, se corría menos peligros; además, yo estaba cansado de luchar con la forma de pensar de mi papá y mi hermano, así que les dejé el negocio del plástico, y me puse con Ileana a dibujar maracas.

Cuando nos casamos por lo civil, sin trajes y sin luna de miel, en la tienda de los matrimonios nos dieron derecho a una hornilla de carbón, una camisa de mangas largas con rayitas, y un blúmer que incluso a las dos suegras juntas les quedaba grande. Ella vino a vivir conmigo a casa de mi mamá, en Ceballos, y nos convertimos en fabricantes de maracas. Trabajábamos para comer y para ahorrar peso a peso, con el sueño de algún día comprarnos un cuartico en la ciudad. ¡Ay, Matamoros, sabrías tú hacer maracas! Los palitos se los comprábamos por cantidades a un carpintero. Las güiras y las semillitas yo las buscaba por ahí, por todas partes. Caminé ciudades como Ciego y Morón, e infinidad de pueblos y bateyes, mirando por arriba de los techos en busca de los gajos inconfundibles de las matas de güira, como lanzas. Pagaba cada

fruto a peso, haciendo el cuento de que alguien enfermo necesitaba un jarabe, porque si se enteraban que era para artesanía querían cobrarme muy caro. Entre Ileana y yo les abríamos los huecos, les sacábamos la tripa, las lijábamos una vez que estuvieran secas, y por último las dibujábamos con un pirograbador. Algunos pintores amigos, que tenían permiso para vender en los hoteles, nos compraban la mercancía a una tercera parte del precio de venta.

Primero Ileana empezó a sufrir alergia al ácido de las tripas de las güiras, luego resultó que mis dibujos tuvieron buena acogida, me hice famoso en el giro por combinar el pirograbado y el calado sobre la cáscara seca de las güiras —aunque en realidad de esa forma sólo evitaba lijar, la parte más odiosa del trabajo en serie—, lo que concluyó en que me quedara solo a cargo de las maracas, e Ileana se concentrara en manejar la cocina de la casa y en cumplir con su centro laboral, la Dirección Provincial de Cultura, para no perder la esperanza de contar al menos con un retiro cuando fuéramos viejitos.

Ileana y yo habíamos ido a una Jornada de la Poesía Cubana en Sancti Spíritus, y cuando llegamos frente a la casa nos encontramos con la escena dantesca: arbustos aplastados, basura incrustada en las paredes, y mami, llorando, tendía los libros en la calle para que se secaran al sol. Se había roto el dique de una presa cercana, la masa de agua había descendido por la cañada y en cuestión de segundos nuestro barrio había quedado bajo una nata de fango y excrementos. Poner los libros al sol no ayudó mucho, se echaron a perder casi todos.

A la semana, alguien pasó haciendo un listado de pérdidas; dijeron que nos iban a resarcir. Yo puse en la lista: televisor, refrigerador, colchones, y estuve tentado a anotar los libros y también las botas que me robaron, pero hubiera sido inútil, parecería una broma, y estaba convencido, como efectivamente ocurrió, de que nunca íbamos a recuperar nada. La crecida, en fin de cuentas, solo alcanzó a unas cuantas familias en los límites de un pequeño poblado, por lo que la noticia de que una presa mal hecha había cedido a la lluvia nunca apareció en la prensa. Lo único que obtuvimos fue el derecho a comprar sin hacer cola en un comedor público.

FRANCIS SÁNCHEZ

Todo era angustia. Apenas conseguíamos mejorar un poco nuestra dieta, tener aceite para cocinar, ropa interior, jabón para bañarnos y cosas así, además de ahorrar algo. Pero hasta guardar dinero era un dolor de cabeza, corrían rumores de que iban a cambiar la moneda y todo el mundo iba a quedar en cero.

La naturaleza también se sumó al bloqueo del enemigo. Perdí mis botas, mi calzado seguro de mañanas, tardes y noches, cuando les parecieron apropiadas a los valientes hombres de una brigada de salvamento que entraron una vez en la casa para salvar a mi mamá en medio de una inundación. Ese golpe de agua fue como si alguien pasase una raya roja subrayando definitivamente mi sentimiento de abandono y desolación en medio de aquellos años, para que nunca vaya a confundirme y tener otros recuerdos.

¿Si aplazamos sueños...? Tantos sueños, en la misma medida que tan grandes y tantas eran nuestras ansias como jóvenes, escritores y recién casados. Yo, en particular, pasé mucho tiempo sin escribir, y leía muy poco, tenía que andar detrás de los quilos, me puse flaco como una hoja de guinea. Entre la desesperación y la tragicomedia se movían las ilusiones de unos poetas de provincia entrampados en aquellas miserias, y para entenderlo así me basta con recordar que fue por esa época cuando un grupo de amigos hicimos un pacto, un poco en broma, un poco en serio: el primer día del siglo XXI nos reuniríamos bajo la Torre Eiffel —de llegar hasta allí, claro, dábamos por descontado el resto del éxito de nuestras vidas— o, en caso contrario, quien faltara a la cita tendría que hallarse entonces completamente fuera del mundo por cualquier vía digna, o sea, por perecer en el intento o suicidado.

COMO SI EL CORAZÓN DEL CAPITALISMO ESTUVIESE ALLÍ

Varios salieron de viaje y anduvieron cerca, pero no creo que nadie haya acudido a la cita, ni nadie, hasta donde sé, intentó suicidarse. Achaco nuestro fracaso a la confusión que de pronto se armó en el mundo con que si el nuevo siglo empezaba en el 2000 o en el 2001. Hubo mucha discrepancia en ese detalle.

Seguí tratando de esquivar los palos de la vida. El turismo, como se sabe, tiene temporadas bajas y altas. De pronto, las maracas no se vendían en tiempo muerto. Había que buscar formas alternativas. Me sumé a las oleadas de gente de la ciudad que recorrían los campos cambiando ropa vieja y cacharros por comida. Entonces descubrí un verdadero filón: al sur de la provincia de Sancti Spíritus existían grandes arroceras, y aquella gente te daba un jarro de arroz por cualquier cosa: un par de medias, una vasija plástica... Conclusión: empecé a traer sacos de arroz desde el sur del Jíbaro, y lo vendíamos en la casa. Un día buscaba, al otro día vendíamos.

Viajaba cogiendo botellas. Salía por la madrugada, cerca del mediodía llegaba a lo más intrincado del Jíbaro —mientras más lejos, más baratos los precios—, rápido compraba o cambiaba, y después volvía siempre con un quintal al hombro, pasando de carretas a camiones, guaguas, lo que parara, sudando litros y oliendo a rayo encendido, por terraplenes y caminos apartados, huyendo siempre de la policía que te decomisaba cualquier carga.

Las amas de casa de Ceballos se movilizaban con jabas cuando aparecía un cartelito ingenuo en una ventana de nuestra casa: "Hay arroz". Ganábamos como cuatro pesos en cada libra. Pero tuve que dejar de ir al Jíbaro después de que un día, entre tacitas de café, me puse a conversar demasiado amigablemente con una familia, sobre el tema favorito de entonces, es decir, las mismas penurias puestas de moda por el Período Especial, y toqué el punto de la muerte reciente de mi padrastro y, en medio del clima de confianza, no me di cuenta y seguí de largo, y conté cómo mi mamá se había visto en la necesidad de entregarme la ropa y todas las cosas del difunto para que las cambiase. "¿Un muerto?", dijo el hombre de la casa, y de pronto todos se miraron como si hubieran descubierto veneno en el café. Había metido la pata. A ellos mismos yo les había cambiado unas mudas de ropa. Dije que eso no tenía nada que ver. "¿Verdad que ustedes no son supersticiosos, verdad...?", dije que tenía que irme, y salí casi corriendo.

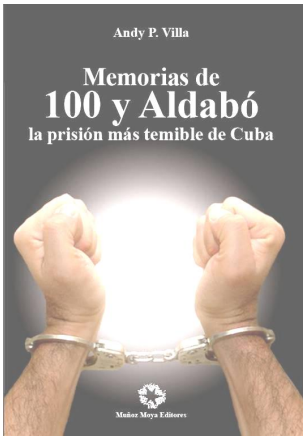
Aquel comentario se regó entre los guajiros de la zona, según me trasmitieron después otros colegas, y, en fin, no fui más al Jíbaro, aunque durante un tiempo seguí viajando para lo mismo hasta un lugar que le dicen La Tomatera, perdido en la geografía abstrusa de Camagüey.

Muchos otros malabares ensayé, de ninguno salí ileso. Por ejemplo, corté hierba en los naranjales para vendérsela a los cocheros de la ciudad. Parecía una empresa rentable, solo debía poner a sudar mi cuerpo, la hierba se regalaba ella sola por kilómetros, húmeda, verdecita. Pagué a un tractorista para llevar los haces de hierba hasta la casa de la mamá de Ileana en el barrio de Chincha Coja. Fue cuando me convencí de que cualquier forma de ganarse la vida es una ciencia, incluso vender hierba para caballos. No es lo mismo la hierba de guinea que la de pandora, la sancarlos, o la lechosa, y será decisiva la hora en que cortes, cómo amarres los haces, cómo transportes, etc. Se quejaban los cocheros, el tractorista creía que se merecía una fortuna, para colmo alguien de la Cooperativa dijo que seguro yo me dedicaba a traficar otras cosas bajo la hierba, quizás gallinas, o naranjas... y casi voy preso.

El fin del Período Especial es como el fin del milenio, no sabría dónde ubicarlo, si en alguno de los días que he vivido o en los que me quedan por delante. Creo que la presión sobre nosotros empezó a aflojar solo cuando Ileana y yo nos casamos por la Iglesia, y un gran amigo, a quien no debo mencionar aquí, casi un santo, se apiadó de nosotros, nos hizo un buen regalo de bodas, y pudimos mudarnos a esta ciudad que Reynaldo González un día bautizó como **Ciego del Ánima**.

Memorias de 100 y Albabó: capítulo 2

andy p. villa



AL LLEGAR A ESTA UNIDAD de la policía me ordenan que baje del auto y que espere en unos asientos bastante cómodos que tienen en un salón que es algo así como la recepción o área de espera.

No es habitual que en una unidad de la PNR (Policía Nacional Revolucionaria) se encuentren asientos confortables. Este lugar, por su cercanía con el aeropuerto, es usado para conducir a los extranjeros que son detenidos mientras se decide qué acción tomarán con ellos.

Me tienen allí sentado un rato, hasta que aparecen en escena dos oficiales del Ministerio del Interior, que se identifican como Instructores que vienen a investigar mi caso. Sólo uno de ellos en algún momento mencionó su nombre de pila: Ezequiel. Posteriormente, al leer y firmar las declaraciones, supe que su nombre completo es: Ezequiel Fonseca González y tiene el grado de Subteniente. Junto con él llegó la Primer Teniente Yisel Zamora Hernández. Ella venía vestida de civil. Es una muchacha joven, bonita, de piel color canela, lo que se conoce en Cuba como una mulata clara.

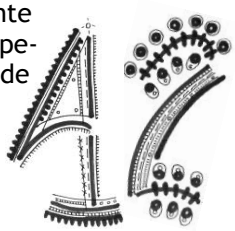
En las sucesivas ocasiones en que me encontré con Yisel, siempre estaba vestida de civil y con ropa moderna. Luego supe que es una "agente operativa", de las que trabajan encubiertas investigando en las calles para el MININT, lo que popularmente se conoce en Cuba como: "chivatos", personas que informan para el gobierno. Los hay que trabajan por vocación o conveniencia, sin sueldo, y otros como Yisel son chivatos asalariados.

Me trasladaron a un cuarto pequeño dentro de la Unidad 62, donde Ezequiel y Yisel comienzan los interrogatorios. Quieren saber de quién obtuve las fotos y para quién son. Sólo les digo que eran para una persona que me encargó en México que le hiciera el favor de llevarle un paquete que le mandaban de Cuba y que la persona que me lo entregó no la conocía, que sólo la vi una vez cuando me llevó el sobre a mi casa.

No se tragan ese cuento y hacen una y otra vez las mismas preguntas, como si fueran tontos, entre amenazas sobre lo que me podía pasar si no les digo la verdad, y promesas de que me dejarían regresar a México en cuanto les diga lo que desean saber.

Hay un momento en el que tienen que efectuar oficialmente la detención, en papeles, y surge una situación muy interesante: Ezequiel le sugiere a Yisel que proceda a hacer el acta, a lo que ella responde que ese caso se lo van a dar a él, por lo que es Ezequiel quien debe efectuar la detención oficial. Y así empieza un forcejeo, ya que ninguno de los dos quería cargar con la responsabilidad de detener a un ciudadano mexicano de visita como turista, y más sabiendo que no hay ningún delito.

Fue muy curiosa la falta de profesionalidad con la que trataron el asunto en presencia del detenido, lo que demostró la inexperiencia y poca profesionalidad de ambos. Así estuvimos un buen rato, hasta que aparece por fin el personaje represivo más importante de toda esta historia: el Mayor Armando Freyre González, flamante Jefe de la Sección 7 de Delitos Especiales del Departamento Técnico de Investigaciones (DTI).



andy p. villa

Freyre es un hombre de unos 45 a 50 años, de constitución fuerte, totalmente calvo, de mirada penetrante y que se siente como si "tuviera a Dios agarrado por la barba", con su estrella en el hombro y su cargo de Jefe de Sección del DTI. Llegó muy sereno y confiado, como quien va a solucionar el caso en cuestión de minutos y enseñar a sus subordinados cómo se hacen las cosas. Es evidente que ellos lo llamaron para que se encargara de la situación.

Freyre comienza el interrogatorio. Son las mismas preguntas, quiere saber para quién son las fotos y a quién se las había comprado. Trae el mismo guión: amenazas, intimidación y promesas de que tan pronto yo diga lo que él quiere saber, estoy tomando el próximo vuelo para México. Así estamos algunas horas. En todo ese tiempo me están trasladando continuamente del cuarto de interrogatorios al salón de espera en la recepción, una y otra vez.

A veces, cuando me llaman está Freyre solo, en otras ocasiones están los tres. Otras veces están sólo los dos primeros: Ezequiel y Yisel, y en una de esas me dicen que ellos me pueden ayudar a salir de esa situación "grave" en la que estoy metido, que es mejor que hable con ellos para que puedan ayudarme, dando a entender que su jefe es implacable y muy, pero que muy malo…

Realmente son ridículos sus procedimientos, diseñados para tratar con gente muy tonta. Es un jueguito que funciona así: vengo yo ahora a ablandarte y te meto miedo con el "otro" que es muy malo. Luego entra el "malo" a intimidar para que te des cuenta que es mejor que te "abras" con él, antes de que sea demasiado tarde y ya no te puedan "ayudar", o que te decidas a hablar con los otros que son buenos y pueden hacer algo por ti.

En situaciones como esta es cuando uno se da cuenta de que no tiene nada que ver la realidad de los instructores incapaces del régimen castrista con los seriales que ponen en la televisión cubana como: "Día y Noche" o "Tras la Huella", donde los presentan como héroes y como investigadores muy capacitados, hábiles detectives que resuelven exitosamente todos los casos.

Freyre realmente estuvo haciendo todo lo posible por cerrar este caso allí mismo y que yo dijera lo que él quería escuchar. Llegó un punto en que me dijo que me podía meter preso en 100 y Aldabó, para tratar de convencerme de que era mejor decir todo lo que sabía. Ese es el nombre con el que se conoce la prisión del DTI más famosa de Cuba, por sus procedimientos crueles e inhumanos y porque a todos los que allí entran los ablandan y hablan. Como dicen los mismos instructores en tono de burla: "En 100 y Aldabó a los presos hay que pegarles para que se callen".

Esta cárcel es conocida popularmente con varios nombres como: "Cien y se acabó", o "Todo el mundo canta". Las historias que hay sobre ella son tétricas. Todo cubano sabe que es un lugar de horrores donde se aplica el máximo rigor a los detenidos. Por eso, la sola mención de las palabras: "100 y Aldabó", relacionándolas con una posible estancia en ese lugar, espanta a cualquiera en la isla.

La única verdad que me dijo Freyre en todas las veces que nos encontramos fue ese primer día: "Entrar a 100 y Aldabó es difícil, pero salir es mucho más difícil. Yo puedo enviarte para allá, de ti depende. Si hablas, regresas a México. Si no hablas, te meto en 100 y Aldabó".

Durante algunas horas más intentó lograr una confesión, pero se le notaba preocupado. Ahora comprendo que se debatía entre la idea de meterme preso o de no hacerlo. Él sabía que no había ningún delito importante. Además, no estaba seguro de que las fotos fueran declaradas como parte del patrimonio cultural y estaba a punto de tomar una decisión, sin estar claro en si sería la correcta o no. Estuvo más de una hora en silencio, meditando, observándome y analizando qué hacer.

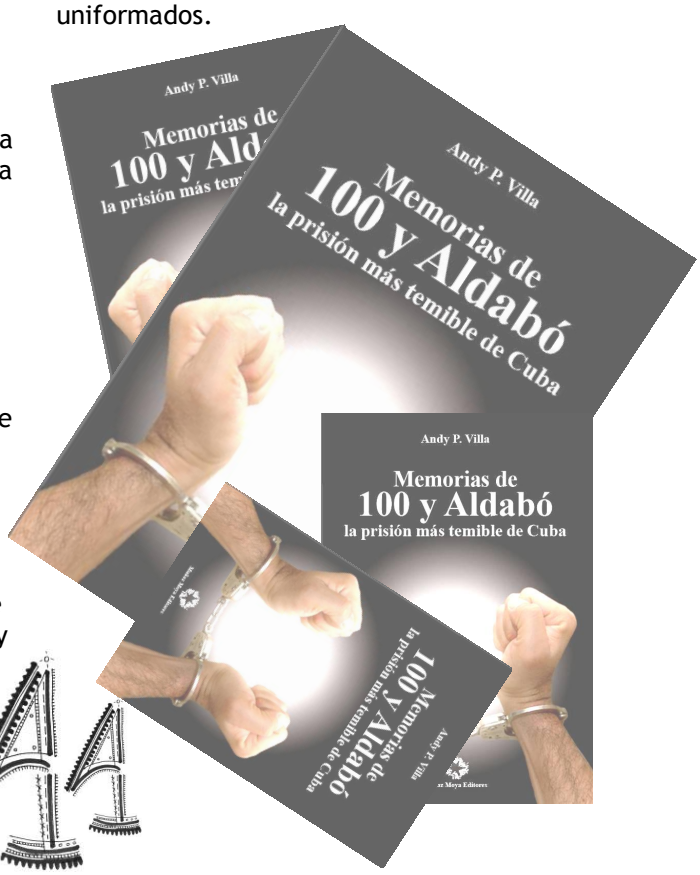
Finalmente, pudo más su orgullo de oficial del MININT y su ego herido por mi reticencia a hablar que la sensatez. Se decidió a poner por escrito mi declaración y a hacer un acta de retención de mis pasaportes, del acta de la Aduana y del dinero que llevaba, que era poco y él sabía que no había razón para ello, pero para los militares cubanos que viven en tanta pobreza cualquier dinero de bolsillo, que puede ser normal para un turista de este planeta, les parece una fortuna y les llama mucho la atención.

Durante todo el tiempo que me tuvieron detenido en la Unidad 62 no me brindaron ni agua para beber, menos ningún tipo de alimento. Allí estuve alrededor de doce horas, continuamente bajo la fuerte presión de los instructores. Creo que tuve suerte de que me permitieran al menos ir un par de veces a un baño que quedaba cerca del salón donde me mandaban a esperar entre los interrogatorios.

En ese tiempo tuve la oportunidad de observar el manejo habitual de esa unidad, que realmente es poco, ya que no es una unidad de policía común donde detienen a delincuentes. En dos ocasiones llegaron personas a ver a determinado oficial para tratar algún asunto. Uno de ellos, aunque venía vestido de civil, se identificó en la carpeta como Teniente Coronel del MININT, venía a interesarse por la situación de algún amigo o familiar.

Algo me llamó mucho la atención, y fue la entrada y salida constante de muchachitas a la unidad. Esta instalación tiene también la función de albergue de policías que no son nativos de La Habana. En los últimos años, debido al desinterés de los habaneros en formar parte de la policía y en general de cualquier dependencia del MININT, por los bajos sueldos que les pagan, se ha dado el fenómeno de que un elevadísimo por ciento de los militares son traídos de las provincias orientales. Comúnmente son llamados por los habaneros como “palestinos” y son famosos por su bajo nivel cultural y su gran incapacidad. Son personas muy pobres que encuentran en la vida militar la posibilidad de trasladarse a la capital y tener dónde dormir y comer. Normalmente, estas personas no pueden emigrar desde sus lugares de origen hacia La Habana y, cuando son sorprendidos sin documentos que acrediten su estancia legal, son deportados a sus provincias, lo que constituye una violación de la Constitución de la República, que establece el libre tránsito en el territorio nacional.

De estas chicas, que entraban y salían constantemente y que se dirigían al área de dormitorios de los albergados, había algunas que parecía que estaban en calidad de novias, pero la mayoría era evidente que se dedicaban a la prostitución, lo que comúnmente en Cuba se le llama “jineterismo”, y a las que lo ejercen se les denomina “jineteras”. Todas eran guajiritas que vivían en las cercanías de la unidad, muchas de ellas también de origen oriental. No entraban por la puerta principal, sino por otra situada a un costado, y lo hacían de forma discreta, tratando de no llamar mucho la atención. Esta situación es muy curiosa, ya que la prostitución es perseguida por el gobierno, y es precisamente la policía la encargada de reprimir a las que la practican. Es de dominio público de todos los cubanos que el detectar prostitutas es una fuente de ingresos para los policías, ya que en muchos casos no llegan a pisar las estaciones policiales, sino que el asunto se resuelve con dinero u ofreciéndoles el servicio sexual a los uniformados.



Alrededor de las siete u ocho de la noche, después de varias horas de esfuerzo, Freyre se convenció de que no obtendría la información que deseaba. Evidentemente frustrado y enojado se retiró del lugar junto a sus dos subordinados.

Allí quedé sólo, ahora más tranquilo sin instructores que me acosaran y presionaran. Pasó como una media hora, quizás más tiempo, hasta que llegó un auto marca Lada de color blanco, con un letrero en verde a los costados que decía "DIVICO". Frenó chirriando los neumáticos de forma aparatosa, como si anduvieran en un operativo importante. Se bajaron del auto tres agentes del MININT, todos de tez oscura, grandes y fuertes como gorilas, con cara de ser muy malos. Se dirigieron al Oficial de Guardia preguntándole por un detenido. Cuando oigo mencionar mi nombre y apellidos sentí un escalofrío, presintiendo que no venían con buenas intenciones. El Oficial de Guardia señala hacia mí y los tres individuos se dirigen hacia donde estoy sentado. Uno de ellos, que parecía ser el jefe, comienza a darme una serie de órdenes que obedezco a medida que son dadas:

¡Párese!

¡Métase ahí adentro! (señalando a un cuarto cerca de la carpeta).

¡Desnúdese completamente!

¡Póngase de espaldas!

¡Haga tres cuclillas!

¡Vístase!

¡Las manos atrás!

Me colocan unas "esposas" bien apretadas y me indican que camine hacia el auto patrullero. Abren la puerta trasera derecha y me introducen presionando sobre mi cabeza.

El asiento trasero es muy incómodo, pues en el área para poner los pies hay como un abultamiento que provoca adoptar una postura extremadamente desagradable, además de estar con la espalda arqueada por tener las manos atrás esposadas, de forma tal que dificulta la circulación sanguínea y provoca una sensación de "hormigueo" en las extremidades. Los tres gorilas entran al auto, uno al volante, otro delante de copiloto, y el tercero detrás, a mi lado.

Todo el tiempo estos agentes del MININT muestran una actitud muy agresiva, pero sin llegar a ponerme un dedo encima. Se comportan como quien está listo para dar una golpiza en cualquier momento, con la mirada desafiante, como de quien quiere bronca y está esperando a que le den un motivo para descargar toda su furia. Es evidente el profundo desprecio que sienten por la persona que llevan bajo su custodia.

El Lada parte igualmente rechinando las gomas. La actitud de los oficiales todo el trayecto fue en estado de alerta, como si llevaran con ellos a alguien muy peligroso. Toman por varias calles o avenidas hasta que reconozco la Avenida 100, por la que nos desplazamos a alta velocidad. Fue en ese instante cuando tomé conciencia de que era muy probable que, como prometió Freyre, nos dirijamos a la famosísima prisión de 100 y Aldabó.

Pasamos los hospitales William Soler y el Nacional a gran velocidad, hasta llegar a un semáforo ya en el barrio de Aldabó, donde el auto tomó a la izquierda y pasamos por una entrada custodiada por militares. Definitivamente, estaba haciendo entrada en la noche del lunes 23 de febrero de 2009, aproximadamente a las 9:00 PM, a la prisión que a partir de ahora, para abreviar, llamaremos: "100A".

CAMILO ERNESTO OLIVERA

LA DICTADURA SE ACABA, SI TÚ QUIERES

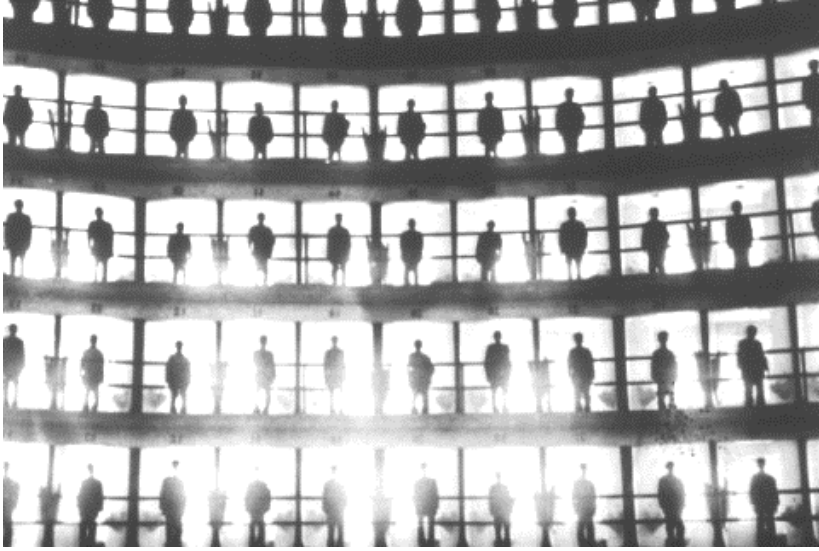
NOTA INFORMATIVA DEL GOBIERNO REVOLUCIONARIO

COMO TODA DICTADURA, la cubana comenzó con un baño de sangre y una mascarada de democracia que duró bien poco. El trono fue tomado por un clan mafioso con traje verde-olivo y discurso populista. Los que supieron entrever la entraña de esta bestia e intentaron oponérsele fueron acusados de traidores y fusilados u obligados a partir hacia el exilio. En nombre de la "revolución de los humildes por los humildes y para los humildes", se instauró una nueva clase de división para gobernar. Esta convirtió en paria al diferente y lo condenó a ser el chivo expiatorio de todos los males, los reales o los supuestos. Objeto de la rabia de una mayoría sujeta al discurso político e ideológico del sistema y dependiente de sus subsidios y prebendas.

Como toda mala película o, peor, telenovela, esta trama de terror se ha convertido en un sainete tragicómico póstumo con tintes de misterio. Pero el lobo puede perder los dientes pero no la índole, además siempre queda la opción de la dentadura postiza como una manera de ocultar su declive. Esa prótesis dental está hecha con el miedo, el silencio, la ignorancia, la desidia y la paranoia de todos y cada uno de nosotros.

En las vallas oficiales que critican al embargo o bloqueo de EEUU a la Isla se lee que más del 70% de los cubanos que hoy residen acá, nacieron después de 1960. O sea, que si lo vemos desde otro punto de vista, ese mismo porciento ha vivido desde el día de su natalicio en la burbuja opresiva de este feudo con disfraz de Estado que es Cuba. Son miles de personas que han sido dotadas de un nivel de instrucción y capacitadas para desarrollar determinadas potencialidades.

Pero del mismo modo que un ser humano no puede cruzar seco sin un bote desde una isla a tierra firme, tampoco las potencialidades de un pueblo pueden desarrollarse donde reinan la coacción política y económica. Sin embargo, las grietas de la crisis del sistema han puesto al descubierto las cabillas de soporte de carga en el techo. Los pedazos de cubiertas que caen al suelo son una evidencia que no puede ser ignorada.



La implementación de las denominadas "reformas al sistema económico" está teniendo un costo político para la nomenclatura en el poder. En Cuba no se percibe en detalle esta consecuencia. Los años de clausura y supervivencia dentro de un régimen económico tan político como totalitario, le han tapiado los ojos y entumecido las manos a generaciones de cubanos que nacieron en el periodo posterior a la tristemente célebre "Ofensiva General Revolucionaria" de 1968.

Curiosamente, la gradual liquidación de los focos iniciales del negocio privado que, tímidamente, resurgieron en 1994, comenzó en 1998. O sea, justo tres décadas después de aquella ofensiva. En 1968 era evidente la inoperancia de la estructura estatal de bienes y servicios en comparación con la dinámica económica autónoma y eficiente de los negocios privados. En su discurso del 13 de Marzo de ese año, el cual fue, como se sabe, el pistoletazo de arrancada para acabar con estos negocios, Fidel Castro intentó ocultar, con una larga enumeración de cifras y estadísticas, las verdaderas razones de esta ofensiva.

En los meses finales de 1967 Checoslovaquia, uno de los países integrantes del llamado eje soviético, vivió un periodo de insubordinación popular contra le estructura de poder despótico encabezado por Antonín Novotný. Como resultado, fueron elegidos Alexander Dubček como Secretario General del Partido y Ludwig Slovoda como Presidente del país. De inmediato comenzó un proceso de democratización que abarcó a toda la sociedad checa. En febrero de 1968 se decretó la libertad de expresión y prensa, se autorizó una nueva ley migratoria y se estimularon reformas dentro de la economía dirigidas a estimular el negocio privado y mecanismos de economía de mercado. Este proceso es recordado por la historia como La Primavera de Praga. El 21 de Agosto de ese año el poder militar ruso ocupó Checoslovaquia y desarticuló al gobierno de ese país con la anuencia del entonces gobernante soviético L. I. Brezhnev.

Hace 44 años, Fidel Castro ordenó la desarticulación del negocio privado. Con ello buscaba enviar un mensaje al poder detrás del trono soviet-brezhneviano y, de paso, apagar las cenizas de la denominada "microfacción", conciliando posiciones con los halcones del PSP que lo habían respaldado poniendo aguas en el asunto.

De igual modo, los intelectuales cubanos recibieron un claro aviso de que esas aguas serían las del estancamiento en que se sumiría la vida espiritual de la nación. Un brumario con breves y engañosos lapsus de luz entre crisis y crisis dentro de la gran crisis.

Los negocios privados eran los lugares donde pervivía una clase media venida a menos, que era también una especie de sociedad civil, cuya autonomía económica le permitía tener su propia visión del sistema gobernante. Eran personas que, lógicamente, tenían un punto de vista de tolerancia pero no de incondicional aceptación del régimen.

Lo que estaba ocurriendo en Checoslovaquia encendió la luz de alarma en casi todos los países vinculados al eje soviético. Era previsible que la fortaleza ganada en ese país por la sociedad civil, o sea los intelectuales y el sector privado, llevara a una transformación radical del sistema. Esto era más allá de lo conveniente a los intereses de los militares del Kremlin. Del mismo modo, Castro vio "las barbas del vecino arder" y encontró una justificación perfecta para aplicar el doble golpe de eliminar a un sector que interfería con sus intenciones de centralizar todo el mercado laboral y además poseía independencia económica y de criterio.

Es triste decirlo, pero esto es prácticamente desconocido por muchos en la Isla. Los ideólogos de la dictadura son muy conscientes del valor de la memoria como herramienta para entender el presente y vislumbrar el futuro. Por eso la manipulan y tergiversan los hechos como un modo de legitimar el desastre presente. El totalitarismo es el resultado de factores que se repiten cíclicamente y sus valedores o beneficiarios reiterarán los métodos aplicados en el pasado. Lo harán una y otra vez, intentando borrar cada ciclo anterior y echando mano a justificaciones e hipérboles. Pretenderán vendernos, como nueva, a una vieja decrépita y "revolucionariamente" mal maquillada.

Es por eso que el fin de las dictaduras comienza cuando, un buen día, todos decidimos desde lo más profundo que el tiempo de tolerar acuerdos en los cuales no participamos, simplemente, terminó... Se acabó. Que el único dictado que vale acatar es el del sentido común y no el de un grupo en el poder. La dictadura se acaba si tú quieres. La dictadura comienza su ocaso cuando las alabanzas de sus "intelectuales de ocasión" se vuelven tan poco creíbles como un tatuaje de Fidel en el brazo o unos botes a la deriva entre el dolor y la caricatura.

Llega ese momento en que los protagonistas de la historiografía oficial dejan de ser paradigmas para convertirse en obstáculos hacia la interiorización mental de la urgencia del cambio. Porque la negación es una necesidad biológica, y la patria se muere si no se niega a sí misma para afirmarse, incluso, desde sus cenizas lanzadas al aire libre en un futuro que no podrá encadenarla.

La dictadura se acaba, se decreta el "cese al fuego" entre los ciudadanos y una burocracia que por fin comienza a tener nombres, apellidos… y barrotes, no "piyamas". Los que estafaron nuestro tiempo, nuestras vidas, en nombre de una utopía vestida de terror, bajan la cabeza, se arrancan los grados de los hombros y los lanzan al mar.

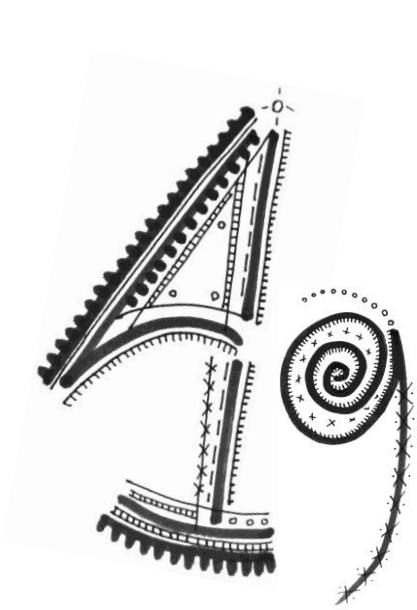
La dictadura deja de ser omnipotente cuando se le ignora, se le burla, se le evoca cada vez menos y se toman sus actos de barbarie, simplemente, como los coletazos finales de su senectud y no como ejercicios de poder. La censura no puede detener el flujo de información y son cada vez más los ojos y oídos que despiertan, mientras el dolor y la decepción se convierten en las mejores brochas para colorear un paisaje por fin cambiante… de veras cambiante.

La dictadura se acaba y comienza el peligro de otra dictadura. La tribu cubana, violentada, apaleada, silenciada, quiere buscar nuevos paradigmas para rescatar su autoestima y que, una vez más, un líder o los líderes le acaricien el ego con promesas y discursos en nombre del cambio. Estos llegan como los nuevos oligarcas, para mostrarnos el camino del "arrepentimiento" y la nueva riqueza. Son gente con un discurso que suena en nuestros empobrecidos y vilipendiados oídos como un regalo de futuro. Llegan con la herencia y la hipnosis del pasado, comprando nuestro presente y usando el mismo dinero que nos fue arrebatado, con una cínica sonrisa, por sus padres durante décadas.

Sin embargo, estos señores no pueden conseguir de nuevo que miles de cubanos griten "Elecciones, ¿para qué?" Ojalá que no lo logren. El totalitarismo es también, ¿quién lo duda?, un estado mental. No sería arriesgado afirmar que la dictadura comienza y termina en cada uno de nosotros. Pudiéramos creer que con los Castro ya tuvimos suficientes años y lecciones. Depositaremos sobre ellos toda nuestra culpa exorcizada mediante los primeros aires de la democracia.

Pero, en realidad, no seremos menos responsables por el excesivo alargamiento de esta agónica etapa. Tal vez, podamos justificarnos con la atenuante de que así estaban las cosas cuando nacimos la mayoría de los cubanos. Ser mejores ciudadanos, seres humanos libres y adultos, nos lleva a justificarnos menos y hacer más. Así deberá ser ahora y también **el "día después de"**.

CAMILO_ERNESTO_OLIVERA



Calles I

NONARDO PEREA

DESDE HACE TIEMPO le he cogido el gusto a andar por las calles. Me agrada ir mirándolo todo, las miserias; nuestra pobreza, a la que por más que intento no le encuentro remedio, porque el tiempo pasa y nuestra vida continua siendo la misma de veinte años atrás.

Aun así, resulta interesante ver cómo se comporta la gente del pueblo, tan apacible, tan acostumbrada a lo mismo. En mi ir y venir, me acontecen situaciones no siempre agradables, pero suelo pasar de ellas, porque sé que no soy el ser perfecto que muchos quisiesen que fuese, y ni ellos mismos pueden comprender por qué ahora mismo hay tanta falta de cambios y de glamour, ya sea en la ciudad, sea en los hombres o mujeres.

En La Habana todos chancleteamos. Cuando voy por Obispo, que es mi calle preferida, imagino que voy por Nueva York. Siempre hay muchas personas, algunas que te miran a los ojos y otras que ni se enteran de que existes. No sé por qué pero siempre que ando por Obispo me viene a la mente la serie televisiva *Sex and the city* y su protagonista Sarah Jessica Parker (Carrie), con ropa de última moda. Me he propuesto que en algún instante de mi vida me sentiré ser ella, e iré por algunas calles principales haciéndome fotografías, vestida con mucho glamour, y así fantasear por un par de horas, y ser Carrie, o la Reina del pop, y reírme del mundo que me rodea, burlarme de esas miradas indiscretas que censuran todo el tiempo, y comprobar si realmente ha cambiado la mentalidad de la gente del pueblo.

Hablo en femenino porque me fascina jugar con mi apariencia, algo que muchas veces resulta chocante para algunos que se preguntan: ¿Por qué él es así? ¿Por qué hace cosas como esas? Y los elefantitos preguntones formulan cientos de preguntas, y yo respondo: porque es mi vida y tengo todo el derecho del mundo de hacer lo que me plazca, siempre y cuando no haga daño a nadie.

Se dice que Cuba es un país libre. Cuánta falsedad. Recuerdo que alguna vez por los años 90 un policía me detuvo sin razón alguna, solo por ser gay. Iba por las calles de mi ciudad, no llevaba disfraz, era yo en carne y hueso, sin maquillaje. Pero al parecer para el oriental, mi imagen constituía un inminente peligro para los ciudadanos, por lo que según sus propias palabras, no podía andar por los alrededores como una persona normal, por lo tanto debía desaparecer e irme a casa, y en caso de continuar por los contornos, recibir una multa, no sin antes ser conducido a una unidad policial, y allí permanecer por horas hasta que me soltasen cuando les viniese en gana.

¿Libertad?, me provoca asco esa palabra.

Ya lo digo, me gusta caminar porque ayuda a cansarme. Luego llego a casa, me doy un baño, y no pienso en otra cosa que en no existir…

CRÓNICAS PINK

Calles II

LEONARDO PEREA

El día 18 de julio de 2012 a las 2 de la tarde fui hospitalizado de urgencia y operado de apendicitis. La anestesia general fue bondadosa. Por un tiempo indeterminado estuve fuera del mundo real. Estando ya en el salón de recuperación, pensé que pude no haber despertado nunca. La experiencia me hizo comprender que dejar de existir no sería un acontecimiento del todo desagradable, más bien liberador.

En caso de no haber sobrevivido, pasado poco tiempo supe quienes habrían sido las primeras personas en saber de mi *decessus:* algunos de mis amigos y mi madre, que aguardaban en un salón de espera.

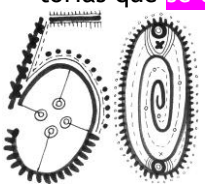
Un día después de la intervención, por la tardanza de algunas llamadas telefónicas descubrí cuáles habrían sido los que se hubiesen perdido el funeral, o crematorio, pues de haber muerto hubiese preferido ser incinerado, porque no me adapto a la idea de ser devorado por insectos carroñeros. Por otra parte, a veces suelo ser un poco esnobista, por lo que me ajusto a las nuevas tendencias, y no podemos negar que hoy en día casi todos al estirar la pata preferimos ser cremados, y de repente hasta nos volvemos románticos y ecológicos, pues pedimos ser echados al mar o en algún jardín de exuberante vegetación. En fin, que nuestro polvo puede incluso servir de alimento para los peces.

De haber muerto, lo que más habría extrañado, además de a mi madre y amigos, sería caminar nuevamente por las calles. Eso sí, para entonces ya había hecho mi deseo realidad, eso a lo que en mi anterior crónica hacía referencia.

En la tarde del día 13 de julio 2012 junto a un grupo de amigos realicé una larga sesión fotográfica en algunas locaciones de La Habana, donde no faltó la famosa calle Obispo, sitio en el que realicé una foto específica que he titulado “Reírme del mundo”. Las imágenes fueron tomadas por dos amigos fotógrafos, y a pesar de haber realizado cambios de vestuario en plena calle, no hubo ningún tipo de problema, ni por parte de la policía ni de la gente de pueblo. Incluso tuve la posibilidad de entrar sin dificultad en una vitrina de una boutique que está situada en la Manzana de Gómez. En el transcurso de la sección solo escuché algunas frases como: “se va a acabar el mundo”, y ya dentro de la vitrina un transeúnte indignado preguntó si se trataba de una mujer o un hombre y dijo algunas palabras en contra de los homosexuales, a las que no les prestamos mucho interés.

Esta experiencia me sirvió para descubrir que sí hemos cambiado. No lo suficiente, claro está, pero algo como lo que he hecho por estos días, años atrás hubiera sido imposible, pues de inmediato habría ido a parar a la Unidad Policial más cercana.

Aún me falta mucho por hacer, y aún tengo la necesidad de seguir experimentando conmigo mismo, ya sea con audiovisuales o fotografías, para así de alguna manera comprobar hasta qué punto puede llegar nuestra libertad de género. Por lo pronto tengo la satisfacción de estar vivo, y las ganas de volver a mis calles en busca de otras historias que sé que vendrán…



La muerte de Marat es un hecho

M. Larrabieta Menéndez

YO TUVE UNA obsesión. Soñé con matar a un tirano. Había logrado enardecer a una masa de gente que caminaba por el Malecón. Llegamos a una plaza. El tirano estaba en la tribuna. Nos paralizamos. Yo tiré el primero. Entonces, el tirano tuvo que huir porque una lluvia de tomates se le impuso.

Desperté con aire de triunfo. Satisfecha.

Siempre supe que no era la única, pero ahora que leo tantos intentos en la literatura cubana de matar a Marat, vuelve a mí el recuerdo de un sueño lejano. Nara Mansur, Norge Espinosa Mendoza, Luis A. Vaillant Rebollar, Rubén Sicilia.

Obsesiones confesas.

Me centro en dos, Nara Mansur y Norge Espinosa: "Charlotte Corday" y "Yo, Carlota, comme il faut". Poemas dramáticos. Ellos la personifican, no la disfrazan tras una madre o un amante. La subliman a la cubanidad. La asesina vive su historia, no huye de las consecuencias.

Dos puñales con un mango blanco comprados en una tienda parisina.

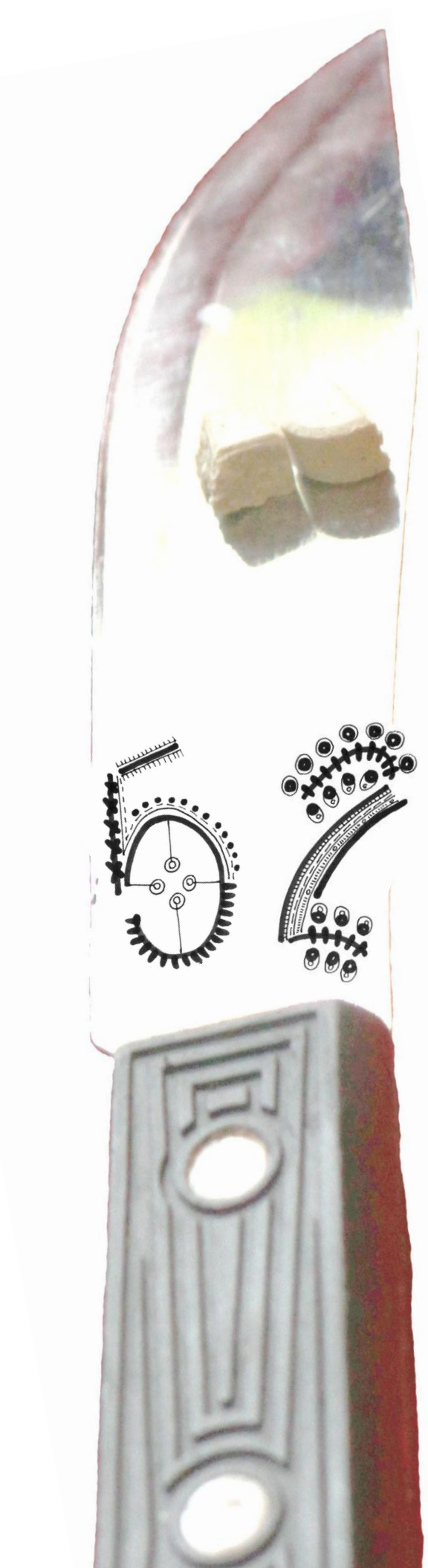
Traición. Felonía. Alevosía. Infidelidad. Perfidia. Deslealtad. Deserción. Malcaso. Infidencia. Infamia. Defección. Insidia. Trampa.

Falsedad. Villanía. Apostasía. Vileza. Delación. Falsía. Conjura. Complot. Conspiración. Delito. Prevaricación. Emboscada. Aleve. Doblez. Bajo estos conceptos delinquió Charlotte. Yo solo tiré tomates.

Nara deja sin rostro una Habana del año 90. Es una cubana cualquiera la que llora en la funeraria la muerte de su abuelo y la reunificación familiar en torno al dolor. Puedo, entonces, desfigurarle el rostro, volverla un monstruo de Antonia Eiriz, hacerla una caricatura o simplemente, colgármela al cuello y ser yo, llorando la muerte de mi abuelo, muerto a tiempo para no verme huir y llorar, acercándome al referente inevitable del apagón, la crisis, la miseria.

Norge va directo a Carlota (él la llama así, como si fuera Cecilia). Por ella pasan Marat, Simona y el juzgado. Norge quiere maniobrar con el "doble, con el autómata al que se le ha reducido, peligrosamente contemporáneo y similar"[1], capaz de muchas confesiones. Un marioneta conducida por una idea de justicia, solo una idea, y que corre el riesgo de ser ahorcada con sus mismos hilos. Para el artilugio, el maniquí que intenta operar Norge, el delirio es un punto interesante. La histeria arrasa todo vestigio de cordura. Sin embargo, hay demasiada conciencia del hecho histórico.

[1] Norge Espinosa Mendoza, en: *Ícaros y otras piezas míticas*. "Yo, Carlota, comme il faut", Ed. Cubanas, La Habana, 2010.



En lo que Nara desliza a su Charlotte hacia el desequilibrio, Norge comienza en el caos. Cuba-Caen. Bajo un sol "espeso y sólido como el de los mataderos"[2] tiré el primer tomate. Aquí estamos. Así estamos. Todas partimos una vez a dar muerte al líder, al tirano, al amigo del pueblo, al patriarca, al monarca, al abuelo, a Marat: "Los monarcas son buenos papás a cuya sombra todos vivimos en paz", desdramatiza Nara. "Si me dieran la libertad de negar su existencia", acoto yo.

Entonces no serían monarcas, ni totalitaristas, ni centralizadores. El liderazgo si triunfa, salva; si muere, salva. No importan las ideas, un día tienen que ser sustituidas.

Revisitar revoluciones: revolución vs. muerte; revolución vs. patria; revolución vs. lepra. Francia es una isla. Francia = Cuba. La funcionalidad de la revolución. La revolución convertida en sangre, en olvido. La revolución es un circo armado, en el que los que seguimos de espectadores somos sobrevivientes. Mi tomatazo es patético cuando es necesario más. Pero el subconsciente me delata porque el veneno me ha corroído el espíritu.

En Nara, Charlotte se no-define: "Soy una asesina". Odio, deseo de la muerte como no-identidad, y ahí la frustración, la neurosis. Los hilos que la mueven, entonces la definen: "Soy una donación de sangre involuntaria / soy una principiante / soy una heroína". Una suerte de altruismo / solidaridad / internacionalismo proletario inducido, miembros vitales de una ideología sistémica.

El sacrificio de todos por el todo. La entrega, la gloria, lo mítico. La victoria pírrica. La frase tergiversada, manipulada de "Con todos y para el bien de todos"[3]. La ceguera, la invalidez de todos por el bien de unos pocos. "En la sangre de Francia Tu canonización / En la sangre de todos De la patria que asfixiabas / Con pretextos de una Gloria solamente por ti / entrevista / Gloria de masacres alzada con Tu mal humor / Tu mal genio legendario y Tus pestes…"

En la voz de Carlota aparecen los acólitos, el séquito, los siervos del tirano. No tienen vida propia, pero existen. Carlota los nombra. Ese aire caribeño la distancia de la autonomía europea, la hace dependiente de la otredad que acecha todo el tiempo, y con la misma mano que mata, con la misma voz que ofende, da vida a sus enemigos. Habla de la fidelidad canina, paranoica, recelosa, que no escapa de la histeria tampoco, donde los extremos se tocan y todos tienen una dosis de culpa, en un país ruinoso, sostenido desde la palabrería, la verborrea; una ciudad como la Francia revolucionaria arrastrada a la miseria y al terror ante la verdad o ante la mentira.

---

[2] Nara Mansur, en *Desdramatizándome. Cuatro poemas para el teatro*. "Charlotte Corday" Ediciones Alarcos, La Habana, 2009

[3] José Martí: Discurso "Con todos y para el bien de todos"

M. LARRABIETA MENÉNDEZ
M. LARRABIETA MENÉNDEZ
M. LARRABIETA MENÉNDEZ
M. LARRABIETA MENÉNDEZ

La guerra silenciosa del terror que aprendimos de una buena vez, mientras veíamos la cabeza ajena rodar en una canasta embadurnada por la sangre de otros tantos. Una imagen paralizante.

La única manera de ser yo es mientras sueño. Mientras estoy atrapada entre la prudencia, el silencio, la cordura, la necesidad, la dependencia, las emociones: distintas caras del miedo, del pavor que me causa una rana, lo mismo que ser tratada como gusana, tendenciosa, pendenciera, disidente. Ya sé que estoy en una lista negra.

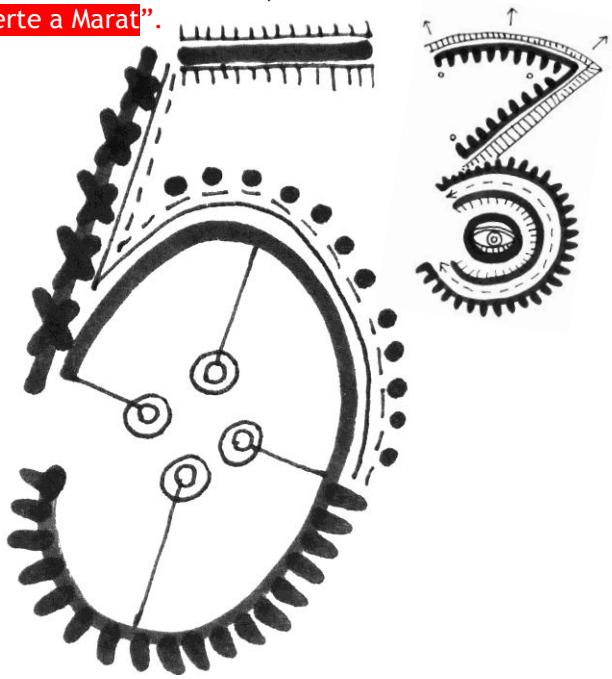
"¿En qué consiste mi impostura?" No me lo pregunté mientras afinaba mi puntería y daba en el blanco. Ahora que lo pienso, creo que es porque no me preguntaron qué tipo de libertad quería tener; a qué me quería igualar; o con qué/quiénes quería fraternizar.

Carlota nace beata. No es una víctima, es la elegida. Aunque se escuda tras su virginidad, es impura. La muerte aunque se sublima, siempre termina por ser vulgar y castiga, con ella, a sus ejecutores. Sin embargo, en el personaje hay odio, desprecio, resentimiento, no hay perdón, ni arrepentimiento, como si no le hubiese sido suficiente con un solo Marat. Intuye que no es el final, pero nadie le cree porque sabe que además de Cecilia Valdés también es Casandra.

Charlotte ritualiza la muerte, hace de ella un arte para hallar el arte en ella. Vuelve una y otra vez sobre su frustración. Menciona la virilidad de la revolución. Se aferra a la utopía. "Hasta la victoria siempre". Lo repite tres veces. Y al final todo tiene que ver con el Hambre.

Carlota promete lo que no ha cumplido. Tenemos un Marat sin su ángel de la muerte, sin una Corday. Mis intensiones son solo sueños, como las intensiones creativas de estos autores. Mis tomates no matan. Un poema tampoco.

Quizás Charlotte tenga razón y Marat sea el menos culpable, pero "mi mano criminal / es demasiado breve para alcanzar a tanto simulador, hombrecitos con pretensiones y torturadores…". Y no estoy segura de su inocencia. En esta tridimensionalidad de contextos la verdad es un fantasma, que lleva por sombra a la mentira, la desinformación, la mitificación, y que no deja opciones. Solo hay incredulidad y condena. A fin de cuentas ser tirano no es ser Dios. Y si Dios y la Historia murieron un día, por qué el Tirano no. Entonces, "Muerte a Marat. Muerte a Marat. Muerte a Marat".



REINALDO ESCOBAR

¿QUÉ FUE EL FIDELISMO?

¿QUÉ FUE EL FIDELISMO?

¿QUÉ FUE EL FIDELISMO?

¿QUÉ FUE EL FIDELISMO?

¿QUÉ FUE EL FIDELISMO?

¿QUÉ FUE EL FIDELISMO?

¿QUÉ FUE EL FIDELISMO?

¿QUÉ FUE EL FIDELISMO?

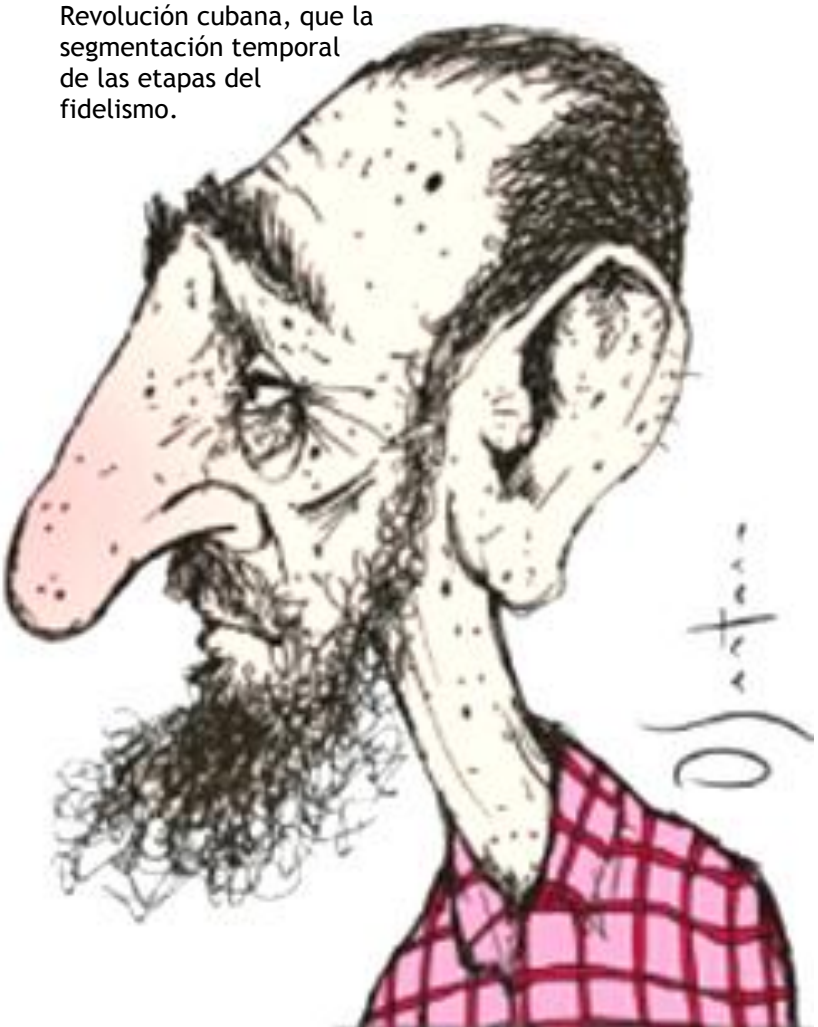
¿QUÉ FUE EL FIDELISMO?

EL TÉRMINO "FIDELISMO" tiene la peculiaridad de poseer un sinónimo que funciona como antónimo: "castrismo". La elección de uno de estos vocablos suele situar a quien lo usa en una posición de simpatía o rechazo hacia un asunto común. El tema que pretendo desarrollar aquí es precisamente la corriente de adhesión que generó Fidel Castro, su origen, su evolución en hechos y postulados, su alcance real, y su desmontaje final.

Una de las peculiaridades esenciales del fidelismo quizás sea su inaprensibilidad a manos de las teorías económicas, políticas o filosóficas. No encaja en ninguna doctrina definible, aunque por momentos y debido a cuestiones puramente circunstanciales, mereciera identificarse con el ideario de uno u otro pensador, o su ejecutoria práctica pudiera parecerse a otros procesos históricos en diferentes contextos geográficos o temporales. De hecho, resulta difícil elegir entre la definición del fenómeno como una ideología o un fanatismo, en dependencia de que lo analicemos como un evento que se desarrolló en el entorno de la racionalidad o como un suceso que se movió en el campo emocional. Largo performance, acto de prestidigitación, operación de marketing, coacción bajo amenaza, conquista amorosa, estafa, logro irrefutable. ¿Qué fue realmente el fidelismo?

El fidelismo fue un fenómeno que tuvo su gestación a mediados de los años 50 del siglo XX, su eclosión en la década del 60, su mejor momento en los años 80, su declinación en los 90, y su desmontaje a partir de mediados de 2006. Otro asunto es su periodización, donde pueden señalarse las inclinaciones a una u otra tendencia o, si se prefiere, los cambios de escenario. El fidelismo consta de tres elementos vivos fundamentales: la figura de Fidel Castro, *el líder*; la presencia de un grupo de fieles activistas, *el séquito*; y una legión de seguidores: *la masa*.

Para intentar responder la pregunta de cuáles fueron las "fuentes y partes integrantes del fidelismo", tendríamos que considerar que cada etapa de la periodización tiene sus fuentes y partes propias, y que tanto el líder, el séquito, como la masa, evolucionaron de forma diferente. Dejo ese esfuerzo a estudiosos más disciplinados, aclarando que no es lo mismo la periodización de ese hecho histórico denominado la Revolución cubana, que la segmentación temporal de las etapas del fidelismo.



1ra etapa:
La definición revolucionaria

Esta etapa comienza desde los preparativos para la primera acción de gran repercusión histórica organizada por el líder, cuyo principal objetivo estratégico era precisamente llamar la atención de la masa. Aunque mucho antes del 26 de julio de 1953 Fidel Castro ya había participado en experiencias revolucionarias, es en el asalto al cuartel Moncada en Santiago de Cuba donde se cristaliza su primer principio, enunciado ya un año antes, en su "Recuento Crítico del PPC" en agosto de 1952:

El momento es revolucionario y no político. La política es la consagración del oportunismo de los que tienen medios y recursos. La Revolución abre paso al mérito verdadero, a los que tienen valor e ideal sincero, a los que exponen el pecho descubierto y toman en la mano el estandarte. A un Partido Revolucionario debe corresponder una dirigencia revolucionaria, joven y de origen popular que salve a Cuba.

Con esta declaración, el líder abandona la presumible competencia con otros partidos para enunciar su decisión de tomar el poder a través de acciones armadas. Se rodea entonces de jóvenes idealistas asqueados de la corrupción e inspirados en las ideas de José Martí. La opción por la violencia impone como requisito, a la hora de la selección, una tendencia imprescindible: tienen que ser hombres dispuestos a morir y a matar; impulsados por una obsesión, pero dominados por una disciplina donde la lealtad al líder será el principal fundamento.

En esta etapa queda conformado el núcleo duro del séquito, aquellos a los que la Revolución les había abierto el paso por exponer el pecho descubierto. Como resultado de la estrategia trazada, en un tiempo relativamente breve, menos de dos mil guerrilleros mal alimentados, peor vestidos y precariamente armados, derrotarían a un ejército profesional de decenas de miles de soldados, clases y oficiales, armados con tanques, cañones, barcos y aviones de combate.

2da etapa: el mesías.
El cheque en blanco

Aunque es conocido que la derrota y huida del dictador Fulgencio Batista se debió al esfuerzo mancomunado de muchas personas y diversas organizaciones, incluso a presiones diplomáticas ejercidas desde Estados Unidos, Fidel Castro consiguió monopolizar el mérito de todos en sí mismo.

¡Libertad, Libertad!, coreaba el pueblo ante la marcha triunfal de barbudos. Como por arte de magia, en ese "minuto histórico que vivía la patria" unos 6 millones de cubanos, diversos en su raza, en su credo religioso y tradicionalmente apolíticos, se convirtieron en la masa, ávida de aplaudir y ovacionar, deseosa de someterse a un liderazgo y carcomida por la sana envidia hacia los que habían hecho la Revolución. Una masa dispuesta a dar el paso que le pidieran sus salvadores. Los dirigentes y miembros de otros movimientos, que también habían realizado acciones heroicas para derrocar la dictadura, comprendieron que no era posible competir con el carisma de "el líder indiscutible". Las clases vivas, los intelectuales, los pequeños y grandes propietarios, y especialmente obreros y campesinos, entregaron un cheque en blanco al "máximo líder" y ser fidelista dejó de ser el antónimo de batistiano para inscribirse como sinónimo de cubano.

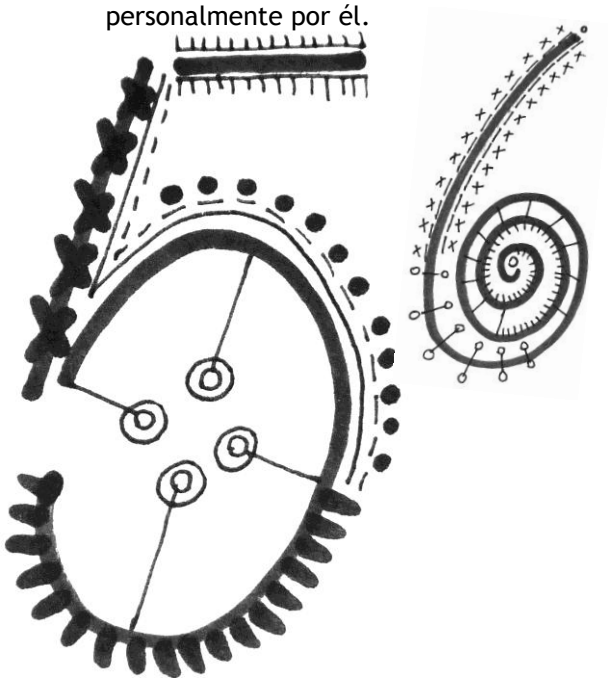
3ra etapa:
La primera gran compra de tiempo.
La proyección de un futuro luminoso

El concepto de que toda Revolución es una fuente de derecho derivó en la concepción de que el líder de la Revolución era un inagotable manantial de poder. Las primeras leyes revolucionarias se hacían para cumplir "el programa del Moncada" esbozado en el alegato "La historia me absolverá", presuntamente pronunciado por Fidel Castro en el juicio que se siguió contra los asaltantes del Moncada. A partir de allí no hubo una sola transformación, una sola campaña que no fuera presentada como una iniciativa del líder: la alfabetización, la creación de la milicias, la pugna con Estados Unidos, la amistad con la URSS y otros detalles como la inconsulta declaración del carácter socialista de la Revolución. A lo largo de estos primeros años, e incluso en

los primeros meses, Fidel Castro arremetió contra toda la estructura política de la República, incluyendo los medios de difusión, las instituciones religiosas o fraternales y todas las entidades de la sociedad civil.

La enorme acumulación de decisiones que concentró en sus manos hizo que su importancia no dependiera de los cargos que ostentaba, sino a la inversa; los cargos eran significativos porque era él quien los detentaba. Todo el país estaba pendiente de sus palabras y hasta de sus más mínimos gestos. Creó organizaciones para vigilar a sus enemigos cuadra por cuadra, inauguró escuelas, represas, hospitales, industrias, círculos infantiles. Puso al mundo al borde de la tercera guerra mundial, lanzó una "ofensiva revolucionaria" para eliminar los últimos vestigios de propiedad privada, inundó el continente de guerrillas, desactivó todo el andamiaje de contabilidad con el pretexto de luchar contra el burocratismo. Resumió congresos de campesinos, intelectuales, pioneros o mujeres y, desde luego, supo de todo: de ganadería, producción de azúcar, arquitectura o medicina.

Fue así que el futuro luminoso que prometió descansaba básicamente en el fallido intento de realizar sus fantasías: La desecación de la Ciénaga de Zapata, la zafra de 10 millones de toneladas, las cortinas rompevientos, el cruce genético de ganado vacuno, la siembra masiva de café y frijol gandul en la periferia de La Habana, el sistema de pastoreo intensivo, microbrigadas para construir viviendas, y una variedad de planes pilotos, experimentos productivos, tareas priorizadas, etc., ajenas a toda planificación, pero supuestamente controladas personalmente por él.



4ta etapa:
Un líder maduro nos conduce

En una de sus múltiples intervenciones en la televisión, o quizás para responder a la pregunta de un periodista extranjero sobre cuánto tiempo pensaba permanecer en el poder, Fidel Castro dijo un día que los costosos errores que había cometido le habían proporcionado una experiencia demasiado valiosa para desaprovecharla con una retirada. Fue en los años en que se interesó en África y dirigió desde La Habana la guerra en Angola, la más larga de la historia de Cuba (1975-1991). Su influencia mundial superó entonces su capacidad real de mejorar la isla donde gobernaba. Presidió el Movimiento de los Países No Alineados para convertirse, o al menos para pretender convertirse, en el puente entre la comunidad de países socialistas de Europa del Este y los países emergentes de Asía, África y América Latina. El antiimperialismo radical asomó en una carta de 1958, ya museable, donde avizoraba que su verdadera guerra sería la que llevaría contra los Estados Unidos. Quizás ese sea el rasgo de mayor permanencia en el fidelismo y el que mayor número de adeptos le tributó, no precisamente en Cuba, sino en la izquierda mundial, sobre todo entre quienes se hacen amigos del enemigo de sus enemigos.

El apoyo prácticamente incondicional de la URSS le hizo ser receptor de una millonaria subvención que malgastaría en delirantes proyectos. Consiguió así la docilidad de la masa, representada por una suma de individuos que, por estar sujetos a un Estado monopolizador de la gestión empleadora, los medios de información, los centros de emisión cultural y el sistema de educación nacional, no tenían otra opción que aceptar el modelo o marcharse para siempre del país.

Eran los años de la meritocracia, en los que para obtener una vivienda o comprar un automóvil, una lavadora, un refrigerador o un televisor, resultaba imprescindible ser políticamente correcto, pero enmascarado todo en un sistema de distribución que privilegiaba los méritos sociales y laborales por encima de la tenencia de dinero en efectivo.

Para repartir lo que no alcanzaba para todos, nada parecía más justo que darle preferencia a quienes aportaban más a la

REINALDO ESCOBAR

sociedad. Pero el metro para medir este aporte tenía un truco. Nadie podía tener el mérito A (Destacado del año) si no había tenido el mérito B (Destacado del mes), y nadie podía aspirar a Destacado mensual si no tenía el mérito C (Cumplidor de la Emulación Socialista), y nadie alcanzaba este rango si no hacía trabajo voluntario y participaba en las actividades políticas organizadas por el sindicato, donde podía incluirse marchar el primero de mayo, asistir a un acto en la Plaza o darle un mitin de repudio a un desafecto. La lealtad política se convirtió de esta manera en la moneda invisible sin la cual no tenía sentido entrar a los mercados donde se podían adquirir los bienes subvencionados del campo socialista.

Obviamente, los mecanismos de defensa de la personalidad tienen también una expresión colectiva, y lo que a todas luces podía interpretarse como un trámite prostituyente, fue sublimado como un rol heroico. Éramos David frente a Goliat, éramos todos "uno en esta hora de peligro" (hora que nunca terminaba), éramos la voz del pueblo coreando las consignas. Siempre me he preguntado quién las inventaba: "Fidel, seguro, a los yanquis dale duro". "Fidel, Fidel, dinos que otra cosa tenemos que hacer". "Pa' lo que sea , Fidel, pa' lo que sea". O simplemente la invocación repetida y rítmica de su nombre, como un conjuro que reafirmaba la identidad. También coreamos lemas más innobles como "¡Paredón, paredón!" o "¡Que se vayan!", para rechazar a los inconformes.

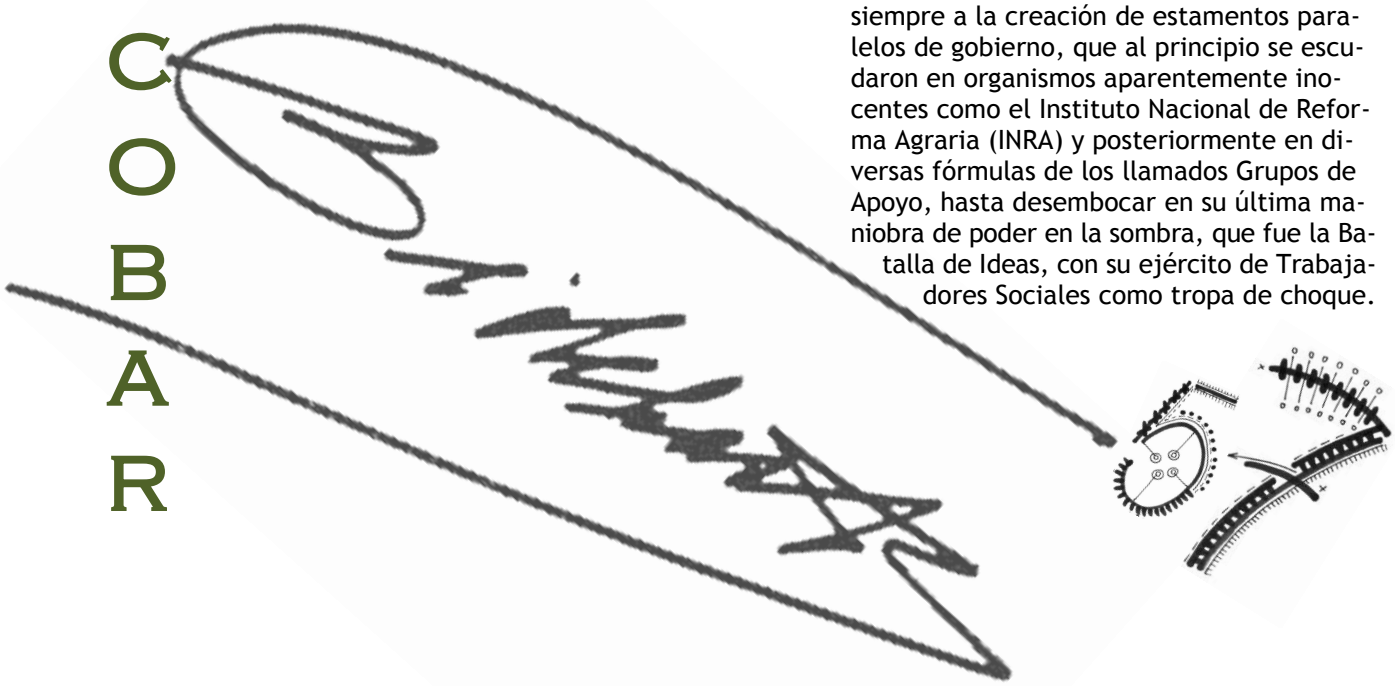
Quinta etapa: El inicio del ocaso

En una noche de jubilo berlinés, sin que ningún politólogo, ni siquiera un astrólogo pudiera preverlo, se desmoronó, "se desmerengó" —como admitiera el propio Fidel Castro—, todo el andamiaje que sostenía los proyectos del comandante en jefe en esta Isla. Reaccionó de forma similar a como lo hizo siempre frente a sus fracasos: convertir el revés en victoria. Pero esta vez la victoria se limitaría al intento de conservar las conquistas alcanzadas.

La declaración de que el país entraba en el llamado Período Especial implicaba un reconocimiento tácito de que a partir de ese momento las leyes del socialismo serían inaplicables y que lo alcanzado en décadas de subvención solo podría sostenerse apelando a las reglas del mercado.

Como si estuviera asaltando otro cuartel, Fidel Castro anunció que nuestra economía se dolarizaría. Como si nunca hubiera promovido una Ofensiva Revolucionaria para eliminar los últimos vestigios de propiedad privada, admitió la posibilidad de aceptar inversiones extranjeras, el trabajo por cuenta propia, el alquiler de habitaciones en casas privadas, y la extensión de cafeterías y restaurantes privados. Para sorpresa de todos, el fidelismo podía ser realista, pero eso sí, dejando claro que este pragmatismo era circunstancial y que, cuando la ocasión lo permitiera, volvería por sus fueros.

El principal fundamento de sus conceptos económicos fue siempre que la justicia social podría ser conquistada "a cualquier precio", y así fue mientras el precio lo pagaron otros. A lo largo de su mandato apeló siempre a la creación de estamentos paralelos de gobierno, que al principio se escudaron en organismos aparentemente inocentes como el Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA) y posteriormente en diversas fórmulas de los llamados Grupos de Apoyo, hasta desembocar en su última maniobra de poder en la sombra, que fue la Batalla de Ideas, con su ejército de Trabajadores Sociales como tropa de choque.



6ta etapa: la caída inesperada. El desmontaje

Luego de sobrevivir a las más sofisticadas tentativas de atentado que se hayan registrado en el siglo XX contra un jefe de Estado, a Fidel Castro lo traicionaron sus propios intestinos. Tuvo la arrogancia de calificar de "provisionales" los nombramientos que hizo de quienes lo sustituirían en sus múltiples funciones, y pretendió que sus suplentes, especialmente Raúl Castro, siguieran actúando bajo su signo. Pero cuando su hermano ocupó la silla del poder, se encontró con la sorpresa de que no había preceptos definibles y que la única regla era improvisar arbitrariamente para salir a flote cada día. El fidelismo, a falta de mandamientos puntuales, no tendría oportunidad de continuidad.

El paternalismo de Estado empezó a ser mal visto, se desmontaron los experimentos incosteables como las Escuelas en el Campo, los comedores obreros y las plantillas infladas con que se exhibía el pleno empleo. Se empezó a hablar de dar por terminado el sistema de racionamiento y las gratuidades indebidas, se redujo al mínimo el programa de Médicos de la Familia y comenzó una campaña para reducir los gastos en Salud Pública. Desapareció aquel ministerio fantasma de la Batalla de Ideas y se desmovilizó, sin hacer ruido, la tropa de Trabajadores Sociales. Otros megaproyectos como la llamada Operación Milagro, la Revolución Energética, la municipalización de la enseñanza universitaria, las clases por televisión, los profesores emergentes y más recientemente la Universidad de Ciencias Informáticas, se han esfumado o han visto menguadas sus aspiraciones. Hasta los restaurantes vegetarianos, inaugurados a bombo y platillo como una brillante idea del líder, fueron cerrados sin ofrecer una explicación. Para desconcierto del ya retirado ilusionista, la ausencia de bienes subvencionados, otrora distribuidos con arreglo a los méritos, ocasionó una brusca devaluación de la lealtad política. Ahora para comprar un electrodoméstico bastaba con tener dinero real. ¡La moneda invisible había desaparecido! En los minutos en que se redactaba este comentario, Raúl Castro anunció una Reforma Migratoria que, aunque superficial e incompleta, ofrecía la señal de que "aquel" que nunca quiso ceder en ese terreno, ya no tenía poder para impedirlo.

Si pasamos por alto algunos preceptos hace tiempo ya olvidados, como la idea de edificar el socialismo y el comunismo al mismo tiempo o el paradigma de "construir riqueza con conciencia", considerados en su momento como "aportes del fidelismo" a la doctrina marxista; si le perdonamos su tan divulgada definición de Revolución, a la que Lenin le hubiera dado una nota de desaprobado, hay que concluir que, por su falta de consistencia teórica, el fidelismo no amerita clasificarse como una doctrina, sino más bien como una forma de hacer las cosas; un estilo, cuya resistencia a reglas preconcebidas constituyó su principal fuente de libertad operacional, pero que terminó siendo el mayor impedimento para quienes hubieran querido tener en el fidelismo una brújula inequívoca. En el ocaso de su vida, alejado ya del lodo de la práctica y con todo el tiempo a su disposición, el hombre de acción tuvo la oportunidad de mostrarse como un sabio. Sus más fieles adeptos se quedaron esperando las flores de su pensamiento, pero en sus Reflexiones sólo hubo hojarasca y al final puro delirio.

La improvisación, el voluntarismo, la intransigencia, el desprecio a la teoría, el relativismo ético, el monopolio de la información, el afán por encontrar recetas mágicas para solucionar rápida y definitivamente problemas antiguos y profundos, la creación de jerarquías paralelas, la alergia a la institucionalidad, el pernicioso "espíritu deportivo" de pretender vencer a toda costa, no fueron componentes casuales de una personalidad extraviada, sino fórmulas preconcebidas con un propósito inclaudicable: conservar el poder. Donde para mantener ese poder —tomado por las armas— no bastaron los trucos del encantador de serpientes, los indiscutibles recursos carismáticos del líder, allí asomó la represión. La fuerza, la brutal y la inteligente. La voluntad de exterminio contra todo opositor, que ha sido, en última instancia, el único legado del fidelismo que se mantiene hasta hoy. Si este procedimiento se hubiera limitado a una empresa comercial, una tendencia artística o una tarea científica en una rama específica, no hubiera trascendido como lo hizo el fidelismo. Lo trágico es que dichas tácticas se experimentaron durante medio siglo sobre una nación moderna del mundo occidental y que repercutieron más allá de las fronteras de la Isla.

Por suerte, la pesadilla termina, ya estamos despertando.

DALILA DOUCA

Nueva de paquete,
como unos zapatos guardados
mucho tiempo,
húmedos de moho,
rotos antes de ser usados.

Soy un vestido mal entallado
Un alfiler sin cabeza
Un soldado herido después
del alto al fuero
Un jardín fumigado
Una mosca en el merengue
de un pastel de bodas
Una linterna sin pilas
Un maleficio convertido en spam
Una risa desencajada y sin eco
Un reactivo vencido
Una bruja ardiendo frente a la Iglesia
Un tareco.

Le di un golpe de estado a un ejército bipolar
y huí junto a un batallón de desertores.
Firmé el pacto del Zanjón,
quemé una bandera blanca.

Soy el amanecer de una guerra perdida,
la inmortalidad de un sapo,
la lágrima de un dictador,
una Fé saraza.

VOCES
17

DEMANDA CIUDADANA

EXIGÍMOS AL GOBIERNO CUBANO
LA RATIFICACIÓN E
IMPLEMENTACIÓN
DE LOS PACTOS
DE LA ONU

POR OTRA CUBA

POROTRACUBA.ORG

CARICATURA DE GARRINCHA PARA LA CAMPAÑA "POR OTRA CUBA", 2012